

**BREVE
HISTORIA
DE LAS
IZQUIERDAS
EN LA
ARGENTINA**

**JORGE ABELARDO
RAMOS**

TOMO I

Editorial Claridad S. A.

Breve Historia Claridad



BREVE HISTORIA DE LAS IZQUIERDAS

EN LA ARGENTINA TOMO I

Jorge Abelardo Ramos

Nota preliminar

Agotada hace tiempo la Historia del stalinismo en la Argentina, Jorge Abelardo Ramos se prestó a revisar parcialmente la misma y cederla para nuestro plan editorial. En este panorama evolutivo de gran agilidad expositiva, el autor brinda los pilares que hacen comprensible el itinerario de un sector de la política vernácula. Desde su ángulo, Ramos examina con filosos argumentos el proceso de las izquierdas en nuestro país, llenando así un vacío real y complementado con su particular visión al espectro historiográfico nacional.

La poca identificación que en el nivel masivo han logrado hasta el presente en nuestro país las concepciones izquierdistas ortodoxas a nivel mundial, podría explicarse en parte gracias a este trabajo, que nos deja a las puertas de un cambio universal que se da en los momentos actuales y que no deja casi ningún ejemplo sobreviviente del antiguo cuño.

En momentos, pues, en que los valores consagrados están cayendo, pareciera oportuno realizar un nuevo balance del recorrido histórico de las izquierdas argentinas. Ramos lo realizó hace tiempo, y aquí lo presenta nuevamente, en parte revitalizado, describiendo la evolución de un proceso intelectual, político y social, al mismo tiempo que abriendo en canal el entorno circundante. Desfilan así figuras como la de Juan B. Justo, el fundador del Partido Socialista en nuestro país, u hombres como Alfredo L. Palacios, Vittorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi, etc.

Más allá de la posición que ocupe el lector ante los juicios de Ramos, el libro interesa por la acumulación de preciosos datos que enfatizan la desafortunada gestión del accionar stalinista en la Argentina a través del minucioso seguimiento que el autor realiza del Partido Comunista local.

G.T.

“Los gobiernos de opereta explotan la democracia, practican el despilfarro y crean la miseria del pueblo. El país progresa a pesar de los gobiernos, debido a la necesidad de expansión de los pueblos y al capital europeo, progresaría más si en lugar de este gobierno tuviéramos por gobierno un consejo formado por los gerentes de los ferrocarriles”.

JUAN B. JUSTO-1912
Fundador del Partido Socialista

“Prefiero estar con Justo, con De la Torre, con ciudadanos que reconocen que el peor de los gobiernos legales es siempre mejor que la mejor de las dictaduras”.

RODOLFO GHIOLDI
Fundador del Partido Comunista en la República Argentina

“He sembrado dragones y cosechado pulgas”.

KARL MARX

EL PATRICIADO SE DIVIERTE: 1910

Al festejarse el primer siglo de nuestra independencia, las bombas de los anarquistas no lograron empañar la solemnidad del acontecimiento patriótico. La infanta Isabel, tía de Alfonso XIII de España, se exhibió en los saraos del Centenario y recibió las aclamaciones de los 700.000 españoles radicados. Tan sólo uno pocos centenares de ellos participaron en la organización de las huelgas; y un puñado quizás en la química de explosivos. El patriciado estaba satisfecho de sí mismo y del precio internacional de los vacunos. El humo de las guerras civiles se había disipado hacia treinta años. Sus propios actores estaban reconciliados: cerriles porteños y prominentes provincianos se unieron para fundar el poder político de una sólida oligarquía. El general Roca, que al frente de cuarenta mil soldados criollos había federalizado en 1880 la capital porteña no era recibido en los salones de los porteños linajudos. Pero un año después de concluir su primer gobierno era aclamado por la Banca Baring en Londres, en un banquete célebre¹.

Un lujo asiático, aparecido ya en la década del 90, rodeaba la existencia de los ganaderos, comerciantes y banqueros de la ciudad de Buenos Aires. La euforia del Centenario contagió el espíritu de los poetas. Ruben Darío escribió su *Canto a la Argentina* y Leopoldo Lugones proclamó sus *Odas seculares*.

Darío rendía así tributo a la ayuda que los Mitre le otorgaban desde “La Nación”. Trágico había sido el sino del artista: cantó en su juventud a Francisco de Morazán, unificador de Centroamérica y a Mitre, el localista porteño, en la edad de la razón. Lugones, a su vez, había condenado la injusticia social en los versos esmaltados de su adolescencia anarquista. En 1910 elevaba a la dignidad poética a toros y vaquillonas. Su tributo lírico se llamó *Oda a los ganados y las mieses*. Pero ni siquiera los poetas cortesanos eran escuchados en la orgía de oro. Prevalecía aún en la ciudad mercantil y cosmopolita la amarga verdad de Miguel Cané: “*Publicar un libro en Buenos Aires es como recitar un soneto de Petrarca en la Bolsa de Comercio.*”

La Grande Argentina se regodeaba en la contemplación de sí misma. Relucía en los ferrocarriles triunfantes, los nuevos Bancos, las avenidas creadas por Don Torcuato, las pampas ubérrimas y las chacras gringas que derramaban sobre el puerto de Rosario el trigo áureo. Ya no había lanzas, ni degüellos, ni patriadas, ni proclamas. La edad heroica quedaba atrás, diríase que para siempre. Habíala reemplazado la religión de la prosperidad en esa tierra afortunada por el “humus” pampeano. Las familias de mayor arraigo perdían la vieja austeridad española de sus mayores. La rápida asimilación de la clase ganadera con la burguesía comercial y de ambas con el Imperio británico, no sólo modificaba los gustos sencillos de la sociedad aldeana, sino que la soldaba políticamente a las categorías europeas. El patriciado será desdeñoso entonces con el peón criollo como con el “gringo” labrador, artesano u obrero. Su patriotismo heredado asumirá la forma decadente de un “nacionalismo social” perfectamente compatible con la admiración que en l despertaba el gentleman de los intereses británicos, introductor del fútbol, el críquet, el bridge, el golf y el polo.

Con una mirada enternecida un cronista evoca el 1902:

¹ El Teniente General Julio A. Roca y el comercio inglés, por TRAVELLER, Buenos Aires, 1887.



“De día se aprovechaba el sol, paseando en coche por Florida, con alguna desbocada ruidosa de vez en cuando. La ciudad tenía además cita obligada en Palermo, donde los jueves y domingos se daba el encanto que ya nunca volverá, de dos millares de carruajes en solemne desfile de principescos troncos y resplandecientes guarniciones, conduciendo mujeres de ensueño, engalanadas desde la menuda punta del pie hasta la pluma del aludo sombrero de moda, con romántica cintura bien sumida, el buso encorsetado, cuellos erguidos, puntillas, velos, mejillas empolvadas, rica y escondida la cabellera, estiradas sin sequedad en los asientos, mil veces graciosas en su recato. Este año hubo más Amazonas que de costumbre, lo cual fue como agregar nueva pedrería al lujoso collar tendido alrededor de los lagos. Los caballeros concurrían a pie o jinetes a la inglesa, aunque sin ocultar que habían aprendido a montar cabalgando leguas y leguas en las estancias, sobre apero del país, o en pelo cuando de chicos se escapaban durante la siesta, como Dios manda en la vieja pampa.”²

La contramedalla de ese período dorado se encontraba en los suburbios retratados por otro poeta, que no era cortesano y que murió tísico en 1912. Evaristo Carriego, nieto de un federal entrerriano, describirá los conventillos, las costureras, el nacimiento de las “clases bajas”, el mundo sórdido de los guapos y cuchilleros de comité, la clientela de hospital, los trabajadores- criollos y gringos- sin apellido resonante. Al comenzar los festejos del Centenario, había dos mil obreros presos. La policía del coronel Falcón había disparado sobre la multitud de trabajadores en el 1º de mayo anterior. Las huelgas generales se extendían. Los choques con las fuerzas militares se vuelven frecuentes. La oligarquía estremecida, forma bandas armadas de “jóvenes patriotas” que colaboran con los crumiros patronales y las fuerzas del orden en aplastar a los “extranjeros”, “ácratas” y “elementos disolventes”.

La agitación incesante de los trabajadores puede explicarse si se considera que en 1911 los salarios llegaban tan sólo a \$4,50 por día en la Capital Federal; los salarios en las provincias eran todavía inferiores. Los socios del Jockey Club asumían la defensa de la Nación contra los perturbadores extranjeros de condición proletaria. Cuarenta años más tarde el Ingeniero Biale Massé daba a conocer su “Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República”, a solicitud del gobierno de Roca. En dicho trabajo minucioso podía leerse sobre las jornadas de los peones:

“...aunque se dice que se hace de sol a sol es falso, porque se aprovecha la luna, el alba o después de la puesta de sol para alargar la jornada...”³.

Añadía que en los ingenios azucareros del Norte los niños de ocho y diez años de edad trabajaban hasta doce horas diarias con un salario de seis pesos mensuales. Cuando Biale Massé visitó una fábrica en Rosario observó que los niños- obreros

“estaban anémicos, flacos, con todos los síntomas de la sobrefatiga y de la respiración incompleta.”

Al concluir su estudio observa:

²Batalla del divorcio, por CARLOS DALMIRO VIALE, Ed. El Cuarto Poder, Buenos Aires, 1957, página 26.

³ Informe sobre el estado de las clases obreras en el Interior de la República, Tomo I, por JUAN BIALET MASSÉ.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

“Renuncio a traer a este Informe los numerosos cuadros de miseria que he visto en los conventillos y fuera de ellos”.

Con el apogeo del Centenario se hacía visible el ideal patricio de la factoría. El gran partido Autonomista Nacional agonizaba. El alsinismo bravo de los atrios, y los federales provincianos agrupados hacía un cuarto de siglo en el roquismo nacionalista, eran cosa del pasado. El desenvolvimiento del capitalismo agrario favorecido por el Imperio Británico había desvanecido las bases precapitalistas de Roca. Sus chinos enganchados eran peones de chacra o estancia: el propio Roca había cedido graciosamente el poder al mitrista Quintana.

Los viejos soldados de su Ejército del Desierto, trocadas sus leguas de tierra a cambio de unos centavos de las compañías foráneas, morían en los hospitales, entraban en los asilos o vagaban estupefactos por las calles de la ciudad extranjera. Así será el destino de ese

“cabo inválido paseando su miseria fisiológica y económica, con alguna presión alcohólica en el cofre divino. Atraviesa la plaza en sinuosa ruta y en la Avenida de Mayo se planta ante un soberbio edificio. Del tema anterior extrae corolarios en su magín y se avivan sus recuerdos del ‘illo tempore’. Apoyado en el bastón, mira de abajo arriba la gigantesca mole, plena de luces, y cerrando el puño dice en alta voz: ‘¡Y todo pa los gringos! ¡Pa nosotros ni un pucho! ¡aijuna! ¡ Me da gana’ e golver al Chaco y soltar l’indiada!”⁴.

De la crisis del autonomismo se nutrieron dos grandes corrientes: los conservadores (donde irían a mezclarse mitristas, roquistas ganaderos y en general toda la “gente decente”) y el radicalismo de Yrigoyen. A este último confluirán las peonadas de origen federal, el pobrerío provinciano que militara en el roquismo, antiguos jordanistas de Entre Ríos, viejos juaristas como los Lencinas de Mendoza, los roquistas de Don Lucas Córdoba en Tucumán y los hijos de la inmigración: el pequeño comercio, la artesanía y la industria naciente, las profesiones liberales. Toda la opulencia insolente de la sociedad porteña en el Buenos Aires de 1910 traslucía la fructuosa asociación con el capital extranjero. El último de los autonomistas que había denunciado el escándalo de los ferrocarriles británicos era Osvaldo Magnasco, Ministro de Roca en 1902. Pero su aversión al mitrismo y a los ingleses debía costarle su carrera política⁵. Desde entonces, y hasta el triunfo del radicalismo en 1916, nada turbaría el cielo sereno de la política oligárquica. En 1907 el ingeniero Emilio Mitre, hijo del general, había unido su nombre al de la ley de ferrocarriles que durante cuarenta años otorgaría al capital británico los más asombrosos privilegios de un Estado formalmente soberano. Sus ganancias anuales superarían en algunos ejercicios el presupuesto nacional. La importación de carbón, ilegalmente negociada por los ferrocarriles, lo mismo que el abastecimiento irrestricto de la industria inglesa al sistema ferroviario, establecería durante cuatro décadas un verdadero puerto franco. A veces, esos dividendos serían mayores que el producido de la cosecha⁶.

⁴ *Burbujas marcianas*, por CABO D. CUARTO, Buenos Aires, 1934.

⁵ Osvaldo Magnasco y su denuncia de los abusos cometidos por el capital británico, por JULIO IRAZUSTA, Ed. Esquife, Buenos Aires, 1959.

⁶ *Historia de la Argentina*, por ERNESTO PALACIO, Ed. Peña Lillo, 1957, 2ª ed., tomo II, página 326.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

La ganadería y la agricultura constituían el pivote de toda la exportación, del comercio intermediario de los puertos de Rosario y Buenos Aires, de la actividad y de las especulaciones bursátiles, las grandes abastecedoras de tonelaje ferroviario, de los fletes marítimos, de los frigoríficos y el principal cliente de seguros. El aporte de la aristocracia terrateniente a este vasto complejo de intereses consistía en su posesión de los medios de producción: tierras y haciendas. La provincia de Buenos Aires y en segundo plano el Litoral, proveían carne y cereales. Estos últimos eran producidos por la aluvional mano de obra italiana: en 1910 estaban ya radicados en la Argentina 1.100.000 italianos, distribuidos primordialmente en las zonas de pan llevar y secundariamente en los múltiples oficios, profesiones manuales, pequeños comercios y talleres artesanales de Buenos Aires y Rosario. Pero los instrumentos básicos de esa estructura agrocomercial permanecían en manos del capital británico: ferrocarriles, seguros, bancos, frigoríficos y gran comercio importador.

Un viajero francés que recorrió el país en el año del centenario juzgará la política inglesa:

“La aptitud para tratar como una colonia todo país donde se implantan, la seguridad que les da el prestigio del triunfo, su solidaridad en los negocios y la confianza mezclada de estimulación que supieron inspirar a todos los pueblos que llegaron, dan a estos anglo-sajones, que no tienen frecuentemente más cualidad que la audacia y la tenacidad, una supremacía apenas discutida. Esa supremacía fue hasta aquí indiscutible, y es ya vieja. Sabemos su tentativa en 1806, para apoderarse de Buenos Aires, su ocupación de la capital y la liberación de ésta merced a la iniciativa del francés Jacques de Liniers. Después, habiendo renunciado a hacer, políticamente, del Río de la Plata una colonia inglesa, se organizaron para convertirlo en una colonia financiera. Esto era más prudente y más práctico”⁷.

Era el reinado del “chilled”. Pero ya existía, sin embargo, cierto desarrollo industrial a pesar de la política abiertamente antiindustrialista, regulada por los fletes ferroviarios británicos que buscaban compensar los costos de las zonas no agrícolas-ganaderas de poca población con las estaciones terminales del puerto de Buenos Aires gravando los productos industriales en beneficio de los agrarios. Con elegancia técnica se llamará a esta operación de estrangulamiento del Interior, “tarifa parabólica”⁸. Tomemos un ejemplo, el del azúcar, cultivo industrial protegido por aranceles aduaneros:

⁷ *Del Plata a la Cordillera de los Andes*, por JULES HURET, Ed. Eugene Pasquele, París 1910, pág. 532. Este autor, visiblemente influido por la rivalidad anglo-francesa en las inversiones en la Argentina, agrega: *“Inglaterra importa especialmente en la Argentina los materiales necesarios para la explotación de sus líneas férreas. El 60% de esa importación consiste en materiales de construcción, raíles, locomotoras, vagones y carbón. Los buques de guerra argentinos son, en su mayoría de origen inglés. El resto lo constituyen las telas impresas de Manchester, los paños de Leeds y de Bradford, los tapices y telas para el amueblado, y el yute, procedente de Calcuta, que se emplea en la fabricación de los sacos. Desdeñando los negocios y asuntos pequeños, crearon los organismos indispensables para la vida económica de un país, como los ferrocarriles y los Bancos. Esta hegemonía financiera no la obtuvieron fácilmente. Las graves crisis políticas y económicas por que atravesó la Argentina en diversas ocasiones, amenazaron muchas veces a los financieros ingleses”*. (Pág. 533).

⁸ *Historia de la Independencia Económica*, por EDUARDO B. ASTESANO, Ed. El Ateneo, Buenos Aires 1949, pág. 246.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

“En 1928 una tonelada de azúcar pagaba de Tucumán a Buenos Aires \$37, de Nueva York a Buenos Aires \$26; de Hamburgo a Buenos Aires \$15; de Río de Janeiro a Buenos Aires \$8,60m/n.”

Si esto ocurría para una industria argentina protegida, y en la ruta descendente del interior a Buenos Aires, de fletes más baratos que los de la ruta ascendente, podemos imaginar el destino de las industrias no protegidas. De acuerdo al Censo Industrial de 1914, funcionaban en la Capital Federal más de 100 establecimientos metalúrgicos, que ocupaban unos 15.000 obreros. La industria textil también comenzaba su evolución lo mismo que los establecimientos que industrializaban materias primas agrarias de índole alimenticia. La elaboración de gas a base de carbón, cervecías, compañías de electricidad, y diversas fábricas en vísperas de la guerra imperialista. Es importante señalar que la industria argentina de esa época ya señalaba su tendencia a concentrarse entre la Capital Federal y el Litoral: aproximadamente el 70% de las actividades fabriles estaban radicadas en la zona mencionada⁹. Enrique del Valle Iberlucea calculaba que a principio de siglo los obreros industriales de la Argentina (excluidos trabajadores de servicios y transportes) ascendían a 146.650. De ellos, 93,294 eran extranjeros y tan sólo 52.356 argentinos. Según el mismo autor, en 1904 el número de establecimientos industriales de la Capital Federal era de 22.204, pertenecientes a otros tantos propietarios, pero de esos se contaban 18.706 extranjeros y únicamente 3.498 argentinos¹⁰.

Estas cifras poseen un gran interés político para comprender no sólo la composición de la burguesía “nacional” argentina, sino también la naturaleza “nacional” del proletariado, y en consecuencia el peculiar carácter del Partido Socialista y de la corriente de izquierda que nace en 1912 en su seno y que se escindiría en 1918 bajo el nombre de partido Comunista.

“Observando el movimiento obrero argentino, dice Del Valle Iberlucea, se nota que casi todos los propagandistas de la emancipación proletaria, económica y política, salidos de la clase trabajadora, son extranjeros y proceden de los gremios cuyo malestar es menos acentuado, así como que los obreros argentinos que se deciden a entrar en la lucha provienen del proletariado urbano y de los oficios mejor remunerados.”

A fines de 1909 la población argentina ascendía a un total de 6.805.684 habitantes. De ellos eran extranjeros 2.220.466, o sea un 50% de toda la población del país. Pero el peso político, económico y social de ese 50% era mucho mayor que la indicada por esa cifra, pues el número de adultos entre los extranjeros recientemente arribados a la Argentina llegaba a 1.398.893 varones y tan sólo a 155.432 menores y niños varones extranjeros. En otras palabras, la inasimilación psicológica, cultural y política de esos dos millones y medio de inmigrantes era más radical por la edad madura de la mayoría de sus miembros.

“Esa considerable cantidad de adultos, escribe Juan A. Alsina, no participa de la vida política, se limita a pagar los impuestos como todos los habitantes de la República, y apenas toma parte del Gobierno Municipal en algunas ciudades. No le comprende ninguna de las cargas políticas del argentino. No solicitan la ciudadanía. Aprovechan como simples habitantes de la Nación, de los beneficios de los artículos 14, 16, 17, 18, 19 y 20 de la Constitución sin la carga del servicio militar establecida por el art. 21, ni las

⁹*Evolución Industrial Argentina*, por ADOLFO DORFMAN, Ed. Losada, Buenos Aires, 1942, pág. 21.

¹⁰ *Industrialismo y socialismo en la Argentina*, por ENRIQUE DEL VALLE IBERLUCEA, Revista Socialista Internacional, Buenos Aires, 1909, Nos. 4 y 5, Tomo I, pág. 272.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

responsabilidades que tienen los ciudadanos que son llamados al Gobierno en sus diferentes esferas”¹¹..

La Argentina de 1910 constituye una sociedad agro-comercial exportadora, sometida a un proceso de expansión capitalista de su economía rural por el imperialismo británico. Paralelamente a la explotación de esos rubros primarios, surgía lentamente una industria derivada, en su mayor propiedad de extranjeros, afincada en los centros “civilizados” del Litoral y sostenida por un proletariado igualmente extranjero, procedente en su mayor parte de los países atrasados de Europa (España e Italia). El hilo de acero que aseguraba toda la estructura dependiente del país, era la red ferroviaria.

“Como buenos comerciantes, los ingleses saben que hay que aventurarse y esperar. De suerte que vienen a Francia en busca de los capitales de nuestros bancos, nos contentan con un interés del 4% y los colocan en las Empresas de ferrocarriles argentinos, que les producen el doble o el triple. Y por esto asistimos al espectáculo, cómico y triste a la vez, de que los capitales franceses hagan la competencia a los capitales franceses (colocados en las Empresas francesas de ferrocarriles, enriqueciendo a los ingleses). No sólo tuvieron los ingleses audacia de luchadores, sino que comprendieron a tiempo que, en la Argentina, los asuntos de ferrocarriles y las transacciones financieras son mucho más una cuestión de diplomacia que de competencia técnica. En su estado mayor figuran ingenieros y administradores ingleses, pero saben que un “hijo del país”, si ofrece garantías de actividad y habilidad en los negocios, sabrá defender mejor sus intereses, convertidos en los suyos mismos, que todos los funcionarios ingleses que pudieran llevar al país. Los abogados de las Compañías son, pues, todos hijos del país, elegidos entre los más influyentes. Los primeros ganan 50.000 francos anuales y los otros 25.000. El señor Quintana, que fue Presidente de la República, era abogado de la Compañía del Sur.”¹²

Si el imperialismo europeo había importado al campesinado capitalista del Litoral, a la burguesía industrial y al proletariado urbano, ¿dónde estaban los argentinos en 1910, cuál era su posición social, sus ideas y sus partidos políticos?

Los únicos argentinos nativos eran los ganaderos de apellido, propietarios de estancias y asociados menores del imperialismo. Junto a ellos, los hacendados menores, las peonadas, los jornaleros, los braceros, el pequeño comercio del interior, la Argentina precapitalista, una parte pequeña de la clase media profesional, los obreros sin protección super-explotados de los ingenios, quebrachales y aserraderos de toda la República, excepto el Litoral y la Capital Federal, incluyendo a los grandes sectores de la pequeña burguesía nueva, primera generación de argentinos. Ese inmenso conglomerado seguía al radicalismo de Don Hipólito Yrigoyen, que ya emergía de la conspiración para aproximarse a los comicios.

Los conservadores, que eran mitad ganaderos y mitad turfmen, conducían el país sin necesidad de hacer política de comité. Sus centros de dirección eran tres clubes: el Jockey, el Club del Progreso y el Círculo de Armas. En el primero se comía (tanto los cocineros como los mozos de mesa eran franceses); en el segundo se jugaba al *baccarat*, al *pocker* y al *trictrac*, precisamente en el edificio de cuatro pisos que para él había construido especialmente Ezequiel P. Paz, dueño de “La Prensa”. Las tres cuartas partes de su biblioteca estaban integradas por libros franceses. Y en el tercero, se hablaba sólo

¹¹ *La inmigración en el primer siglo de la Independencia*, JUAN A. ALSINA, Ed. Por Felipe S. Alsina, Buenos Aires, 1910, pág. 41.

¹² Huret (*Ob.cit.*, pág. 536).



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

de duelos y de alta política; era el más distinguido, sólo contaba con trescientos socios. El Comité quedaba para los pobres, para los radicales de Don Hipólito. ¿Qué más remedio quedaba sino hacer política criolla? Es precisamente contra ese radicalismo que dirigirá su crítica corrosiva el grupo del Dr. Justo. Representante de un “socialismo” de trasplante integrado por trabajadores europeos, Justo predicó el librecambio, doctrina del capital imperialista, compartida por ganaderos y comerciantes. Desconoció siempre la curiosa idea de que la realización de su prédica cerraría el camino para el crecimiento de su propio partido, pues la división internacional del trabajo impedía la expansión de la industria y en consecuencia la formación correlativa de un gran proletariado. En el orden histórico, fue tributario del mitrismo, ideología liberal grata a los peninsulares garibaldinos. Por supuesto, en nombre de la “civilización” Justo justificó el exterminio de las montoneras. Así fue como el Partido Socialista se convirtió en el “ala izquierda” del patriciado conservador y en el mayor enemigo del radicalismo. Este último, bajo su confusa verba, arrastraba consigo los gérmenes de una burguesía industrial tanto como a la masa de obreros criollos que no encontraban un lugar en ese raro partido de extranjeros, adversario de la industria y de la tradición nacional.

Años más tarde Justo dirá que el “*imperialismo es una pavada*” y uno de sus secuaces agregará que se trata de un “*invento de Lenin*”. Sin embargo, el revolucionario ruso parecía comprender mejor que Justo la naturaleza histórica de la Argentina. Precisamente en su estudio sobre el imperialismo, escrito en 1916, Lenin observará:

“Puesto que hablamos de la política colonial del imperialismo capitalista, es necesario hacer notar que el capital financiero y la política internacional correspondiente, la cual se reduce a la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, crean una serie de formas de transición de dependencia nacional. Para esta época son típicos no sólo los dos grupos fundamentales de países, los que poseen colonias, y los países coloniales, sino también las formas variadas de Estados dependientes, políticamente independientes, desde un punto de vista formal, pero, en realidad, envueltos por la red de la dependencia diplomática y financiera. Una de estas formas, la semi-colonia, la hemos indicado ya antes. Como modelo de la segunda citaremos, por ejemplo, la Argentina. “La América del Sur, pero sobre todo la Argentina-dice Schulze Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico- se halla en una situación tal de dependencia financiera con respecto a Londres, que se la puede casi calificar de colonia comercial inglesa”. Según Schilder, los capitales invertidos por Inglaterra en la Argentina, de acuerdo con los datos suministrados por el cónsul austrohúngaro en Buenos Aires, fueron, en 1909, de 8,75 mil millones de francos. No es difícil imaginar qué fuerte lazo se establece entre el capital financiero (y su fiel “amigo”, la diplomacia) de Inglaterra y la burguesía argentina y los sectores dirigentes de toda su vida económica y política.”¹³.

A causa de ese carácter dependiente de la Argentina podría pensarse que un verdadero partido obrero socialista del país habría concebido su política bajo la forma de una lucha central contra el imperialismo extranjero y sus agentes políticos nativos. Asimismo habría incluido en su programa las aspiraciones de las grandes masas criollas no proletarias. Ni el socialismo de Justo ni su variante comunista posterior, percibieron la esencia de una política nacional.

¹³ *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, por V.I. LENIN, Ed. Problemas, Obras Escogidas, Tomo II, pág. 505.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

En la sociedad argentina de 1910 el cosmopolitismo no era un fenómeno perceptible tan sólo en el Partido Socialista, sino que manifestábase en toda la vida política y cultural. Esos fuertes vínculos entre el imperialismo y las clases dirigentes argentinas se traducían por la implantación de nuevas modas, gustos y costumbres de la aristocracia ganadera, factores que se unían a la presión insostenible que la inmigración ejercía en la educación y el lenguaje, lo mismo que los diarios, con las informaciones y comentarios propios de una prensa satélite. Jules Huret, el francés que ya hemos citado, comentaba despectivamente la frivolidad de nuestros “metéques”.

“No realizan un viaje a Europa sin ir a Londres y, como la mayoría de los latinos, se dejan impresionar por su afectación de gravedad y flema. ¡La gente rica empieza a enviar sus hijos a los colegios aristocráticos ingleses, y paga diez mil francos anuales para que aprendan a jugar al snobismo!”

Una masa gigantesca de extranjeros desvinculados de la historia nacional y de sus luchas sangrientas dominaba demográficamente la escena. Las diversas “colectividades” poseían sus propios idiomas y estudiaban la historia, la geografía y la literatura de sus países de origen. La clase media de cepa inmigratoria que vivía su infancia en las grandes ciudades o en las colonias rurales, crecía al margen de la trama vital de un país fundado por criollos, que se habían llevado a la tumba desconocida el significado de su lucha. Sus sucesores eran demasiado pobres para escribir libros de texto. Por su parte, la mayoría de los historiadores académicos escribían bajo el dictado de la oligarquía victoriosa.

“No nos suicidemos en el principio europeo de la libertad de enseñanza, escribía Ricardo Rojas. Para restaurar el espíritu nacional, en medio de esta ciudad donde se ahoga, salvemos la escuela argentina, ante el clero exótico, ante el oro exótico, ante el poblador exótico y ante la prensa que refleja nuestra vida exótica sin conducirla, pues el criterio con que los propios periódicos se realizan, carece aquí también de espíritu nacional. Lo que fue sacerdocio y tribuna, es hoy empresa y pregón de la merca. Ponen un cuidado excesivo en el mantenimiento de la paz exterior y del orden interno, aún a costa de los principios más altos, para salvar los dividendos de capitalistas británicos, o evitar la censura quimérica de una Europa que nos ignora.”¹⁴. Y agregaba más adelante: “Así se explica que estén saliendo de nuestras escuelas argentinos sin conciencia de su territorio, sin ideales de solidaridad histórica, sin devoción por los intereses colectivos, sin interés por la obra de sus escritores.”

Tal era el país que festejó los cien años de la Revolución de Mayo. Su Capital Federal resumía como un símbolo secular el internacionalismo cultural, la desnacionalización del núcleo dirigente y el desarraigo originario del socialismo. Mientras los gestos insensatos y heroicos de los anarquistas catalanes sembraban el terror reclamando un pedazo de pan a la indolente plutocracia, el partido de Juan B. Justo construía con admirable paciencia sus cooperativas. Los socialistas condenaban al radicalismo como manifestación del atraso criollo y de la inepta demagogia y el Grupo Bemberg, lo mismo que la CHADE, publicaban sus avisos en las páginas de “La Vanguardia”. El imperialismo no se equivocaba en sus preferencias. De esa sociedad cosmopolita que contempló el fasto del Centenario, y del partido obrero manchesteriano, surgió la tendencia que dio origen al Partido Comunista.

¹⁴La Restauración Nacionalista, de RICARDO ROJAS, Ed. Del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Buenos Aires, 1909, pág. 348. Era en tiempos en que Rojas no había cedido a la seducción de la familia Mitre

JUAN B. JUSTO Y LA FUNDACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA

Hacia 1914 el Partido Socialista era la expresión más indiscutible de la influencia imperialista en los sectores calificados del movimiento obrero, impregnados de reformismo europeo. Pero la mayoría de los obreros, fueran inmigrantes o criollos, luchaban bajo la influencia del anarquismo. Para los trabajadores procedentes de España o Italia, esta orientación se justificaba en virtud del auge alcanzado en dichos países por la ideología anarquista, manifestación doctrinaria de la irritación del artesano en vías de proletarizarse por el desarrollo de la gran industria. En cuanto al atractivo que ejercían sobre el trabajador criollo las ideas anarquistas (o “las ideas” a secas, según el lenguaje de la época) puede explicarse por el poderoso individualismo de los viejos pastores atraídos a las concentraciones urbanas gracias a la incorporación del país al mercado mundial y la introducción de formas capitalistas sobre las ruinas de la economía natural. El más notable precedente artístico de los anarquistas criollos había sido el canto trágico de “Martín Fierro”.

Y a diferencia de los cooperativistas y contadores públicos del Partido Socialista, a los que sólo seducía un buen balance anual, de las filas anarquistas saldrán a recorrer pueblos y campañas del interior payadores sociales, con la guitarra a la espalda, que entonarán las décimas bélicas e inocentes del nuevo credo¹⁵. Cuando llegue la hora de votar, los anarquistas votarán a Don Hipólito sin dejar de proferir sus denuestos contra el Estado.

El siglo victoriano que ya se extinguía no se había propuesto industrializar la granja sino en la medida indispensable exigida por las peculiaridades de la penetración imperialista en la economía agraria. Por esa razón el proletariado industrial moderno no hará su aparición en nuestro país sino a partir de 1930. La guerra imperialista de 1914 pondrá de relieve la vulnerabilidad interna de los países agrarios. Los sectores productivos nacionales en formación, de los que Yrigoyen será su ambigua manifestación política, aprovecharán la crisis bélica para echar las bases de una modesta industria liviana. Como resultado de este proceso aparecerán numerosas fábricas de emergencia y los obreros industriales aumentarán su número; pero todavía esa clase obrera en ciernes nutre sus filas de la inmigración y, en menor proporción, de los peones, jornaleros y changuistas que el campo comienza a expulsar a partir de 1914. Extranjeros, hijos de extranjeros y criollos en minoría absoluta, tal era la clase trabajadora en 1914, radicada en la ciudad de Buenos Aires, centro vital del Partido Socialista.

El estallido de la guerra imperialista puso de manifiesto, como siempre ocurre en la socialdemocracia, la existencia de una tendencia de “izquierda” opuesta a la dirección del Dr. Justo. Esta tendencia ni soñaba con diferir del “maestro” en su interpretación global de la revolución argentina y latinoamericana. Reducía su crítica al “reformismo” de Justo, a su desdén por el materialismo dialéctico y a su evidente simpatía por la causa de los Aliados. Ignoramos la actitud de esta tendencia de izquierda (que formará más tarde el Partido Comunista) acerca del conflicto suscitado entre Manuel Ugarte y los

¹⁵ “Grato auditorio que escuchas/ al payador anarquista/ no hagas a un lado la vista/ con cierta expresión de horror, / que si al decirte quiénes somos/ vuelve a tu faz la alegría/ en nombre de la anarquía/ te saludo con amor.” MARTIN CASTRO, *La Guitarra Roja*, Buenos Aires, Ed. Sin fecha.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

dirigentes del partido, que concluyó con el alejamiento de aquél. Pero conocemos en cambio, por boca de ellos mismos, la interpretación que les mereció la crisis con Alfredo Palacios. Esta “izquierda”, predecesora del stalinismo, condenará a Palacios con furor más ortodoxo que la fracción de Justo. Verá en este personaje a un “patriotero”, a un “nacionalista burgués” y a la más destacada expresión de la “derecha”. Treinta años más tarde, el Partido Comunista, en su historia oficial, reiterará su juicio:

“Alfredo L. Palacios era la expresión consecuente de las tendencias liberales-burguesas predominantes dentro del Partido Socialista mientras que el resto de la dirección y el grupo parlamentario, no se atrevía a manifestarlo abiertamente por temor a la repulsa de los afiliados y por miedo a perder parte del caudal electoral obrero.”¹⁶

PALACIOS Y UGARTE

Alfredo Palacios era, sin duda, una versión moderada (diríamos oportunista) del socialismo nacional de Ugarte. Resulta esclarecedor recordar que Manuel Ugarte rompió con el Partido Socialista de Justo por la abierta posición imperialista de su órgano “La Vanguardia”, que aplaudió la segregación de Panamá preparada por Estados Unidos, permitiéndose luego calumniar a Colombia, el Estado amputado¹⁷. En 1914, al declararse la guerra imperialista, Ugarte apoyó la neutralidad frente al conflicto, mientras que Palacios (semejante en este problema, como en cada circunstancia decisiva, a los cipayos del grupo Justo) integraba el Comité Pro Aliados, junto a Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y otros. Pero esta actitud de Palacios no sería suficiente para enjuiciarlo. A diferencia del Dr. Justo y Repetto, había frecuentado sistemáticamente la tradición nacional. No sólo había pronunciado por la devolución de las Islas Malvinas, que para los stalinistas criollos es algo deleznable, a diferencia de las Sakhalin soviéticas, sino que por sus campañas antiimperialistas, sus teatrales arrebatos de gauchismo, su amistad con Guido y Spano, su interés por las provincias mediterráneas y su proclamación reiterada de “argentinismo”, daba al partido de Justo un barniz nacional de que carecía por completo. En este sentido, lo “nacional” de Palacios, por más ambiguo y ocasional que fuese, lo distinguía como la “izquierda” de Justo y no como su derecha.

En un país semicolonial, donde el principal enemigo es el imperialismo y su influencia económica e ideológica, el nacionalismo es un factor revolucionario en la lucha por la emancipación del país y por el socialismo. Así como los vocablos “izquierda” o “derecha” han terminado por perder su antigua sustancia gálica y lejos de clasificar antes bien desclasifican, el nacionalismo ha entrado triunfalmente al siglo XX y saltaría sin duda al siglo XXI. Las tareas históricas del nacionalismo y las revoluciones nacionales no han sido resueltas. Ahondando el problema, deberá convenirse que el oportunismo “nacional” de Palacios cubría el ala izquierda del justismo, mientras que el “internacionalismo” abstracto cubría su ala derecha. Tanto Palacios como la “izquierda” integraban el sistema de reaseguros del socialismo cipayo, destinado a mantener su influencia sobre la juventud y el naciente movimiento obrero: uno por antiimperialistas, otros por “revolucionarios”, ambos coincidían en no llevar muy lejos sus principios, pues

¹⁶ *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*. (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino). Redactado por la comisión del Comité Central del Partido Comunista. Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1947, pág. 17.

¹⁷ En relación a este episodio de la defensa de Colombia y Panamá por Ugarte, véase *Introducción a la América Criolla*, Jorge Abelardo Ramos, Ed. Del Mar Dulce, Bs.As., 1984.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

las dos tendencias formaban parte del sistema cerrado de la factoría británica. De ahí que en toda su carrera política Palacios haya oscilado entre dos polos: luchaba contra el imperialismo en los momentos de bonanza, y estrechaba filas con él en las circunstancias difíciles; se especializaba en las críticas a la “Plutocracia yanqui” privada de “espíritu”. Pero en cuanto a los ingleses, que dominaban la sociedad argentina, les reservaba un recuerdo anual sobre las Islas Malvinas; disertaba sobre el heroísmo montonero y rendía culto simultáneamente al General Mitre, que los había exterminado; pedía la condonación de deudas con el Paraguay, las deudas de la infame Triple Alianza, aunque condenaba al mismo tiempo al “tirano Solano López”. Palacios hizo de la danza y contradanza política un arte memorable, tan seductor para la cipayería universitaria y porteña, que todavía en 1961 pudo ser elegido Senador nacional, pues advertido de que en cierto momento la defensa de Cuba podía restaurar su caído prestigio, se convirtió en su apóstol, sin quebrar su amistad con el Almirante Rojas y con los enemigos naturales de Cuba.

La cuestión del imperialismo no había sido planteada en ningún momento por esa “izquierda” nacida en 1912, que a semejanza del “maestro” Justo, coincidía en declarar a la Argentina un “*pais capitalista*” y en confundir al imperialismo con la burguesía nacional en una sola categoría indisociable. Ya Osvaldo Magnasco había planteado en el Parlamento, como diputado roquista la influencia funesta del capital británico. Toda la historia argentina había discurrido entre la autoafirmación de un destino propio y la subordinación a los dictados extraños. Sin embargo, la “izquierda”, armada del “método marxista”, se enfrascaba en discusiones sublimes con el teórico alemán Eduardo Bernstein. Semejante irrealidad política y teórica tenía, como cabe suponer, una explicación que confiamos haya surgido por sí misma en esta exposición.

El conjunto de la sociedad argentina estaba condicionado por la explotación imperialista. Pero esta influencia se ejercía de muy diverso modo, según las clases sociales en gestación y según su ubicación geo-económica. Nos excusará el lector si reiteramos una vez más el hecho de que el Partido Socialista, tanto como su izquierda, se fundaban en las características inmigratorias de la clase trabajadora, fundamentalmente artesanal, por otra parte. La identificación entre el teatro de lucha del Viejo Mundo y el Nuevo era un rasgo común que distinguía a los movimientos socialistas de principios de siglo. Los extranjeros o argentinos de la primera generación que actuaban en el Partido Socialista, propendían a concebir las grandes ciudades como focos de civilización creados exclusivamente por el capital extranjero, y al resto del país como un territorio semibárbaro. A la oligarquía la consideraban como una “burguesía nacional” y al radicalismo de Yrigoyen, que desplegaba en esos momentos su gigantesca fuerza de masas, era juzgado un movimiento demagógico de los caudillos de todas las clases¹⁸. Esta ambigüedad crítica tenía su lógica; si tanto los conservadores como los radicales estaban tan sólo separados por sus apetitos de poder y por la disputa feroz del presupuesto del Estado, sólo cabía al “partido obrero” enfrentar a ambos, reproduciendo en Buenos Aires (el resto del país prácticamente ni contaba) el duelo previsto por los fundadores del socialismo científico, que en boca de Justo tenía un regusto secamente positivista, secreto de todas las “ilusiones del progreso”.

CAPITALISMO “SANO” Y CAPITALISMO “ESPÚREO”

¹⁸ La oligarquía agraria tenía como fuente de ingresos el mercado inglés. La inexistente “burguesía nacional” en gestación, por su propia naturaleza, habría de interesarse en el mercado interno. Los aspectos “nacionales” o “no nacionales” de una y otra jamás lograron interesar a los “izquierdistas” criollos. La reproducción de la simetría clasista europea los deslumbraba como cuentas de vidrio. Marx en lugar de Cristóbal Colón.

En cuanto al capitalismo en la Argentina, el Dr. Justo lo dividía en dos categorías: el “capitalismo sano” y el “capitalismo espúreo”. El sano era, naturalmente, el capital extranjero procedente de países responsables. Y el “espúreo”, el capitalismo nacional, que siempre andaba a la busca de protección aduanera. Para el jefe del partido Socialista, las industrias que necesitaban “protección” eran “artificiales”. No merecían sobrevivir sino aquellas que como las empresas imperialistas encontraban su fuerza en la asfixia industrial de los países débiles como la Argentina. Tal fue la doctrina de este socialista cosmopolita, doctrina que ha sobrevivido a su autor.

Burguesía nacional versus proletariado era el dilema de trasplante asimilable tan sólo por los extranjeros recién llegados al país o por sus hijos porteños, artesanos, ferroviarios o empleados de grandes tiendas inglesas, para los cuales toda la República se reducía a la Capital Federal y el resto sólo era un “hinterland” remoto. ¿Qué menos podía esperarse sino que todo el país ignorase a un “socialismo” que tan profundamente lo desconocía? Pero esta estrecha visión de Justo, que impregnó toda la historia ulterior del socialismo cipayo, ha sido exhaustivamente tratada por Spilimbergo en su libro sobre el tema¹⁹.

Sin embargo, como la oligarquía conservadora en el poder carecía de importancia electoral, mientras que el radicalismo la tenía en el alto grado, el socialismo de Justo, como lo harán más tarde sus discípulos del Partido Comunista, concentrará todo su poder crítico contra el movimiento nacional de Yrigoyen. Este último arrastraba bajo su bandera, por otra parte, a los obreros criollos. Había, bajo lo absurdo de esta lucha impropia, algunos elementos superestructurales dignos de tener en cuenta, y que también heredarán los “izquierdistas” del futuro Partido Comunista. Mientras que Yrigoyen evocaba en cierta manera al viejo partido federal, y el caudillo era antimitrista, la oligarquía conservadora, por el contrario, había encontrado en el cultivo de la figura del general Mitre un mito rentable. Alrededor de Mitre, ya trocado en estatua y elevado a la categoría de patrono de la República señorial, se levantaba el andamiaje de una doctrina imponente: la escuela manchesteriana, realizada en el libre comercio; la Universidad traductora y cosmopolita; el milagro civilizador del ferrocarril británico; la versión canónica de una historia sin nubes dividida entre dos protagonistas fundamentales: Rosas y Mitre, el elegido y el réprobo, aunque ambos porteños.

El partido Socialista, europeo por su composición nacional y europeo por las doctrinas de su fundador, ¿podía vacilar entre la oligarquía ilustrada y la democracia bárbara de Yrigoyen? Toda la escena estaba dispuesta para una distribución de papeles. A los ojos del Dr. Justo la elección parecía incuestionable. El Partido Socialista debía abrazar las doctrinas del librecambio, que estaban en la base de la dominación imperialista en la Argentina y en la satisfacción de los intereses específicos de la oligarquía agrocomercial. Del mismo modo, su predilección por Mitre y su aborrecimiento de los viejos caudillos montoneros, debía infundir a varias generaciones de socialistas y comunistas las ideas históricas del capital extranjero y sus asociados nativos. La relación entre una visión adulterada del pasado y el presente ya ha sido suficientemente estudiada y es siempre una relación política. De ahí que la inmigración practicó una especie de corte cervical en la tradición oral y en la continuidad humana de la historia argentina. Los partidos aparecidos junto con los embriones del proletariado, precisamente como

¹⁹ J.E. SPILIMBERGO, “*Juan B. Justo o el socialismo cipayo*”, Editorial Coyoacán, Buenos Aires, 1960. Del mismo autor, ver asimismo “*El Socialismo en la Argentina*”, (Del socialismo cipayo a la izquierda nacional). Ediciones del Mar Dulce, Buenos Aires, 1969.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

resultado de la inmigración, se encontraron separados radicalmente del pasado nacional. Y percibieron su tiempo con la óptica deformada de un extranjero en América Latina.

Ya hemos aludido al hecho de que no se trataba únicamente de la ideología, sino que ésta era el reflejo teórico de una realidad evidente: los socialistas europeos e hijos de europeos encontraban la base material de su distorsión política en que formaban parte del personal de las grandes empresas imperialistas de servicios públicos; y que su eje de acción era la Ciudad de Buenos Aires, plaza fuerte del imperialismo, sometida, ayer como hoy, a la presión de todas las ideologías cosmopolitas. El internacionalismo cultural hacia 1910, cuando Jorge Luis Borges era todavía un niño que leía en inglés, en la biblioteca de su padre, los relatos de Lord Dunsany, prefiguraba la desargentización de la literatura anglófila de treinta años más tarde.

La tormenta de la guerra imperialista desencadenó una diferenciación interior en el Partido Socialista. Aunque la tendencia de izquierda no comprendía la naturaleza histórica del país, asumió una posición correcta frente al conflicto bélico. El grupo parlamentario socialista, dirigido por el Dr. Justo, pese a resoluciones anteriores del Partido contrarias a la guerra mundial, reclamó la ruptura de relaciones con Alemania para *“proteger el comercio exterior argentino”*. El Congreso Extraordinario convocado para juzgar la actitud del grupo parlamentario aprobó una declaración contra la guerra, pese al prestigio de Justo entre los afiliados. El grupo parlamentario se vio obligado, ante la mayoría antibelicista del Congreso Extraordinario, a inclinarse formalmente ante dicha declaración. Poco después, sin embargo, en setiembre de 1917, a raíz de un incidente diplomático con el ministro alemán Luxburg, la fracción parlamentaria socialista sumó sus votos a las tendencias rupturistas en el Congreso (todas antiyrigoyenistas) votando por la ruptura de relaciones con los Imperios Centrales. La declaración de Justo y sus amigos era típica del “maestro”:

*“No tiene mayor significación- dijo Justo en la Cámara- declarar rotas esas relaciones y sin atribuir mucha importancia a nuestro voto, votaríamos eso como una resolución más o menos indiferente, por razones de mera comodidad o cortesía con los ciudadanos que parecen anhelar su declaración como un gran hecho”*²⁰.

El apoyo a la guerra del imperialismo opresor del país, en contra de su rival imperialista, parecía a Justo un hecho desprovisto de importancia y a lo sumo una simple “cortesía” hacia los cipayos rupturistas.

Esta flagrante violación de las decisiones del Congreso Extraordinario del Partido fue el factor desencadenante de la escisión. Numerosos Centros socialistas y afiliados que protestaron fueron expulsados por la camarilla de Justo. Dichas organizaciones se reunieron en un Congreso celebrado en Buenos Aires los días 5 y 6 de enero de 1918, que dio nacimiento al Partido Socialista Internacional. La denominación misma del nuevo partido declaraba su carácter y la propia naturaleza de las divergencias con el antiguo partido socialista. No sólo la guerra imperialista había obrado como base de la discordia política sino también la revolución rusa, que habiendo comenzado en febrero de 1917, coronó su proceso en octubre del mismo año, con la conquista del poder por el partido socialdemócrata (tendencia mayoritaria o bolchevique)

LA CREACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA Y LA REVOLUCIÓN RUSA

²⁰ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, Sesión del 22 de setiembre de 1917.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

La revolución rusa estalló en el cuarto año de una guerra insensata y exterminadora. No sólo había caído el Imperio zarista, esa reliquia bizantina del siglo XX, la célebre “cárcel de pueblos”. Su derrumbe había elevado al poder a un partido obrero socialista. Las fórmulas de laboratorio asumían el lenguaje de las armas. El socialismo no servía tan solo para fastidiar a los diputados burgueses en los parlamentos de una Europa civilizada y ordenada. También podía tomar el timón, entregar la tierra, manumitir a los siervos de la barbarie agraria y realizar en la tierra el paraíso de los teóricos. Confusa y enorme, la Revolución Rusa parecía alzarse sobre la Europa agotada como una antorcha purificadora. En grandes titulares de la prensa oligárquica, los jóvenes de Buenos Aires leían los nombres tajantes de nuevos jefes: Lenin, Trotsky, Zinoviev, Chicherin, Kamenev, Sverdlov, Dybenko, Bujarin, con su grafía francesa y las resonantes palabras: Soviet, Plenum, Ejército Rojo, dictadura proletaria... y también Cheka. Algunos años más tarde la palabra *Soviets* estaría vacía de contenido, pero el *chekismo* sería una realidad trágica. Singular modo con que los valores semánticos se resisten a plegarse al proceso histórico que los crea y destruye.

Si el socialismo tradicional en la Argentina había evidenciado la influencia imperialista británica en la izquierda, la aparición de la Rusia Soviética, al quebrar la cadena imperialista, creó un punto de partida para una escisión del socialismo. Pero esta escisión, que en otras partes del mundo, sobre todo en los países imperialistas industrializados, había originado partidos comunistas de una base obrera muy amplia, en la semicolonias argentina creó un partido comunista que en cierto modo era una variante de “izquierda” pro-rusa del antiguo socialismo amarillo pro-imperialista. Esta “izquierda” y este “comunismo” no aparecían como el resultado natural del desarrollo de la sociedad argentina, aún inmadura y sin una clara diversificación de sus clases fundamentales, sino como la expresión directa de la crisis mundial del imperialismo y del nacimiento de un nuevo Estado, que aunque se proclamaba socialista, conservaba el carácter multinacional del Imperio zarista. La crónica oficial del comunismo dirá luego lo siguiente:

*“A este despertar político del pueblo argentino contribuyó grandemente el triunfo de la gran Revolución Socialista de Rusia y los movimientos revolucionarios de postguerra que tuvieron lugar en Europa (Hungría, Bulgaria, Alemania, Italia, etc.). Este hecho, además de conmover a los obreros nativos y a los diversos sectores populares de nuestro país, ejerció una gran influencia sobre vastas capas de residentes extranjeros, que se movilizaron en ayuda de los movimientos revolucionarios que se desarrollaban en sus respectivos países.”*²¹

La historia de su primera década es la mejor prueba del carácter artesanal, pequeño burgués y eslavófilo del Partido Comunista. En su manifiesto de fundación, el nuevo Partido no difería del anterior, sino en el tono rotundo de sus afirmaciones generales.²²

Lejos de traducir las peculiaridades del país al plano de la política argentina viviente, introducía externamente, bajo el ropaje de fórmulas importadas de Rusia, las generalidades doctrinales que serían más tarde rutinarias en la Internacional Comunista. Los inmigrantes procedentes de los países eslavos y, en general, de Europa Oriental, fueron desde un comienzo el verdadero pilar de sustentación del Partido. Radicados definitivamente en la Argentina, su simpatía por Rusia soviética y las naciones federadas dentro de la URSS (fenómeno que se ampliará después de 1945) ejercerá un papel

²¹ “Esbozo de historia...” ob. cit. Página 33.

²² “No existía, pues, el verdadero Partido Socialista en la Argentina. Acabamos de fundarlo. El Partido Socialista ha expulsado de su seno deliberada y conscientemente, al socialismo. No pertenecemos más al Partido Socialista. Pero el Partido Socialista no pertenece más al socialismo.” *Ob.cit.*, página 25.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

financiero decisivo en la consolidación del aparato burocrático y en consecuencia fatal para una readaptación de ese partido a la realidad argentina.

“En este período, al calor de esas movilizaciones, se crearon organizaciones populares idiomáticas, las cuales desarrollaron una intensa actividad política, cultural y solidaria; fundaron bibliotecas, escuelas y editaron sus respectivos periódicos, los cuales suman actualmente la cantidad de 19, que corresponden a otros tantos grupos nacionales. A través de esa intensa labor solidaria y cultural, miles de ciudadanos extranjeros se incorporaron a la vida política activa, especialmente al Partido Comunista, en el cual ellos vieron siempre al más esforzado defensor de sus derechos e intereses, constituyendo un serio aporte al fortalecimiento de la democracia en el país. En cuanto a los grupos idiomáticos partidarios, una vez cumplida su misión de enrolar en la vida política nacional a la gran masa de trabajadores extranjeros, han sido disueltos, incorporándose sus miembros a la organización partidaria correspondiente, con excepción de los militantes cuyos países de origen pertenecen a la URSS, los cuales, por resolución especial, fundada en el hecho de que la mayoría de ellos van regresando a su patria o lo harán en un futuro próximo, han dejado de pertenecer a nuestro partido, en cuyas filas dieron muestras de abnegación y devoción revolucionarias.”²³

Extranjero desde adentro y desde afuera, el partido que nació en 1918 llevaba la autocondena en sus entrañas y este hecho resulta tanto más patético ante las generaciones de obreros y estudiantes que han pasado por sus filas, cuya devoción y sacrificio, a veces en grado heroico, resultan más trágicos todavía a la luz de la política antiobrera y antinacional que adoptará ese partido.

LAS PRIMERAS LUCHAS FRACCIONALES

El carácter informe del período que va desde 1918 hasta 1930 reconocía dos causas: la primera, era el ciclo de “estabilización relativa” del capitalismo mundial que sucede a la revolución rusa.

El fracaso de las revoluciones europeas, que debían extender el radio triunfante de la revolución rusa, respondía directamente a que las grandes potencias coloniales lograron disminuir los efectos de la sangría bélica merced al mantenimiento y explotación redoblada del mundo colonial. Cortadas las uñas del imperialismo alemán, las potencias aliadas se distribuyen las antiguas colonias alemanas, reafirman su dominio sobre las suyas propias, imponen al pueblo alemán las cargas extorsivas de indemnizaciones de guerra colosales, ocupan el Ruhr y el Sarre y restañan así las pérdidas. Al aislar a la Rusia Soviética, establecen un seguro contra la expansión de la ola revolucionaria que refluye.

En tales condiciones, el débil partido Comunista de la Argentina se consagra a reunir la mayor suma de socialistas disconformes del partido de Justo y a imbuirlos de “maximalismo”, expresión en boga en ese momento. Por otra parte, la dirección del partido, en la que actúan ya Rodolfo Ghioldi y Vittorio Codovilla, junto a José F. Penelón, Juan Ferlini y otros antiguos socialistas, se ve sometida a diversas luchas internas. La primera de ellas se entabla con una tendencia “ultra izquierdista” (también reflejo de conflictos semejantes en la arena internacional, como los ultraizquierdistas italianos) que rechaza la lucha por las reivindicaciones inmediatas de la clase obrera, niega en redondo la lucha parlamentaria y el trabajo sindical. Esta tendencia prevalece momentáneamente, gracias a la euforia que dimanaba de la Revolución soviética.

²³ Ob. Cit, Página 33.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

Observa Puiggrós que en tres “congresos sucesivos, los ultraizquierdistas contaron con la mayoría de los delegados, a pesar de lo cual Rodolfo Ghioldi, Vittorio Codovilla y José F. Penelón conservaron sus posiciones dirigentes. El ‘Esbozo’, editado en 1947 por la dirección codovillista, califica este hecho de ‘altamente demostrativo del sano instinto de clase de los obreros afiliados a nuestro partido’. En realidad indica la existencia de un aparato partidario lo bastante fuerte como para sostener a la dirección, aun contra la voluntad de la mayoría de los afiliados.”²⁴

El mismo autor, de larga trayectoria en el Partido Comunista, agrega:

“Dirigían al partido los hombres que iban a Moscú, los que asistían a los Congresos de la Internacional Comunista, los que traían informes”.²⁵

Frente a los ultraizquierdistas, aparecieron los “frentistas”, que sostenían la necesidad de formar un Frente con el partido Socialista, ante la decepción que los invadía por la ausencia notoria de triunfos revolucionarios espectaculares en escala internacional. Esta tendencia derechista terminó siendo expulsada, lo mismo que los ultraizquierdistas conocidos luego como “chispistas”, a causa del título de su periódico.

Quedaba, en fin, una última tendencia divergente, producto genuino del pasado socialdemócrata del partido Comunista. Se trataba del grupo encabezado por el concejal Penelón, que reducía los problemas de la revolución mundial a la perfectibilidad del Municipio de Buenos Aires. Pero digamos desde ya que el cuadro de fondo no se encontraba en el país, sino en Rusia Soviética. Allí era donde realmente se dirimían las cuestiones capitales de la revolución: lo que allí tendía a convertirse en un drama, al atravesar el océano se transformaba en una comedia. La expulsión de Penelón – que fundará luego un partido puramente municipal, Concentración Obrera- cerrará el ciclo de las “divergencias anteriores”. En 1927 se separa Penelón con un grupo relativamente importante. Al mismo tiempo, en ese año, la lucha en el Partido Comunista de la Unión Soviética está definida.

Tanto Codovilla como Rodolfo Ghioldi, viajeros impenitentes a Moscú, también toman posición. Comprenderá el lector que se impone desarrollar aquí, aunque sea de modo panorámico, las líneas fundamentales del conflicto soviético, puesto que es precisamente en su desenlace que la dirección del Partido Comunista Argentino encontrará el baluarte más firme para su propia consolidación. Por otra parte, la lucha interna en el comunismo soviético se trasladará simultáneamente a la Internacional Comunista y en consecuencia, a la política de los comunistas de la Argentina. Sería imposible comprender la lógica interna de la política stalinista en nuestro país, disociándola de la evolución política interior de la Unión Soviética.

Fruto de la descomposición de la socialdemocracia, hijo de la Revolución Rusa, el partido Comunista Argentino participó, para su infortunio, de aquella decadencia y de esta crisis. Nacido de una revolución lejana, se consolidó con su contrarrevolución, y si había sido forzosamente ajeno al triunfo de la revolución rusa, fue para su desgracia la manifestación local de su degeneración burocrática. El paralelismo de ambos hechos, la degeneración administrativa del Estado soviético y la construcción de un aparato burocrático bajo la forma de partido en la Argentina, rechaza toda idea de un fenómeno casual. Por el contrario, el uno nace del otro y el partido Comunista de la Argentina arrastrará en su acción doméstica, como una sombra, las variaciones interiores y exteriores de la política soviética. Tal es el secreto del triunfo de Codovilla en su

²⁴ *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, RODOLFO PUIGGROS, Editorial Argumentos, 1956, Buenos Aires, página 170.

²⁵ *Ibidem*, página 170.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

perdurabilidad como jefe del partido Comunista, y tal es la clave por la cual podrá explicarse la total impotencia de dicho partido para comprender e influir en el destino del país.

Algunos autores de origen stalinista- Puiggròs, Astesano, Buezas- consagrados a estudiar las características de alienación ideológica del Partido Comunista, han preferido la adopción de otro método.²⁶ Consideran, en líneas generales, que es preciso desglosar los asuntos internos de la Unión Soviética de la política practicada en la Argentina por el Partido Comunista. Al rechazar todo análisis del proceso soviético y concentrar su atención en la persona de Vittorio Codovilla, juzgan funesto el “codovillismo” y de algún modo adecuada la política de la “Patria Socialista”. De este modo, y persiguiendo la quimera de que la burocracia soviética encuentre por fin la hora de la verdad y reemplace a Codovilla, dichos autores se reservan el secreto de cómo un personaje tan insignificante como el nombrado ha permanecido durante cuarenta y cinco años al frente del Partido Comunista.

Por otra parte, esta cuestión solo puede ser resuelta por la práctica, esto es, por la mera historia de dicho partido. Si los autores mencionados han roto con el Partido Comunista Argentino, no pudieron renunciar a su credulidad con respecto a sus virtuales mandantes. Al desdeñar una crítica rigurosa con respecto a las alternativas sufridas por la revolución rusa se cerraron el camino para una comprensión de la actual Unión soviética y del Partido Comunista Argentino.

DE OCTUBRE AL THERMIDOR SOVIÉTICO

La revolución de 1917 triunfó en un país atrasado, que era al mismo tiempo, y este es uno de sus rasgos peculiares, semicolonias del capital anglo-francés e Imperio opresor de docenas de nacionalidades alógenas. Cien millones de campesinos semi-analfabetos, la petrificación bizantina refugiada en la corona zarista, un halo de mística y mistificación rasputiniana en sus clases nobles, un proletariado “insular” flotando en medio del mar de la barbarie agraria, una dependencia industrial del capital occidental, tales fueron algunos de los elementos que habrían de gravitar pesadamente en los acontecimientos post-revolucionarios.

El partido “bolchevique”²⁷, dirigido por Lenin, tomó el poder en medio de la profunda crisis que la guerra imperialista había creado en la Rusia zarista. Pero el partido dirigente solo era una corriente política y en consecuencia su acción representaba únicamente el “factor consciente” en un proceso contradictorio influido por las condiciones del atraso nacional. Para Lenin, como para Trotsky y los principales dirigentes de ese partido, la atrasada Rusia era el eslabón más débil de la cadena del imperialismo; pero si ese hecho había facilitado el acceso al poder, también era incuestionable que el control de ese poder se volvía más difícil, tan exigua era la herencia técnica y económica dejada por la débil burguesía rusa. En el pensamiento de Lenin, la revolución democrática- revolución agraria, liberación de las nacionalidades oprimidas por el zarismo, liquidación del absolutismo, República Democrática- sólo podría realizarse y pasar a las tareas socialistas con los menores sufrimientos posibles para el

²⁶ Los autores mencionados rompieron con el Partido Comunista después de 1945. Posteriormente ingresaron al peronismo.

²⁷ En ruso “bolchevique” equivale a “mayoritario” y “menchevique” a “minoritario”.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

pueblo, si la revolución rusa encontraba un apoyo material en el triunfo de la revolución alemana y europea. Esto último resultó una perfecta ilusión.

Una Alemania socialista, corazón industrial de Europa, les prestaría el auxilio de su técnica y permitiría a la Rusia bárbara planificar su economía y abrirse camino hacia el socialismo. Pero la revolución alemana fue derrotada, lo mismo que los otros movimientos europeos. Los obreros y las clases medias rechazaron el socialismo. El sistema capitalista del Viejo Mundo se mantuvo firme, apoyado en su imperio colonial, secreto último de su fortaleza. La socialdemocracia internacional, que había sostenido a sus respectivas burguesías durante la guerra imperialista, corrió en su ayuda, para ahogar la revolución naciente. Por las manos de los socialistas y de los oficiales de casta, murieron Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht. En realidad y con la debida perspectiva histórica las “sociedades avanzadas” de la Europa occidental se negaban a cambiar de sistema social.

Si el Ejército Rojo, “*creado de la nada de un modo absolutamente napoleónico*” por Trotsky, según el testimonio de un técnico germano, había logrado vencer a los ejércitos coaligados de los blancos, sobre catorce frentes de lucha, no era menos cierto que al terminar la guerra civil Rusia soviética quedó sometida al cerco imperialista. El partido bolchevique se encontró aislado en el inmenso país, diezmados sus cuadros en la guerra civil (1918-1922). A diferencia de la Europa Occidental, el Imperio Zarista, al cabo de 1000 años de inamovilidad, se desintegró. Un puñado insignificante de hombres resueltos se apoderó del poder e inmediatamente quedó aislado en la cumbre del Estado.

Las masas, fatigadas después de un período de heroica tensión de sus fuerzas, se desmoralizaron. Las penurias, el hambre y las dificultades crecientes de los problemas económicos, indicaron agudamente que se iniciaba un reflujó de la marea revolucionaria. Los pequeños burgueses que la revolución había aterrado en el primer momento, ingresaron a los cuadros del aparato estatal, sediento de administradores, funcionarios y técnicos. Como en todos los países atrasados, el escaso desenvolvimiento económico se reflejaba en un aparato burocrático imponente; así había ocurrido en el ciclo parasitario del zarismo. Así volvería a ocurrir en el período soviético. La burguesía industrial había huido en masa. Fueron raros los elementos de la burguesía que permanecieron en el país y que se avinieron a prestar su colaboración al nuevo régimen. El funcionario, muchas veces inepto u hostil, reemplazó a la burguesía en la dirección de la economía y el tradicional “ukase” ruso reemplazó a los factores de eficiencia, con todas sus consecuencias.

Los arribistas, fauna inevitable de las revoluciones triunfantes, encontraron cómodos empleos. En cuanto a los revolucionarios de la vieja guardia, que no habían muerto en la revolución o en la guerra, se hicieron burócratas y se adaptaron. Las nuevas condiciones de existencia fueron cambiando su psicología. La generación más adulta pedía reposo. Los jóvenes ya no tenían contacto con las luchas del pasado, con las prisiones, con Siberia y con el “knout”. La ola de derrotas del movimiento obrero europeo acentuó el escepticismo creciente en las amplias masas soviéticas, que ya habían vivido su gran jornada. Tan solo los viejos revolucionarios y la nueva generación dentro del partido conservaban intacto su ardor. Pero los peores temores de Lenin se vieron confirmados al día siguiente de su muerte.

El partido bolchevique, creado en la lucha contra la autocracia mediante la severa selección del combate y de la pureza ideológica, fue transformado radicalmente precisamente en nombre de su fundador. Stalin y su grupo llamarán “promoción Lenin”, irónicamente a todos aquellos nuevos afiliados que en “homenaje” al jefe desaparecido ingresan al partido en masa, desdibujando su antigua unidad y la autoridad de la vieja



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

guardia. Si el país estaba prisionero por el cerco imperialista, si el partido bolchevique tendía a aislarse del país en virtud del cansancio colectivo después de los años de la revolución y la guerra civil, los propios bolcheviques quedaron encerrados dentro del partido por la “promoción Lenin” que incluía no sólo a los jóvenes sino a todos aquellos que habían sido hostiles al bolchevismo antes, durante y después de la revolución. Consolidado el régimen, esa oleada de arribismo colmó los cuadros del partido y anegó el antiguo núcleo de hierro.

UNA POSTRERA ADVERTENCIA

Todos los factores del atraso se volcaron sobre el país hambriento y desorganizado haciendo del funcionario estatal el verdadero privilegiado de la nueva época. El burócrata soviético se elevó sobre la miseria general “como el gendarme que reparte el poco pan existente entre muchos.” Como debía resultar trágicamente evidente, esta presión social de las fuerzas tenía que encontrar su expresión política en las cumbres del partido. El fenómeno alarmante de la burocracia naciente inquietará los últimos días de Lenin. En 1922 propone a Trotsky la formación de un bloque para luchar contra el burocratismo estatal y partidario.²⁸ Ya había sufrido el primer ataque en los centros vitales de su organismo; pero su cerebro permanecía lúcido. La presión externa y el vuelo alcanzado dentro de Rusia soviética por la burocracia habían encontrado su encarnación visible en un bolchevique de segunda fila, que Lenin distinguía por su energía y sus dotes de hombre de acción: Stalin.

De cultura rudimentaria, pero astuto, probado y resuelto- virtudes que Lenin apreciaba en la lucha contra el zarismo- Stalin había llegado a cargos administrativos claves en la “maquinaria” del partido. Pero la fusión de la burocracia partidaria con la del Estado dieron a su persona un poder casi sin límites. En tal situación, se pusieron de relieve las cualidades negativas de Stalin, que se fueron desarrollando con la enfermedad de Lenin y con el alejamiento de las perspectivas revolucionarias en escala mundial. De la peligrosidad del monstruo burocrático, del cual Stalin era tan sólo una expresión, puede dar testimonio el llamado “Testamento” de Lenin, ocultado al partido y al movimiento comunista internacional durante treinta y cinco años.²⁹ En dicho documento, Lenin proponía al partido la separación de Stalin de su cargo de secretario general por “desleal”. En una carta personal cuya copia conservaría K.Krupskaia, su compañera, Lenin rompía días más tarde todo género de relaciones personales con Stalin. El 5 de marzo de 1923 escribía a Trotsky una carta pidiéndole se hiciera cargo, en su reemplazo, ya que la enfermedad le impedía hablar, de la lucha contra la brutalidad criminal demostrada por Stalin y Dzherzhinsky en la cuestión nacional georgiana.³⁰ La “cuestión nacional” (no la “cuestión étnica”) se revelaría el resorte decisivo para la integración de los pueblos soviéticos y en los tiempos de Lenin y, del mismo, para el estallido de la dictadura burocrática en la hora de la “perestroika”.

²⁸ V. *Mi Vida*, LEÓN TROTSKY, Tomo II, Ed. Colón, México, 1946.

²⁹ Dado a conocer por KRUSCHEV con otros documentos anexos en el XX Congreso del P.C. de la URSS. Publicado en ruso en la revista de Moscú “Komunist” el 30 de junio de 1956. Hay versión castellana en *Kruschev y el espectro de Stalin*, por BERTRAM D. WOLFE, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1957, página 259.

³⁰ *Ob.cit.*, página 277. Ver asimismo el último artículo que dicta Lenin sobre la cuestión nacional georgiana antes de su muerte en el apéndice de *Por los E.E.U.U. Socialistas de América Latina*, por L.TROTSKY, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

En uno de sus últimos discursos, Lenin advertía que la maquinaria burocrática marchaba hacia direcciones no previstas y casi incontrolables:

“La máquina se desliza bajo la mano, decía al partido, se diría que otro hombre la dirige y que corre en otra dirección de la que le ha sido fijada. Va hacia donde la conduce alguien o algo ilegal, clandestino, venido sabe Dios de dónde; especuladores o capitalistas, o unos y otros en conjunto...”

Ante el poder ilimitado que adquiriría rápidamente la estructura administrativa de un Estado obrero en un país atrasado, Lenin advertía sobre los inmensos peligros de degeneración:

“La historia conoce toda suerte de metamorfosis. Fiarse de las convicciones, de la devoción y de las bellas cualidades del alma, en política no es serio. Las bellas cualidades del alma son el patrimonio de un puñado de hombres y son las masas gigantescas quienes deciden las salidas históricas; y ellas tratan a veces a esos puñados de hombres de una manera poco cortés si esos hombres no les convienen... Es preciso comprender y no tener temor de comprender, que 99 comunistas entre 100 se ocupan de aquello que no saben hacer, que trabajan mal y que deben aprenderlo todo aún.”³¹

La gran cuestión para Lenin era reducir el papel de la burocracia rusa, reaparecida como un cáncer en el régimen soviético, mediante alguna forma de colaboración técnica que pudiera prestar la burguesía políticamente expropiada. Por esa razón suscribió enteramente un pensamiento expresado por un militante de provincias que escribió en un folleto en 1918:

“No es bastante vencer a la burguesía, es necesario hacerla trabajar para nosotros.”

El reemplazo brutal y tajante del burgués por el burócrata fue una de las grandes tragedias de la revolución rusa, que la enfermedad y muerte prematuras de Lenin impidieron moderar:

“Al lado nuestro actúa el capitalista, agrega Lenin en su discurso, es un mercader, saca beneficios, pero conoce su oficio. Ustedes ensayan una manera nueva: no hacen beneficios. Ustedes actúan según los principios comunistas, vuestro ideal es un cuadro sublime y ustedes mismos parecen dignos de ser beneficiados y expedidos vivos al paraíso, pero ¿saben ustedes hacer su trabajo?”³²

Lenin insiste una y otra vez, en sus últimas intervenciones públicas, en los enormes peligros de la burocracia incompetente, despótica e incontrolada, esa burocracia que en 1923, cuando la mortal enfermedad lo inmoviliza, da lugar al escándalo georgiano. Stalin y Orjonikidze (este último será más tarde miembro prominente de la camarilla stalinista) dan muestras de una increíble brutalidad hacia los nacionalistas georgianos. Lenin, indignado, pide un castigo. En su último artículo escribe:

“El que llamamos nuestro es un aparato ajeno a nosotros, que representa un mecanismo burgués y zarista que no hemos tenido oportunidad de conquistar durante los pasados cinco años, faltos de la ayuda de una revolución en otros países y acuciados por la impostergable urgencia del ‘negocio’ de la guerra y la lucha contra el hambre. En tales circunstancias es obvio que la ‘libertad para apartarse de la Unión’ con que nos justificamos a nosotros mismos, no se mostrará sino como un pedazo de papel, incapaz de defender a las minorías en Rusia de las incursiones de ese ciento por ciento ruso, el gran ruso, el chauvinista, en realidad el bribón y despojador que es el típico burócrata

³¹ Ob. Cit., página 362.

³² Ob. Cit., página 348.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

ruso... *La responsabilidad de toda esta campaña nacionalista gran rusa debe atribuirse en verdad a Dzherzinsky y a Stalin.*”³³

Ni Stalin, por supuesto, ni Kruschev, que fanfarroneó sobre los crímenes de su jefe temiendo correr de un golpe todo el telón, publicaron ni comentaron los escritos y discursos que poco antes de la parálisis y la muerte produjera Lenin. Sin embargo, se trata de una reveladora exposición de ideas sobre la verdadera naturaleza del Estado soviético y las relaciones del nuevo poder con la inmensa población campesina. Las necesidades de la guerra civil, según lo observa el propio Lenin, habían obligado al gobierno soviético a crear el llamado “comunismo de guerra”, que no constituía un programa sino la aplicación de la dura ley de una necesidad vital para la defensa del joven Estado. Los campesinos veían confiscar su carne y su trigo por los soldados rojos; pero no comprendían muy bien que esta confiscación nacía de una lucha a muerte donde su propia existencia y la posesión de la tierra otorgada por la revolución estaban en juego. Resulta muy curioso que a tales confiscaciones impuestas por necesidades militares se les haya aplicado el nombre de “Comunismo de guerra.” Bolívar, San Martín y otros soldados de la Independencia no vacilaban en acudir a tales métodos, pero un doctrinarismo tan abrumador había impregnado a los socialdemócratas rusos que aún un político caracterizado por un realismo descarnado como Lenin debió rendir tributo a la tradición literaria, sobre todo alemana y francesa, que provenían no solo de Marx sino de más atrás aún, de Babeuf, de Marat, de Blanqui y de Fourier. Víctimas todos del cientificismo decimonónico, se movieron en la historia de sus días impregnados de un utopismo inconsciente mucho más dominante que su racionalidad orgullosamente proclamada.

Terminada la guerra civil, había que adoptar una política para ligar a la ciudad con el campo. Esta política se llamó NEP, o sea la “Nueva Política Económica”. Consistía en favorecer el comercio y la industria privada (incluso con inversiones extranjeras) bajo el control estatal a fin de reanimar la economía general. En el partido y en el extranjero, por causas diferentes, se levantó un clamor:

¡Los bolcheviques retroceden hacia el capitalismo! Lenin respondió sarcásticamente a unos y otros:

*“Consultamos los viejos volúmenes y lo que leemos no corresponde en modo alguno a la actualidad; se habla de capitalismo de Estado bajo el régimen capitalista, pero no hay ningún libro que nos hable del capitalismo de Estado en la época del comunismo. Marx mismo ha descuidado escribir sobre este asunto aunque más no fuese algunas palabras; ha muerto sin dejar ninguna cita exacta, ningún argumento irrefutable. Nosotros debemos, en consecuencia, salir del paso sin citas... El proletariado, la vanguardia revolucionaria posee el poder político en un grado plenamente suficiente, y el capitalismo de Estado subsiste aún. La clave del problema está ahí: debemos comprender que es un capitalismo que podemos y debemos admitir: pues ese capitalismo es indispensable para las masas campesinas y el capital privado que debe ocuparse de comerciar para abastecer al campesino. Es preciso organizar todo de manera que la marcha ordinaria de la economía capitalista y el intercambio capitalista sean posibles, pues el pueblo tiene necesidad, no puede vivir sin esto...”*³⁴

Sólo la ignorancia oceánica de los Reagan, los Busch, las Thatcher, los Mitterrand y Cía., pueden afirmar que la “perestroika” es una alegre novedad que demuestra el fracaso del socialismo y el triunfo del “mercado” financiero, parásito y especulador de Occidente. Es cierto que el exterminio del pensamiento socialista durante 60 años de yugo

³³ Por los EE.UU. *Socialistas de América Latina, ob. Cit.*

³⁴ *Ob. Cit.*



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

staliniano ofreció al imperialismo un dominio intelectual completo en ese largo período. (Párrafo del autor en Enero de 1990).

Lenin sostenía en su postrer discurso que el resorte decisivo de la victoria mundial del socialismo estaba en los países coloniales y semicoloniales:

“Para asegurar nuestra existencia hasta el próximo conflicto militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los Estados orientales atrasados, pero que constituyen la mayoría, es necesario que esta mayoría disponga de tiempo para civilizarse.”

De todos los teóricos y políticos del socialismo ruso, no hay duda de que Lenin fue el que más agudamente percibió no solo la cuestión nacional irresuelta en el Imperio zarista, sobre la cual se apoyó para su triunfo, sino quien así mismo señaló a los países de África y Asia (los problemas de América Latina nunca estuvieron cerca de sus preocupaciones) como los focos explosivos del porvenir. Se sabe que los restantes amigos y aliados del revolucionario ruso estaban más bien adheridos a una visión “europea” del desarrollo revolucionario, salvo Stalin, el georgiano rusificado, cuya óptica política se había centrado en el “socialismo en un solo país”. Por tal causa, la observación de Lenin sobre los “civilizados” o los “incivilizados” se destaca en el texto citado. Es la expresión de las ideas corrientes en su época. Reitera de algún modo, aunque bajo una forma “revolucionaria”, la creencia esencial de la ilustración: hay un solo modelo de cultura y civilización. Ese modelo es Europa. Para “civilizarse”, los pueblos atrasados debían imitar a los adelantados. Esto venía de Buffon, de Montesquieu, de Hegel, de Marx. Fue la base teórica y errónea, del etnocentrismo que juzgó a Europa como el arquetipo supremo. Desconocía Lenin el derecho de los pueblos a elaborar su propia civilización. En otras palabras, a construir su historia según las pautas de su cultura específica, que no siempre, por cierto, debía escoger la industria pesada y la energía eléctrica como metas inevitables. Añadía Lenin:

“También nos falta civilización para poder introducir inmediatamente el socialismo, aunque disponemos para esto de las premisas políticas necesarias. Debemos seguir la táctica siguiente- mejor dicho- adoptar, para nuestra salud, la política que sigue: debemos esforzarnos en construir un Estado, en el que los obreros mantengan entre sus manos la dirección de los campesinos y la confianza de esos campesinos, en el cual los obreros se atengan a la más grande economía, eliminando de sus instituciones sociales todo elemento superfluo. Debemos reducir el aparato de nuestro Estado al mínimo estricto. Debemos borrar los rastros de todo lo que es superfluo, de aquello que ha sobrevivido de la Rusia Zarista y de su aparato burocrático- capitalista.”³⁵

En el mismo discurso, notable por tantos conceptos, Lenin explicaba que un país atrasado donde los obreros habían conquistado el poder mediante su alianza con los campesinos, no cabía otro camino que desterrar la “fraseología revolucionaria”, a riesgo de perecer. No había base técnica para implantar el socialismo, esto era evidente. Por lo demás, desde los utópicos posteriores a la Revolución Francesa, hasta Marx y el propio Lenin nadie había logrado definir con precisión el significado de la palabra “socialismo”. Pero los bolcheviques – decía Lenin- tenían el poder en sus manos y debían utilizarlo para que el capitalismo privado hiciera negocios, mientras aprendían su oficio en la producción. Un capitalismo de Estado dirigido por los bolcheviques, según Lenin, era

³⁵ Discurso pronunciado el 13 de noviembre de 1922, en el IV Congreso de la Internacional Comunista. Apéndice de *Moscú Sous Lenin. Les origines du communisme*, por ALFRED ROSMER, Ed. Pierre Horay, París, 1953, página 293.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

capaz de ahorrar sufrimientos enormes a las masas, de asegurar el aprovisionamiento del campo y la ciudad y de preparar la transición al socialismo.

“La retirada ha terminado; es preciso reagrupar las fuerzas. He aquí la directiva que debe adoptar el Congreso, que debe poner término al pánico, a la incoherencia. Calmaos, no filosoféis demasiado, que no os valdrá una mala nota. Es preciso probar prácticamente que tú sabes trabajar tan bien como el capitalista. Los capitalistas establecen la vinculación económica con los campesinos a fin de enriquecerse, tú debes establecer una ligazón con la economía campesina para consolidar el poder económico del Estado proletario. Tienes grandes ventajas sobre el capitalista: tienes el poder en el estado, posees todo un arsenal de medios económicos, pero no sabes aprovecharlos; mira las cosas más sobriamente, arroja lejos de ti los oropeles, los uniformes de gala comunistas, aprende a hacer una simple tarea real y entonces podremos batir al capitalista privado. Poseemos el poder, poseemos una montaña de medios económicos; si batimos al capitalista y si establecemos la ligazón con la economía campesina, seremos una fuerza absolutamente invencible. Entonces, la construcción del socialismo ya no será solo la tarea del partido comunista, una gota en el mar del pueblo, sino de toda la masa de trabajadores, entonces, todo campesino comprenderá: ‘ellos vienen en mi ayuda’ y nos seguirá y si esta marcha es cien veces más lenta, será un millón de veces más firme y más segura.”(Página 360).

Los últimos consejos de Lenin fueron ahogados por el crecimiento social de la burocracia, fruto del atraso ruso y de la herencia del “aparato” zarista. En 1931, cuando Stalin decreta la “colectivización forzosa”, millones de campesinos son detenidos, ejecutados y deportados por el “burócrata gran ruso”, que había exterminado al capitalista declarando que el “socialismo estaba realizado”. Al pasar de la “revolución nacional” guiada por Lenin en 1917 (que permitió nuclear a las nacionalidades más diferentes alrededor de Moscú) y de la “revolución agraria burguesa” (semejante a la Revolución Francesa) que entregó a los campesinos un pedazo de tierra en propiedad privada, para realizar el “Socialismo” con la colectivización. Stalin hizo del socialismo una palabra equivalente a la de “crimen”.

La parálisis y la muerte del fundador del Estado coincidieron con la sorda propagación del pólipo burocrático. La revolución atrofiada eliminó rápidamente los raros vestigios de libre debate sobrevivientes de la fugaz democracia soviética de los primeros años. En 1927, Krupskaja confesaba que si Lenin viviera, estaría en la cárcel. Luchando con la muerte, Lenin se llevó consigo al sepulcro tres interrogantes capitales, que constituyen, a nuestro juicio, su verdadero testamento político. Hemos aludido someramente a dos de ellos, el problema de la burocracia y la cuestión nacional. A esta última tendremos oportunidad de volver repetidas veces a examinarla en el curso de este trabajo. La tercera cuestión aludida por Lenin en su último discurso ante la Internacional Comunista³⁶ concierne al criterio rusificante con que fue redactada la resolución del II Congreso de la Internacional Comunista celebrado en 1921³⁷. Aprobadas a “libro cerrado”, estas disposiciones sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas constituyeron en el patrón universal hasta nuestros días. El mito de la “célula”, la ficción del centralismo “democrático”, la mística de la “ilegalidad” y la veneración o crítica de la nueva Roma moscovita, fueron habituales en todas las partes del mundo donde se aplicaron dócilmente las estipulaciones de dicha Resolución.

³⁶ Discurso del 13 de noviembre de 1922 en el IV Congreso de la I.C.

³⁷ *Manifestes, theses et resolutions des Quatre premiers Congrès Mondiaux de l'Internationale Communiste*, Librairie du Travail, París, junio de 1934, página 109.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

Circunstancias históricas desfavorables hicieron de la experiencia rusa pre-revolucionaria una caricatura atroz, del centralismo democrático un despotismo burocrático, de la “ilegalidad” una servicial cobertura para rehuir las responsabilidades políticas y extraer nuevos fondos a los simpatizantes burgueses. Lenin advirtió el carácter de dicha Resolución.

“Esa resolución es excelente, dijo. Pero es casi enteramente rusa, es decir, que ha sido tomada en base al desenvolvimiento ruso. Este es su lado bueno. Y también el malo. Es su lado malo, porque casi ningún extranjero- es mi convicción, acabo de releerla-, la puede leer. 1º es demasiado larga, cincuenta párrafos o más. Habitualmente, los extranjeros no pueden leer textos de semejante extensión; 2º aún si la leen, no la pueden comprender, precisamente porque es demasiado rusa – no porque esté escrita en ruso, pues está excelentemente traducida a todos los idiomas- sino porque está penetrada, imbuida, de espíritu ruso; 3º si, por excepción, se encuentra un extranjero que la comprenda, no la puede aplicar. He aquí el tercer defecto... Como lo he dicho, la resolución es excelente. Yo suscribo todos sus cincuenta párrafos. Pero debo decir que no hemos encontrado la forma en que debemos presentar nuestras experiencias rusas a los extranjeros, y, por eso, la resolución ha quedado en letra muerta. Si no la encontramos, no avanzaremos un paso. Los extranjeros...tienen necesidad de algo más elevado: comprender lo que nosotros hemos escrito sobre la estructura de los partidos comunistas y que ellos han leído y firmado sin haberlo comprendido. He aquí su gran tarea.

Es necesario aplicar esta resolución. Eso no se hará de un día para otro, es absolutamente imposible; es demasiado rusa, refleja demasiado la experiencia rusa. Es por eso que los extranjeros no la han comprendido. Pero ellos no pueden limitarse a colgarla en la pared, como un ícono, y adorarla. Así no obtendrían nada. Deben asimilar buena parte de la experiencia rusa. ¿Cómo se hará esto? No lo sé.”

Las más sombrías previsiones de Lenin se cumplieron mucho más allá de lo imaginado. En efecto, las resoluciones de la Internacional Comunista, atrapada por el proceso de la burocratización del partido y del Estado soviéticos fueron colgadas “como un ícono”, y adoradas. La rusificación se expandió irresistiblemente en todos los partidos del movimiento comunista internacional y los esterilizó. El Partido Comunista de la Argentina se constituyó en una prueba maestra de dicho proceso.

BUROCRACIA Y OPOSICIÓN

Lenin muere en 1924. En 1923 ya había nacido la Oposición Comunista de Izquierda que comienza a librar su batalla contra las manifestaciones iniciales de la burocracia.

La primera indicación teórica de esa lucha es “Nuevo Curso”, un libro publicado por Trotsky en el año citado. Sus tesis son simples y claras y estudian un fenómeno visible para todo el partido. La esencia del trabajo era la siguiente: el partido está amenazado por el poder de las oficinas, de los secretariados y de los Comités, en una palabra, del “aparato administrativo” que ahoga la democracia interior y el espíritu crítico de los cuadros. El aparato comienza a suplantar al Partido. *“La burocracia es un fenómeno social; constituye un método de administrar hombres y cosas.”*³⁸. El atraso cultural del país, la impericia de la clase obrera elevada por primera vez al gobierno, el cerco imperialista y

³⁸ *The New Course*, por L. TROTSKY, New International Publishing Co., New York, 1948, página 45.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

la destrucción de parte de los cuadros de combate del partido en la guerra civil, contribuyen al poder cada vez más autónomo de la burocracia.

Stalin ha formado con Zinoviev y Kamenev una “troika”, que dirige fraccionalmente el Comité Central y los nombramientos en el Partido y el Estado. Posteriormente Stalin eliminará a sus aliados, primero políticamente y luego físicamente. Kamenev y Zinoviev serán fusilados en 1936. La burocracia impersonal se reconocerá en la política sin principios de Stalin. Stalin no discute con la Oposición; procede administrativamente. Desplaza de sus cargos a los dirigentes más destacados vinculados a Trotsky, inventa la palabra “trotskismo”; ahoga la discusión en el partido y la reemplaza por la palabra oficial de funcionarios seleccionados. Luego excluye del partido a los estudiantes disconformistas, priva de su trabajo a militantes obreros opositores, difunde un ambiente de sospecha y delación en todo el país. Los hechos se suceden rápidamente: la campaña contra el “trotskismo” adquiere forma oficial. Toda la prensa, los comités de partido cuidadosamente renovados, las distintas instancias del Estado, y, finalmente, la Internacional Comunista, se ponen en movimiento para señalar al “enemigo”.

Todavía, hacia 1925 y 1926, la aparición de Trotsky en lugares públicos, Congresos o reuniones de masas suscitaba aclamaciones generales. Pero todos sus amigos han sido lentamente separados de sus funciones. La atmósfera se vuelve irrespirable. Los acontecimientos mundiales no contribuían precisamente a galvanizar nuevamente a las masas del partido; los contrastes de la revolución internacional operaban como elementos favorables a la burocracia, pues desmoralizaban a la clase obrera soviética.

El curso infortunado de la revolución fuera de Rusia era acentuado por la política aventurera del centrismo de Stalin y Zinoviev, que trasladaban a la escena mundial sus improvisaciones y zig-zags de la política interior. Así comienza en el aparato de la Internacional Comunista el mismo proceso de degeneración burocrática que tenía lugar en el aparato del Partido ruso y del Estado soviético. Los dirigentes díscolos, revolucionarios serios o simples militantes sin espíritu servil, son “depurados” en cada país por un funcionario, delegado de la Internacional. La permanencia en la dirección de los diversos partidos comunistas del extranjero dependerá de una sola consideración: su identificación con la burocracia rusa. Disponen del prestigio de la revolución soviética, de fondos considerables y de órdenes irrevocables. La “lucha contra el trotskismo” comienza a ser un tema familiar en todo el mundo a partir de 1927.

Sometido al confinamiento en Siberia, Cristian Rakovsky escribía un trabajo notable sobre la naturaleza social de la burocracia. Rakovsky era una personalidad de gran prestigio. Fundador del socialismo rumano y búlgaro, adversario de la guerra mundial, había participado en primera fila en los acontecimientos de la revolución. Fue Presidente del Consejo de los Soviets de Ucrania, Embajador soviético en Londres y en París, sociólogo y organizador eximio. Bajo la forma de una carta a un militante de la Oposición, Valentinov, también confinado (habían comenzado las detenciones entre militantes del partido violando así una ley no escrita del bolchevismo) Rakovsky escribió un estudio sobre la burocracia titulado “Los peligros profesionales del poder.”³⁹ En dicho trabajo formula agudas reflexiones sobre el nuevo fenómeno histórico, la clase obrera en el gobierno del Estado. Escribe al respecto:

“Hasta ahora, sabíamos qué podía ocurrirle al proletariado, es decir cuáles podían ser las oscilaciones de su estado de espíritu cuando una clase es oprimida y explotada; pero recién ahora podemos evaluar, sobre la base de los hechos, los cambios

³⁹ Figura en el volumen *Les bolcheviks contre Staline* (1923-1928). Publicación de “Quatrieme Internationale”, París, 1957, página 149.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

de su estado de espíritu cuando toma en sus manos la dirección. Esta posición política como clase dirigente no está exenta de peligros; por el contrario, estos peligros son muy grandes. Yo no entiendo aquí las dificultades objetivas debidas al conjunto de las condiciones históricas, al cerco capitalista del exterior y a la presión pequeño burguesa en el interior del país. Se trata de las dificultades inherentes a toda clase dirigente, que son la consecuencia de la toma y el ejercicio del poder mismo, de la capacidad o de la incapacidad de usarlo... Cuando una clase toma el poder, una de sus partes deviene el agente de este poder. Así surge la burocracia. En un Estado socialista, la acumulación capitalista es prohibida para los miembros del partido dirigente. Esta diferenciación comienza por ser funcional; en seguida ella deviene social. Pienso aquí en la posición social de un comunista que tiene a su disposición un auto, un buen departamento, vacaciones regulares y recibe el salario máximo autorizado por el Partido; posición que difiere de la del comunista que trabaja en las minas de carbón y recibe un salario de cincuenta y sesenta rublos por mes. En lo que concierne a los obreros y a los empleados usted sabe que ellos son divididos en 18 categorías diferentes...”

Esto ocurría en 1928. Desde 1930 con la consolidación del poder de Stalin, las diferencias sociales entre la burocracia y las grandes masas se hizo más profunda aún. Rakovsky agrega:

“La clase obrera y el partido- no ya físicamente sino moralmente ya no son lo que eran hace diez años. No exagero cuando digo que el militante de 1917 tendría dificultad en reconocerse en la persona del militante de 1928. Un cambio profundo ha tenido lugar en la anatomía y en la fisiología de la clase obrera. Hablando de la clase obrera es necesario encontrar una respuesta a toda una serie de preguntas, por ejemplo: ¿Cuál es la proporción de obreros y empleados en nuestra industria que han entrado después de la revolución y cuál es la proporción de aquellos que trabajaban antes? ¿Cuál es la proporción de aquellos que han participado en otro tiempo en el movimiento revolucionario, tomado parte en la guerra o en el Ejército Rojo?...”

De un modo certero, Rakovsky señalaba los cambios radicales que había sufrido la composición de la clase obrera- y en consecuencia del Partido- en sólo diez años. Estos interrogantes explicarían por sí mismos las razones del triunfo burocrático sobre el partido de Lenin, si la Oposición no hubiera ofrecido antes todavía cifras reveladoras.

Y en 1928 Rakovsky estaba lejos de imaginar el desarrollo de la “Nomenklatura” y los millonarios soviéticos, los campos de concentración, los fusilamientos en masa y la “nueva clase” de burócratas que Gorbachov iría a descubrir en 1988. En su plataforma de 1927, cuando ya llovían las deportaciones y las detenciones sobre sus miembros más conspicuos u oscuros, la Oposición decía:

“La composición social del Partido se agrava cada vez más en el curso de los últimos años. El 1º de enero de 1927 se cuenta en nuestro partido (en cifras redondas):

Obreros de industria y transporte.....430.000

Obreros agrícolas..... 15.700

Campesinos (más de la mitad funcionarios actualmente)..... 303.000

Empleados (más de la mitad ex obreros).....462.000

De este modo, tenemos en nuestro partido, al 1º de enero de 1927 un tercio de obreros de fábrica (menos aún: 31%) y dos tercios de campesinos, empleados, ex obreros y “otros”. Nuestro partido ha perdido, en el curso de estos últimos 18 meses, aproximadamente 100.000 obreros de fábrica. La “salida mecánica” en el curso del año 1926 se eleva al número de 25.000 comunistas de filas, entre los cuales hay un 76,5% de obreros de fábrica (“Isvestia” del C.C., N°24-25)... De otra parte, 100.000 nuevos campesinos han sido admitidos en el Partido después del XIV Congreso, cuya mayoría



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

*pertenece a las capas acomodadas: la proporción de obreros agrícolas es insignificante.*⁴⁰

Si esto ocurría en las proporciones generales, ¿cuál era la situación de los órganos dirigentes del Partido? El documento ya citado agrega:

“La composición social de los organismos dirigentes del Partido es más grave aún. En los Comités de Distrito, los campesinos (de origen) representan el 20,5%, los empleados y otros el 24,4%; 81.6% de los miembros de esos Comités son funcionarios del Estado. La proporción de los obreros de fábrica en los órganos dirigentes del Partido es insignificante: Comités Regionales 13,2%; Comités de Distrito de 9,8% a 16,1% (ver las estadísticas del departamento de estadísticas del C.C. del P.C. de la URSS del 10 de junio de 1927)... Esta situación representa un peligro inminente para el partido.”

Concluiremos esta descripción de los fenómenos más salientes en la formación de la burocracia con un testimonio notable, extraído del mismo documento. Pues resultaría inconcebible toda la orientación ulterior de la burocracia soviética dentro de la URSS y de la Internacional Comunista en el resto del mundo- incluida la acción del Partido Comunista argentino- sin la comprensión del hecho de que la política de Stalin fue en gran parte realizada paradójicamente por los enemigos del bolchevismo, de Lenin y de la Revolución Rusa, antiguos adversarios que Stalin admitió en el partido soviético y empleó luego contra la oposición.

“El papel de ‘los de antes’, socialistas-revolucionarios y mencheviques en el aparato del Partido, continua el documento citado, y en general en los puestos dirigentes ha aumentado. En el momento del XIV Congreso, el 38% de los colaboradores responsables de la prensa soviética eran antiguos miembros de los otros partidos (actas del XIV Congreso, página 83). Esta situación ha empeorado desde entonces. La dirección de la prensa del Partido está actualmente en las manos sea de la escuela revisionista de los ‘jóvenes’ (Slepkov, Stetsky, Maretsky y otros) sea de ‘los de antes’. Aproximadamente un cuarto de los cuadros superiores del activo del partido está compuesto de los antiguos socialistas-revolucionarios o de mencheviques... Se deforman las divergencias interiores del Partido. Durante meses y años se lleva una campaña envenenada contra el punto de vista de los bolcheviques que son clasificados como ‘oposición’. No se les da la posibilidad de hacer conocer su punto de vista en la prensa del partido. Los mencheviques, cadetes, socialistas-revolucionarios, bundistas, sionistas de ayer, polemizan en las columnas de ‘Pravda’ contra los documentos. Pero los documentos mismos no son publicados jamás. Se obliga a las células del Partido a votar o a condenar ‘los documentos que ellas no conocen’⁴¹.

¿Es preciso seguir? Los hechos sobrevivientes ya son el Thermidor, ya es la reacción policíaca. Trotsky, Zinoviev y Kamenev (estos últimos ya habían roto con Stalin) son separados del Comité Central. Las detenciones de miembros de la Oposición se verifican a millares. El 15 de noviembre de 1927- diez años después de la revolución que encabezaran y llevaran a la victoria- Trotsky y sus amigos más próximos son expulsados del partido. Adolfo Ioffe, prominente bolchevique, miembro de la oposición, embajador de la URSS en Alemania, China, Japón, autor de la paz con Polonia, se suicida, privado de medicamentos indispensables para su incurable enfermedad. *“Su viuda joven pasó el resto de su vida en la cárcel y en la deportación. El niño murió en el Asia Central.”⁴²*

⁴⁰ Plateforme de l’Opposition de Gauche, 1927. En volumen citado, página 119.

⁴¹ Ob. Cit, página 121.

⁴² VICTOR SERGE, Vida y muerte de Trotsky, Editorial Indoamérica, 1954, página 163.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

En enero de 1928 Trotsky era detenido por la GPU y deportado a Alma-Ata, junto a la frontera china. En el mismo año la GPU arresta a 8.000 miembros destacados de la Oposición y los deporta al Círculo Ártico o a campos especiales de concentración. Desde Alma-Ata Trotsky, como en los tiempos del zar, reinicia su correspondencia y sus tareas de publicista con sus amigos arrestados a través de toda Rusia. A cuatro mil kilómetros de Moscú, la aldea del deportado se convertía en el punto de mira del viejo partido agonizante. En enero de 1929 la GPU expulsa a Trotsky y a su mujer, Natalia Sedova, del territorio de la Unión Soviética. Su destino inmediato será Turquía y frente a ella, la Isla de Prinkipo.

Así cerraba la burocracia la historia del partido de Lenin. Se iniciaba, al mismo tiempo, la “era staliniana”. Se trata del período fundamental en la historia del Partido Comunista Argentino. Entramos, pues, en nuestro tema.

DE CÓMO UN TESORERO ITALIANO INTRODUCE EN LA ARGENTINA A UN GEORGIANO RUSIFICADO.

La reacción burocrática en la Unión Soviética determinó que en la Internacional Comunista se procediera a una selección natural de sus dirigentes locales. Ya en diciembre de 1926, Rodolfo Ghioldi y Vittorio Codovilla, con una adaptación al poder realmente notable, hacían aprobar por el Comité Central la siguiente resolución:

“...El Comité Central del Partido Comunista de la Argentina manifiesta su solidaridad con el Partido Comunista de la Unión Soviética, ratificando su enérgica oposición al trotskismo y condenando (como ya lo ha hecho con las actitudes fraccionistas y prácticas de la oposición rusa) sus concepciones erróneas y antileninistas.”

Refiriéndose a dicho período, el Comité Central, en 1947, desarrollaba todavía mejor ese pensamiento:

“Por otra parte la situación económica y política de la Unión Soviética se caracterizaba por el hecho de que pasaba por serias dificultades de crecimiento en ese período de transición hacia la construcción del socialismo, dificultades que eran aprovechadas canallescamente por los trotskistas que saboteaban la producción y hacían una oposición sistemática a la política stalinista de construcción del socialismo. Los trotskistas se esforzaban por dividir el Partido Bolchevique con el fin de quebrantar la dictadura del proletariado, de hacer perder la fe al pueblo soviético en la posibilidad de triunfo del socialismo en el país, y, de ese modo, crear las condiciones favorables para la restauración del régimen capitalista. Esta campaña infame de los trotskistas contribuyó a sembrar dudas entre los elementos vacilantes e inconsistentes de los Partidos Comunistas, acerca de la posibilidad de la construcción del socialismo en la URSS y del desarrollo revolucionario de la situación en la escala mundial.”⁴³

Convendrá el lector en que la importancia de las citas reproducidas no residen en su importancia teórica sino más bien en el hecho de que mientras Ghioldi y Codovilla condenaban desde Buenos Aires el trotskismo, las divergencias interiores del partido bolchevique eran prácticamente desconocidas fuera de Rusia. Las principales figuras de la oposición aún figuraban en el Comité Central del Partido y en los más altos cargos del Estado y los retratos de Trotsky, junto a los de Lenin, decoraban cada habitación obrera

⁴³ *Esbozo de historia...*, página 61.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

de la Unión Soviética. Lo curioso de estas declaraciones residía, precisamente, en que los dirigentes del Partido Comunista argentino, ya en 1926, se habían constituido voluntariamente en correa de transmisión de la burocracia rusa en este país. Cumplían su papel a conciencia. En esa razón tan conservadora habrá de buscarse el origen de la prolongada campaña antitrotskyista llevada a cabo durante más de treinta años por el grupo dirigente del Partido Comunista Argentino, tanto más meritoria y previsoras por cuanto durante muchos años no existieron grupos o tendencias trotskistas en el país, ni nadie tenía la más remota idea del significado de esa extraña palabra.

UN HOMBRE DE LA ESTEPA EN EL CONGRESO DE BRUSELAS

En febrero de 1927 se reunió en Bruselas el Congreso Antiimperialista, convocado por la Liga Antiimperialista Mundial, organismo colateral de la Internacional Comunista. Asistieron a dicha reunión las más variadas personalidades independientes- desde Manuel Ugarte hasta Carlos Quijano- y también figuras “independientes” que la Internacional Comunista empleaba como tales para fines subsidiarios de prestigio. El inevitable Romain Rolland llevó sus mensajes lacrimosos. Pertenece a ese género de filisteos del tipo H. Wells y los Webb, más tarde los Sartre y Cía., Alfredo Palacios europeos, profesionales de todas las causas del progreso, aunque inseguros amigos en las horas difíciles, sobre todo cuando las revoluciones carecen de domicilio constituido y hay que hacerlas.

También asistieron grandes políticos y pensadores de América Latina, como Manuel Ugarte, José Vasconcelos y Víctor Raúl Haya de la Torre, así como la viuda de Sun-Yat-sen, e incluso el dócil e inocuo comunista japonés Katayama. Pero resultó imposible omitir, para los fines de este libro la cautivante presencia, en nombre de los comunistas argentinos, que aún no se llamaban todavía “Stalinistas” de Vittorio Codovilla. Por la composición del Congreso y, por así decirlo, por su “decorativismo”, se advertía que la Internacional Comunista, que movía los hilos, había cambiado recientemente de dirección. El Congreso restó importancia a los problemas de América Latina. Todo su interés se dirigía al Asia, donde la segunda revolución china marchaba hacia la catástrofe guiada por Stalin. Este, por medio de Bujarín, que reemplazó a Zinoviev en el comando de la internacional, sostenía la teoría de la subordinación del Partido Comunista chino a la organización del Kuomin-tang, partido de la burguesía dirigido por Chiang-Kai-shek. Dicha política condujo al exterminio a miles de comunistas chinos en marzo de 1927, en que Chiang desarma los sindicatos de Shanghai y ejecuta en masa a los comunistas, que pedían desesperadamente a Moscú autorización para resistir.

El Congreso de Bruselas permitió a Haya de la Torre, exponer algunas ideas realmente fecundas alrededor del redescubrimiento teórico de América Latina. Opuso su antiimperialismo de unidad latinoamericana a la “lucha antiimperialista pura” de los delegados comunistas, entre ellos Codovilla, que desdeñaban la cuestión nacional latinoamericana y tan sólo veían en la penetración extranjera el pretexto para un antiimperialismo abstracto. Hacían lo que hacen en nuestros días: al coincidir con el imperialismo en considerar como legítima la existencia de 20 “naciones”, renuncian a luchar por la unificación nacional, la tarea central de la revolución latinoamericana. La “balcanización” del continente permitía al imperialismo prolongar la agonía económica latinoamericana y a la burocracia soviética negociar la lucha “antiimperialista” desde la plataforma insular de cada “nación”, de acuerdo a la evolución de la política exterior del Kremlin. En una sesión del Congreso, cuando Haya de la Torre insistía en la necesidad de estudiar los problemas de América Latina como una gran unidad económica y política, Codovilla exclamó:



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

“¡Que perezcan, por último, estos veinte pueblecitos con tal que se salve la Revolución Rusa!”⁴⁴

Sin duda, Codovilla ha mantenido en los últimos cuarenta años una posición inmodificable con respecto a su continente de adopción, y esa exclamación no será la último. Su colega en el Congreso de Bruselas, y luego renegado del comunismo, el peruano Eudocio Ravines, dirá en sus memorias que Codovilla le confió

“A un comunista no le interesa sino la campaña de la III Internacional, aunque para sostenerla se sacrifiquen quince países.”⁴⁵

La identificación de este curioso dirigente del Partido Comunista argentino con el gobierno soviético no podía ser más completa. Será necesario agregar que Vittorio Codovilla no era argentino. Había nacido en Italia en 1894, aunque su existencia haya discurrido en actividades no siempre públicas, en varios países: Italia, Argentina, Rusia, España, París. Sobre la naturaleza de dichas actividades y sus efectos sobre el movimiento revolucionario, hablaremos en el lugar oportuno de este libro. Tan sólo diremos que aún ahora, quienes han tenido la fortuna de escucharlo “in voce”, coinciden en corroborar su escaso dominio de nuestro idioma. Eximo al lector de comentar inmediatamente su prosa y, para decirlo de algún modo, sus ideas escritas. Le impondremos esa tarea a medida que estudiemos sus diversas posiciones y las de su partido. ¡Curioso jefe de un partido político! Un verdadero cosmopolita como el personaje en cuestión, figuró durante décadas al frente de un movimiento “comunista”. Como si toda la experiencia histórica no enseñara que el jefe de un partido debe ser la encarnación misma de la tradición, los intereses y la psicología del pueblo en que actúa. Un Lenin, un Kemal Attaturk, un Cárdenas, un Tito, un Nasser, un Mao-Tse-tung, un Yrigoyen, un Perón, resumen en sus personalidades los rasgos generales de la historia nacional en su forma más plástica. Sólo un partido “extranjero”, es decir, no integrado en la trama viva del país, podía colocar a su cabeza un dirigente como Codovilla, “extranjero” en el sentido profundo de la expresión. No era por cierto la Argentina una excepción. América Latina no revestía ninguna importancia para los grandes personajes de la Rusia Soviética. Un ruso en el Partido Comunista de Colombia, un japonés, un hindú y un norteamericano en el Partido Comunista de México ponen de relieve.

La historia del Partido Comunista argentino discurre unida a este símbolo. En el Congreso de Bruselas se manifestaron posiciones de un antiimperialismo puramente verbal: los más revolucionarios resultaron ser los apristas, y los más pequeños burgueses, los “comunistas” sudamericanos, que a falta de un delegado mejor, fueron representados por Codovilla. Como podría suponerse, éste no venía en ese momento de América Latina, sino de Moscú. Su presencia en Bruselas tuvo al principio un carácter más o menos regocijante, pero lleno de significación.

“La antevíspera de la apertura del Congreso, escribe Ravines, corría entre los delegados la información sensacional de la presencia de Gregory Zinoviev en Bruselas. Afirmaban haberlo visto en el Palacio de Egmont, sede del certamen internacional. Pronto la noticia cayó en el terreno humorístico. No era Zinoviev: era Vittorio Codovilla, disfrazado de Zinoviev. Las mismas botas altas de cuero, el mismo pantalón a cuadros

⁴⁴ *Haya de la Torre y el APRA*, por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1954, pág. 188.

⁴⁵ *Ob.cit.*, página 189.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

blancos y negros, la misma chaqueta de pana oscura- especie de cazadora que los rusos denominan “tolstoika”- y la misma gorra de tela igual a la del pantalón. Todos los que conocían a Zinoviev convinieron en que existía gran parecido físico entre los dos hombres y que Codovilla explotaba el parecido.”⁴⁶

Mal conocían a Codovilla, sin embargo, aquellos delegados que imaginaban esto último. Zinoviev había sido destituido hacía más de un año de su cargo de Presidente de la Internacional Comunista, al plegarse junto con Kamenev y los más reputados dirigentes de Leningrado a la Oposición de Izquierda. La burocracia logró reemplazarlo en sus cargos más elevados, pero su nombradía permanecía internacionalmente intacta. Para Codovilla, que venía de Moscú a Bruselas, Zinoviev era un muerto político y este sentido orgánicamente utilitario del poder no lo abandonó nunca. Codovilla no llegaba a Bruselas disfrazado de Zinoviev; venía disfrazado de ruso, no tanto por fuera, sino por adentro. También Penelón había traído en otro tiempo su uniforme de coronel honorario del Ejército Ruso. Pero pronto lo abandonó por su banca en el Concejo Deliberante, mientras que Codovilla permaneció fiel a sus primeras devociones burocráticas.

Un año más tarde, el Partido Comunista, desprendido de la tendencia de Penelón, se proponía “bolchevizarse”. Era la palabra de orden de la Internacional Comunista. ¿Qué significó en la práctica esta expresión? Stalin y su grupo habían logrado ya asegurar su completo control en el aparato administrativo del partido ruso y del Estado Soviético. Llegaba el momento de hacerlo en la Internacional Comunista y en sus partidos afiliados. El “bolchevismo”, partido revolucionario centralizado en la lucha contra la autocracia y forjado alrededor de un programa, había engendrado la idea de un partido “duro” contra el “blando” menchevismo. Tal era el lenguaje corriente en la Rusia prerrevolucionaria. Por otra parte, las particularidades organizativas que exigía el mantenimiento de la lucha política bajo el zarismo, tanto para los bolcheviques como para los otros partidos revolucionarios, habían impuesto la necesidad de un sistema ilegal, de una centralización por arriba y de un aparato celular, métodos todos destinados a preservar la acción continuada del partido ante la represión del absolutismo y la labor de provocación de la policía secreta.

El bolchevismo emergió de la Revolución nimbado con el prestigio de la lucha clandestina. La Internacional Comunista recogió esa tradición y la canonizó en su Resolución del III Congreso Mundial de 1921, que Lenin criticó en 1922, calificándola de típicamente “rusa” e inaplicable en los países extranjeros que vivían en diferentes condiciones. Pero estos métodos de “arriba hacia abajo” que habían sido el resultado de las circunstancias específicas en la lucha contra el absolutismo ruso, se aplicaron después de la muerte de Lenin a todos los países del mundo, pues la burocracia stalinista, que había vaciado al bolchevismo de su espíritu revolucionario, empleó esa “forma” para exterminar su contenido e imponer sucesivamente la dictadura del núcleo de Stalin al partido; del partido al Estado; del Estado al país, del país a la Internacional Comunista y de la Internacional Comunista a la dirección de cada partido local. De este modo, “bolchevizar” el partido comunista argentino consistió pura y simplemente en “rusificarlo”, transformando a Lenin en su momia de la Plaza Roja, y al “leninismo” triunfante en la Unión Soviética en el mejor sistema para cerrar el camino a la revolución argentina.

⁴⁶ *La gran estafa*, por EUDOCIO RAVINES, Ed. Libros y Revistas S.A. México, 1952, página 104.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

ENTRE YRIGOYEN Y CHIANG-KAI-SHEK

El 1º de noviembre de 1928 se realizó el VIII Congreso del Partido Comunista. La era stalinista tenía comienzo en el país. De ahora en adelante, emplearemos el vocablo “stalinismo”, pues será el que mejor caracteriza la acción del Partido Comunista argentino y el que el propio Stalin y sus epígonos adoptaron hasta la muerte del jefe de la burocracia.

“Por eso, hoy como ayer, el problema esencial de cada dirigente del partido y de cada afiliado es el de estudiar y asimilar la teoría marxista-leninista-stalinista, y transformarse así en bolchevique. Es sabido que el bolcheviquismo, o sea el marxismo-leninismo-stalinismo, es el marxismo de la época del imperialismo... para poder cumplir con éxito esa tarea histórica, los miembros del Partido Comunista deben llegar a dominar la teoría marxista-leninista-stalinista y aplicar los métodos bolcheviques en la actividad político social del Partido, o sea, saber manejar la política como una ciencia y como un arte.”⁴⁷

Una espontánea ironía fluye de estas palabras, a la luz de esa ciencia y ese arte aplicados por el stalinismo. Hasta ese momento “nuestro partido hacía campañas contra el imperialismo y lo combatía en sus manifestaciones más abiertamente colonialistas, dirigía el fuego contra el capitalismo en general, en lugar de centrarlo contra los monopolios imperialistas establecidos en nuestro país diferenciándolos del capital nacional.”⁴⁸

Pero de acuerdo a lo que afirma el “Esbozo” – historia oficial del stalinismo publicada en 1947- en ese Congreso” *llegó a la conclusión acertada de que el yrigoyenismo, a pesar de sus contradicciones internas, propias de la heterogeneidad social de sus elementos componentes, era una fuerza democrática y progresista y que había que impulsar el desarrollo económico independiente del país mediante la lucha abierta contra los monopolios imperialistas- los anglo-yanquis en particular- que deformaban la economía nacional e impedían su desarrollo a fin de hacerla servir a sus intereses monopolistas.”⁴⁹*

¿Qué había ocurrido? Esta última apreciación era enteramente correcta y corregía las abstracciones “anticapitalistas” del período anterior. Según Puiggrós⁵⁰, que parece saberlo, en la elaboración de esa posición intervino una delegación de la Internacional Comunista, a la cual atribuye el autor citado todo el mérito de la nueva posición frente a la burguesía nacional argentina. También agrega Puiggrós que cada vez que Codovilla piensa por su cuenta es antiburgués, o sea proimperialista y que cada vez que acierta a situar el papel de la burguesía nacional como aliada del proletariado en la lucha contra el imperialismo, se debe a la sagacidad de la Internacional. Ofrece como ejemplo de su aserción una cita del “Esbozo”, en su página 30, en la que puede leerse:

“En ese período (1916-1930) la clase social dominante, la burguesía en su conjunto, ya no juega un papel progresista, y por eso surge el proletariado como única clase dirigente capaz de luchar consecuentemente para liberar a toda la humanidad de la barbarie fascista y de la esclavitud capitalista.”

Lo que Puiggrós pasa por alto es que esta última cita ha sido redactada en el momento de publicarse el “Esbozo”, (1947) mientras que la anterior, la posición correcta frente al yrigoyenismo, es una transcripción de un documento de 1928. Retengamos por

⁴⁷ Esbozo de historia..., ob. cit., página 30.

⁴⁸ Ob. cit., página 65.

⁴⁹ *Ibidem*, página 65.

⁵⁰ Ob. cit., página 178.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

un momento esta fecha capital, pero antes observemos que Puiggrós, que se ha delimitado de Codovilla sin romper con el stalinismo del cual aquel es un simple agente local, desnuda las limitaciones de su análisis: al comentar las posiciones “anticapitalistas” y antiburguesas del “Esbozo” en 1947, citada más arriba, escribe:

“Con estas palabras repite la conocida generalización contrarrevolucionaria y proimperialista sobre el papel reaccionario de la burguesía nacional en los países coloniales y dependientes, y particularmente en nuestro país. Era la tesis de Trotsky en la cuestión china.”⁵¹

Inesperadamente, y sin soñarlo siquiera, Puiggrós se ha estrellado con el tema verdadero del debate. Veremos enseguida que no sale ileso del encuentro. Pues si en 1928 el stalinismo argentino consideraba a la burguesía nacional argentina como un elemento progresivo, mientras que la rechazaba en 1947, es en efecto, como lo dice Puiggrós, sin sacar las consecuencias de su observación, porque en la primera posición había intervenido la experta mano de la Internacional Comunista. Su alusión a la revolución china completa el cuadro.

En 1928 Stalin conducía por medio de los delegados de la Internacional Comunista los asuntos del Partido Comunista chino. Puiggrós parece ignorar los términos del célebre debate de Trotsky contra la orientación seguida por la Internacional en China, que condujo al desastre de Shangai y a la insurrección de Cantón. Debemos lamentar que un santo horror a los textos de Trotsky le haya impedido informarse a fondo del problema. Si en 1928 los delegados de la Internacional Comunista influyeron sobre Codovilla para apreciar más correctamente el carácter del yrigoyenismo argentino, se debía a que la proyección mecánica de la política stalinista sobre todas las latitudes beneficiaba circunstancialmente a la Argentina de la monstruosa posición adoptada por Stalin frente a Chiang-Kai-shek. En ese momento, Stalin consideraba que el kuomitang (partido de la burguesía nacional china) debía ser el refugio materno del partido Comunista chino, quien estaba en la obligación de ingresar en el partido burgués y dominarlo “desde adentro”. Al quebrar la independencia política del Partido Comunista chino y atarle las manos para una política independiente de Chiang, Stalin ponía la cabeza de los comunistas bajo el tajo del verdugo.

El lento pensamiento político de la burocracia soviética, infería que del carácter semi-colonial de China debía deducirse forzosamente el carácter revolucionario de su burguesía. Solo quedaba al Partido Comunista apoyarla en esa lucha, hasta que llegara su momento. Dicha tesis estática suprimía todos los factores contradictorios de la historia real, que obligaban a la burguesía a adoptar posiciones revolucionarias o contrarrevolucionarias, según fueran las relaciones de fuerza entre ella y el imperialismo extranjero, así como la política de la clase obrera y de los campesinos.

En este orden de ideas, el partido proletario no podía establecer de antemano y para siempre la clasificación de la burguesía colonial en una categoría inmóvil. La política revolucionaria debía fundarse en la previsión de los movimientos pendulares de la burguesía sometida a la presión interior de las masas y a la presión exterior del imperialismo. Stalin no lo entendió así y ordenó al Partido Comunista chino que entregase las armas de los sindicatos. Primero Chiang tomó esas armas, y luego masacró a los comunistas. En sus novelas “La condición humana” y “Los conquistadores” André Malraux ha evocado las trágicas escenas de los comunistas arrojados en las calderas de las locomotoras por los agentes de Chiang, aliado de Stalin. Es por esa razón, que los

⁵¹ PUIGGROS, *ob. cit.*, página 178.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

delegados de la Internacional Comunista juzgaron benévolamente a Yrigoyen, porque en ese período Stalin consideraba a la burguesía colonial una aliada eterna; meditaba utilizarla y hacer la revolución con su ayuda, sin embrollar mucho las cosas con métodos revolucionarios difíciles de practicar.

“En marzo de 1927 Stalin pronuncia ante los ‘militantes activos’ de Moscú, es decir, ante los funcionarios del partido, un discurso en el que refuta a la Oposición. De Chiang-Kai-Shek dice: ‘ Lo tenemos agarrado; lo utilizaremos, y después lo arrojaremos como un limón exprimido...’ Algo expurgado, el discurso es enviado a la ‘Pravda’; pero esa misma noche llega la noticia de que Chiang-Kai-Shek ha procedido a desarmar a los sindicatos de Shanghai por la fuerza, en términos más exactos, ha masacrado a los comunistas... Stalin retira del ‘Pravda’ su artículo, terriblemente desmentido por la realidad, y hasta se niega a darlo a conocer a los miembros del Comité Central (opositores).”⁵²

De la posición de derecha, Stalin pasará a la ultraizquierda, pues el oportunismo de la burocracia se resolverá furiosamente contra el brazo de hierro de la historia. Entonces se producirá la insurrección de Cantón, a su turno meticulosamente aplastada por Chiang. Inmediatamente Stalin evolucionará en el sentido opuesto y durante un corto período volverá a soñar en una alianza estable con la burguesía colonial. Los funcionarios de la Internacional Comunista aplicarán con aire aburrido a las resoluciones del VIII Congreso del stalinismo argentino las últimas orientaciones del Kremlin. De esa coyuntura saldrán las tesis que sitúan correctamente al yrigoyenismo. Puiggrós no ha deseado llevar este análisis a su profundidad natural, y lo deploramos, pues al reducir los episodios del stalinismo argentino a la sola responsabilidad personal de Codovilla, le asigna una importancia de que carece y reproduce el criterio antimarxista de Kruschev, de responsabilizar a Stalin por los crímenes colectivos de la burocracia soviética. ¡Puro subjetivismo!

En cuanto a que la *“tesis de Trotsky”* en China era *“contrarrevolucionaria y proimperialista”*, no merecería respuesta si no obedeciera a una singular falta de información de Puiggrós (no cita en su voluminoso libro una sola obra de Trotsky); esta pobreza difamatoria debe atribuirse también a la deformación psicológica producida en su generación por varias décadas de terror burocrático. Recriminando a los stalinistas su papel criminal en China, escribía Trotsky:

“Si desde el comienzo de la marcha hacia el Norte hubiéramos empezado a crear los soviets en las regiones ‘liberadas’ (esta era la aspiración instintiva y anhelosa de las masas) hubiéramos ganado la base necesaria y el ímpetu revolucionario; hubiéramos concentrado alrededor de nosotros las insurrecciones agrarias, creado nuestro ejército y disgregado el de nuestros enemigos. A pesar de la juventud del Partido Comunista chino, éste hubiera podido madurar gracias a una acertada dirección de la Internacional Comunista durante estos años excepcionales y llegar al poder, sino en toda China de un solo golpe, al menos en una considerable parte de ella. Y sobre todo, hubiéramos tenido un partido.”⁵³

Puiggrós, que admira a Mao-Tse-tung, ¿se atreverá a negar que si algo ocurrió en China muchos años más tarde, a pesar de Stalin y contra él, fuera precisamente cuando Mao llevó a la práctica lo indicado por Trotsky en las líneas anteriormente citadas? En cuanto a la posición hostil de Trotsky hacia la burguesía semicolonial, según Puiggrós,

⁵² VICTOR SERGE, *ob. cit.*, página 159.

⁵³ *El gran organizador de derrotas*, por LEÓN TROTSKY (La Internacional Comunista después de la muerte de Lenin). Ediciones Hoy, Madrid, 1930, página 223.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

no pasa de ser una fantasía reaccionaria de este autor. Puiggrós está visiblemente enamorado de las categorías del materialismo dialéctico, pero es un amor no correspondido. El stalinismo ha dejado en su pensamiento un esquematismo totalmente inerte. Se está con la burguesía colonial, o contra ella, tal es la tesis que se desprende de los juicios tajantes de Puiggrós. La realidad es más compleja.

“Si ayer se incluía a la burguesía china en el frente único revolucionario-observaba Trotsky- hoy, por el contrario, se proclama ‘que ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución’. Pero no es difícil descubrir que esas clasificaciones y esos traslados de campo, efectuados de una manera puramente administrativa, sin el menor análisis marxista serio, carecen de fundamento. Es evidente que la burguesía no viene al campo de los revolucionarios al azar ni a la ligera, sino porque sufre la presión de sus intereses de clase. Después, por temor a las masas, abandona la revolución o le manifiesta abiertamente el odio que había disimulado. Pero no puede pasar definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de la necesidad de ‘sostener’ de nuevo la revolución, o, al menos, de coquetear con ella, más que cuando con métodos revolucionarios o de otra especie (bismarckianos, por ejemplo) logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase.”⁵⁴

La política revolucionaria debe fundarse no sólo en una apreciación científica justa de los partidos de las diversas clases sociales del país, sino también en el pronóstico de sus desplazamientos, originados por la posición social de esas mismas clases. Después de 1928, el partido stalinista demostraría que su enunciación sobre el yrigoyenismo no respondía a una concepción global de la realidad argentina, sino por el contrario, a un fugaz episodio de la política soviética. Esta será la norma invariable y previsible de dicho partido. Así podrá juzgar en 1928 al yrigoyenismo como un movimiento democrático y progresista- y a eso sólo se reducirá su análisis-, para condenarlo en 1930 como “fascista”. Antes de considerar la importancia política de ese error notable, examinaremos los debates de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, que se realizó en junio de 1929. Sus discusiones poseen un interés relevante, pues en ellas participaron delegados de la Internacional Comunista: se demostrará una vez más, la estrecha vinculación entre los bruscos cambios de la burocracia soviética, espantada de sus terribles derrotas y las orientaciones de la Internacional Comunista a sus partidos subordinados. El único historiador salido de sus filas y que ha examinado la evolución del Partido Comunista Argentino, persiste en ignorar la verdadera razón de los cambios de orientación del stalinismo en el país.

Puiggrós se asombra ante el hecho de que Codovilla, que había juzgado correctamente la significación del yrigoyenismo y de la burguesía en el VIII Congreso del Partido Comunista, reemplace inesperadamente ese análisis por otro diametralmente opuesto. En dicha conferencia, dice Puiggrós:

*“Los codovillistas se erigieron en campeones de la lucha contra la tesis aprobadas por aquel congreso. Arrojaron por la borda la definición del yrigoyenismo como partido de ‘la naciente burguesía industrial’ que juega ‘un papel progresista’ y se encastillaron en su crónica posición ultraizquierdista”.*⁵⁵

⁵⁴ TROTSKY, *ob. cit.*, página 216.

⁵⁵ *Ob. cit.*, página 181.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

Pero el cambio de Codovilla obedecía a la misma razón que la adopción de su línea “nacional” anterior. Es la razón que Puiggrós rehúsa ver. Cuando Codovilla y el stalinismo argentino adoptan una posición “nacional”, no lo mueven razones nacionales; y cuando asume una actitud “internacionalista”, tampoco obedece a un análisis particular del peculiar proceso político argentino. En ambas circunstancias esos virajes responden a las evoluciones del gobierno soviético. Ese es el motivo de que cuando el stalinismo aparenta “comprender” posea un carácter táctico, es decir de necesidad inmediata y nunca estratégico, en otras palabras, vinculado a una concepción total de la sociedad argentina y de su desenvolvimiento revolucionario.

Para el stalinismo, inyectado desde afuera a la realidad nacional, la Argentina ha sido siempre el campo de las incidencias tácticas de una guerra cuya estrategia está concebida desde Moscú. Para nosotros, el país es el verdadero teatro de la historia, y la estrategia de la lucha revolucionaria debe nacer de nuestras condiciones históricas, económicas y geográficas. Todo lo demás es adjetivo: resulta inútil y es un mero alarde verbal hablar de centros “revolucionarios mundiales”, sean o no moscovitas. Toda la experiencia histórica prueba el carácter fatal de esos “centros internacionales”. En 1912, pocos días antes de estallar la guerra imperialista, el Bureau de la II Internacional había colocado a Lenin y a los bolcheviques “contra la pared”, exigiéndoles su inmediata unificación con los mencheviques y las otras fracciones socialistas de Rusia. La autoridad mundial de Kautsky- tan respetada por Lenin- respaldaba esa decisión que hubiera quebrado el futuro de los bolcheviques. Lenin se preparaba, no obstante, a resistir. La guerra postergó esa unidad y arrastró con su marea a Kautsky y a la Internacional misma.

Cuando Codovilla modifica su posición en la Primera Conferencia Latinoamericana, se debía simplemente al hecho de que en 1929 y bajo la presión directa de Stalin, la Internacional Comunista declaró burocráticamente que había empezado el período de “radicalización de las masas” y la lucha revolucionaria por el poder en el mundo entero. Ante el desastre sufrido por la revolución china, gracias a la política stalinista que idealizó la alianza con la burguesía colonial, restándole toda independencia a los comunistas chinos, Stalin se movió en la dirección contraria, de un modo totalmente esquemático. En el X Pleno del Comité Ejecutivo Internacional de la Internacional Comunista. Molotov afirmaba en su estilo inimitable:

“Hemos entrado con ambos pies en un período de inmensos acontecimientos revolucionarios en el campo internacional.”

El “bolchevique”, órgano stalinista de Moscú, se refiere ardorosamente al *“ascenso revolucionario en Alemania, en Francia, en Polonia.”* Jacques Doriot, furioso antitrotskyista, dirigente del Partido Comunista francés y niño mimado de Stalin (luego se hará fascista), agregará que los *“campesinos franceses tomarán la tierra a tiros.”* ¡Los campesinos franceses! ¡Los propietarios rurales del Código Civil, la clase más conservadora de Francia! Se estaba a un paso de la célebre teoría que dará el poder a Hitler: la teoría del socialfascismo. Todos los socialistas de la II Internacional serán clasificados muy pronto de “social- fascistas”.

LA PRIMERA CONFERENCIA COMUNISTA LATINOAMERICANA

Mientras en Moscú se realiza este viraje, se celebra la Conferencia Latinoamericana y Codovilla reemplaza su análisis sobre el carácter progresista del yrigoyenismo por la tesis según la cual la burguesía nacional de los países latinoamericanos es instrumento servil del imperialismo y la lucha contra éste es



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

indisociable del derrocamiento de aquélla. La realidad argentina no revestía para Codovilla importancia alguna frente a la realidad soviética. De ahí los radicales cambios de frente que harían sistemáticamente del stalinismo argentino un partido satélite. En el “Esbozo” ya citado, al elogiar las diversas tareas cumplidas por la Conferencia Latinoamericana, se dice:

“Se divulgaron ampliamente los trabajos de Stalin, referentes a la lucha contra el trotskismo, zinovievismo y bujarinismo y los referentes a la construcción en Rusia del Primer Plan Quinquenal y a la situación internacional, lo que ayudó a educar ideológicamente en el marxismo-leninismo-stalinismo a los militantes de los partidos comunistas de América Latina.”⁵⁶

Por sus frutos los conoceréis; la ciencia marxista-leninista permitió a Codovilla expresar con toda amplitud sus ideas acerca de los problemas de la revolución latinoamericana. Mediante la reproducción de sus propias palabras, el lector apreciará en su debida forma las razones por las cuales, treinta años después de pronunciadas, el stalinismo argentino carece de toda influencia efectiva en la clase obrera de nuestro país. Es preciso añadir que a pesar de todos los cambios terminológicos la continuidad de esa orientación a través de los años es realmente digna de señalar. El sentido antinacional del stalinismo no ha experimentado alteraciones durante décadas, lo que prueba su completa dependencia de focos exteriores de poder y, lo que es más importante todavía, su completo desarraigo teórico y político. El lector deberá permitirnos la transcripción “in extenso” de una de las intervenciones de Codovilla, pues ella expone de manera compacta, sea dicho esto último tanto en cuanto a su estilo como a las ideas, la fórmula clásica del “ultraizquierdismo” cipayo en América Latina.

“Todas las manifestaciones demagógicas de la pequeña burguesía industrial naciente, respecto del desarrollo económico independiente de los países latinoamericanos, no pasan de ser manifestaciones líricas cuando no está tras de ellas la mano de un imperialismo- particularmente americano- que tiene interés en colocar capitales para la ‘industrialización’. En el caso típico de la Argentina, donde la burguesía industrial naciente se ha dado la fórmula de ‘la Argentina debe bastarse a sí misma’, es decir, deber crear una industria ‘propia’ mediante la introducción de capital extranjero (léase yanqui)- o de la burguesía agropecuaria, ‘compremos a quien nos compre’-, compremos a Inglaterra, que es la que nos compra nuestros productos. En los dos casos se trata de satisfacer los propios intereses, satisfaciendo los de uno u otro imperialismo. La revolución deberá poner en primer plano: la lucha contra los grandes terratenientes; por la entrega de la tierra a quienes la trabajen, lucha contra los gobiernos nacionales, agentes del imperialismo, lucha contra el imperialismo, y por el gobierno obrero y campesino. Sería un error grave sobreestimar el rol de la pequeña burguesía y de la burguesía industrial naciente, cómo posible aliada de la revolución antiimperialista. En algunos casos podrán ser aliados momentáneos; pero la fuerza motriz de la revolución deben ser los obreros y campesinos. En todos los países de América latina, la pequeña burguesía- salvo las capas pauperizadas o en tren de pauperizarse a causa de la penetración imperialista-, y la burguesía industrial naciente, están ligadas directamente a los intereses imperialistas. En algunos países, los gobiernos pequeño-burgueses, agentes directos del imperialismo yanqui, se han transformado en gobiernos nacionales-fascistas (Ibáñez, Lequía, Siles, Machado, etc.), y otros se pueden

⁵⁶ Ob. cit., página 66.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

*calificar de nacional reformistas por su demagogia obrerista, (Argentina, Uruguay, Ecuador, etc.) y se están transformando de más en más en gobiernos fuertes con vistas al nacional-fascismo”.*⁵⁷

NI SOCIALISMO INDEPENDIENTE, NI DESARROLLO LATINONAMERICANO INDEPENDIENTE: MOSCÚ O WASHINGTON

La exposición de Codovilla exige un análisis particularizado. En primer lugar, observemos que niega toda posibilidad de desarrollo capitalista en América Latina; cuando éste se produce, no sería más que la expresión de la voluntad de uno u otro imperialismo. Las conclusiones políticas de semejante tesis son evidentes: si la lucha contra el imperialismo es también lucha contra la burguesía nacional, es preciso oponerse a los movimientos nacionales dirigidos por la burguesía semicolonial. En el lenguaje militar esto se llamaría alta traición y el lenguaje revolucionario no tiene razón alguna para proponer un juicio diferente. Dicha enunciación no ha sido patrimonio exclusivo de Codovilla y sus asociados. También han participado o participan de ella numerosas variantes de la “izquierda” latinoamericana, sean “trotskistas” cipayos, socialistas reformistas, vástagos del Juan B. Justo y todo género de “internacionalistas puros”. Bajo este lenguaje de revolucionarios irreductibles, se escondían los oportunistas que aplaudían la caída de Yrigoyen y apoyaban la formación del Frente Popular; la intervención argentina en la guerra imperialista; la lucha frontal contra el gobierno militar de 1943; la alianza con el embajador Braden en 1945; la participación (o la “neutralidad benevolente”) en el golpe oligárquico de 1955.

Si la industrialización argentina era una “ficción” – muchos vendepatrias “marxistas”, stalinistas y no stalinistas así lo sostuvieron en su momento- puesto que era la manifestación del interés imperialista en subyugar al país, tendríamos que reelaborar la interpretación marxista del papel que juega el imperialismo. Sería preciso rechazar el punto de vista de Lenin, que al estudiar la relación entre las metrópolis y las colonias, afirmaba con toda razón que aquéllas deforman las economías de estas últimas, impiden su desarrollo industrial independiente y protegen las formas más atrasadas de la sociedad colonial. Sin embargo, para refutar a Codovilla, si es que merece refutación, no es preciso revisar a Lenin, sino ratificarlo en todas sus partes. En efecto, no es gracias a la voluntad imperialista que América Latina alcanzó cierto grado de industrialización, sino precisamente por una razón totalmente contraria: todas las estadísticas demuestran que la economía latinoamericana accede a los estadios del ciclo industrial únicamente en los momentos más críticos de la historia del imperialismo.

Si tomamos el caso argentino, veremos que las medidas proteccionistas del gobierno de Avellaneda aprovechan la crisis mundial de 1873 para propulsar la industria nacional en los cultivos industriales del Norte y de Cuyo, que la guerra imperialista de 1914 ejerce el mismo efecto en el desarrollo industrial, que la crisis económica de 1930 servirá para el crecimiento productivo del país en una escala jamás vista hasta ese momento. Por último, que el estallido de la segunda guerra operará en mayor escala todavía un desenvolvimiento notable de la industria y el capitalismo nacional. Resulta totalmente claro que el esquema teórico “antiburgués” de Codovilla preparaba el oportunismo proimperialista en los actos políticos. En cuanto a las “manifestaciones

⁵⁷ Las izquierdas en el proceso político argentino, por GHIOLDI, FRONDIZI, VIÑAS, REY, RAMOS Y otros, Ed. Palestra, 1959, página 65.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

demagógicas de la pequeña burguesía y de la burguesía industrial naciente”, este lenguaje habrá de reproducirse, ampliado, en cada caso que los movimientos populares argentinos irrumpiesen en nuestra historia, en particular en 1945. Digamos dos palabras sobre la “teoría” de los dos imperialismos, que postula Codovilla en 1929. Se trata de un verdadero detritus teórico que toda la historia argentina rechazó, esto es, que la sociedad argentina en su conjunto no ha engendrado jamás una fuerza propia, sea ésta burguesa o proletaria; y que cuando la burguesía nacional desea impulsar la industria argentina, lo hace como expresión del imperialismo yanqui, mientras que su antagonista, la burguesía agropecuaria, es representante del imperialismo inglés. Bastaría referirse a países socialmente menos evolucionados que la Argentina, para que esta espaciosa argumentación revele toda su insignificancia.

¿Era expresión de algún imperialismo el caudillo rifeño Abdel Krim que se levantó en armas contra España y Francia en la década del 20? ¿Y los jefes argelinos de 1962 que lucharon contra Francia? ¿Lo era Lumumba en el Congo? ¿También Cárdenas, en el México de 1937 lo era? Pero detrás de esos jefes y de esos movimientos no se movía el proletariado por otra parte ni tampoco, felizmente, el stalinismo argentino. Eran movimientos campesinos, dirigidos por un jeque feudal, en un caso; en el otro, por la pequeña burguesía argelina y sectores de la burguesía nacional, el ejército con el respaldo de la burguesía y del campesino sin tierra en el caso de México. Se trataba de típicos movimientos nacionales, nacidos de la situación desesperada y peculiar de cada uno de los países citados. Sólo para la Argentina Codovilla reservaba la originalidad histórica de no haber sido capaz de dar a luz movimientos nacionales de la clase media y de la burguesía nacional capaces de librar escaramuzas con el imperialismo. También se desprenden de este absurdo teórico conclusiones políticas obvias: si, como dice Codovilla, la revolución democrática burguesa sólo puede llevarse a cabo con la fuerza motriz de las masas obreras y campesinas (con la hegemonía proletaria, naturalmente), dejando de lado a la clase media, a los empleados, semipatronos, pequeños industriales y comerciantes medianos, resulta evidente que en definitiva solo el proletariado podría realizarla, mediante útiles conexiones con la Internacional Comunista. Toda la realidad latinoamericana de la época desmentía fríamente esa abstracción. Sólo asumía cierta corporeidad en aquellos casos que interesaban al imperialismo, puesto que si la clase obrera era numéricamente débil, si los campesinos tenían en América Latina muy distintas categorías sociales (desde el guajiro cubano, al pongo de Bolivia y al chacarero burgúes del Litoral argentino) el peso social de las clases medias y de la burguesía sumadas era incomparablemente mayor que el del naciente proletariado industrial.

Solo la formación de un Frente Único Antiimperialista habría podido nuclear alrededor de consignas nacionales democráticas a la mayoría de la población y conducirla a la lucha abierta contra el imperialismo extranjero. Al no entenderlo así, Codovilla preparaba, como preparó en efecto, junto a sus mentores de la Internacional Comunista, el aislamiento del proletariado, el debilitamiento del Frente Nacional y del aplastamiento del país por el imperialismo extranjero. De la teoría de 1929 a la práctica de 1930 no debía transcurrir ni un año. El partido stalinista argentino, llevando a la acción la sabiduría de una nueva ciencia marxista- stalinista, condenaría al presidente Yrigoyen como “fascista”, al mismo tiempo que el general Uriburu lo derrocaba por “demagogo”.

En 1930 comenzaría una perfecta distribución de papeles entre la oligarquía resurrecta y el stalinismo, alianza virtual que no se destruiría en ningún momento y que adquiriría plena vigencia, como corresponde a las posiciones serias, en los instantes decisivos de la política argentina. Como por otra parte “las masas obreras y campesinas” en la Argentina tenían como rasgo propio que, por un lado el proletariado recién estaba



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

en formación y, por el otro, “los campesinos” eran en su mayoría arrendatarios o propietarios capitalistas, - la llamada “pampa gringa”⁵⁸- resultaba en consecuencia que la revolución “democrático-burguesa” en nuestro país sólo podía verificarse por medio de un proletariado casi inexistente, contra el conjunto del país.

*“El campesinado del Viejo Mundo proviene de la sociedad feudalista, del siervo de la gleba, que en el curso del desarrollo de la sociedad capitalista se convierte en el llamado pequeño campesino ‘independiente’ o en campesino semiproletario, mientras que el agricultor argentino surge sobre la base del capitalismo colonizador, que le imprime sus modalidades peculiares y que crea paralelamente a él un proletariado agrícola puro.”*⁵⁹

Es de este proletariado agrícola del que el stalinismo no hablará jamás, reservando durante toda su existencia su mayor dedicación al chacarero, (“el campesino”) capitalista, que en realidad forma parte de la burguesía agraria exportadora, socialmente conservador y ligado históricamente al sistema agrarista comercial de la oligarquía pro-inglesa. ¿Qué decir sobre el peligro de “*sobrestimar el rol de la pequeña burguesía y de la burguesía industrial naciente*”? El stalinismo no corrió jamás ese peligro. Quizás esa sea la causa de no haber participado nunca de los grandes movimientos de masas, sino a condición de estar siempre contra ellos. Permítanos el lector una última observación acerca del citado párrafo de Codovilla. Por un verdadero proceso de traducción mental automática (ruso-italiano-castellano) Codovilla traslada simultáneamente de la política rusa a la política argentina las últimas órdenes. De ese modo, y con toda desenvoltura, señalará como “nacional-reformista” al gobierno de Yrigoyen, que, lo mismo que los gobiernos de Uruguay y Ecuador “*Se están transformando en gobiernos fuertes con vistas al nacional-fascismo.*”

Todas las nociones básicas del pensamiento marxista son reducidas a la nada; y la polémica normal, lo mismo que el análisis, se vuelven un acto racional en lucha con una pesadilla. Se me excusará una vez más si reitero principios elementales del marxismo, si me atrevo a decir, a riesgo de anonadar de hastío al lector, que el fascismo fue la expresión terrorista del capital financiero en los países avanzados; y que en los países atrasados sólo podía manifestarse como agente de la dictadura policíaca del capital imperialista. Tal es el caso de un Batista, por ejemplo (apoyado durante largos años por el stalinismo, por lo demás). Pero el radicalismo de Yrigoyen era precisamente su reverso, era la expresión vacilante de las grandes masas populares de la clase media, de la burguesía nacional, de los peones y jornaleros, de los hacendados menores y de los artesanos, de los hijos de inmigrantes y de los criollos sin pecunia. De fascismo no había ni rastros, no podía haberlo. Sólo la traslación abstracta de la política moscovita a todo el planeta podía ofrecer caracterizaciones tan peregrinas.

No nos proponemos ilustrar al lector sobre todos los problemas “teóricos” que trató dicha Conferencia Latinoamericana; para despertar su imaginación, le diremos tan sólo que pasó del delirio a los gastos administrativos, y de la creación de Soviets en Buenos Aires a ejercicios oníricos, como predicar la creación de Repúblicas indígenas en el Bajo Perú y el Altiplano. Así lo ratifican sus historiadores. En las actas de dicha conferencia puede leerse:

⁵⁸ Intervención de Codovilla. Véase *El Movimiento Revolucionario Latinoamericano*. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Junio de 1929. Editado por la Revista “La Correspondencia Sudamericana”, Buenos Aires, página 21.

⁵⁹ Véase *Lisandro de la Torre y la pampa gringa*, de H.G. LADESMA, Editorial Indoamérica, Buenos Aires, 1954.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

“La conferencia planteó también el problema de los indígenas en la América Latina, consagrando el principio de la autodeterminación de las nacionalidades y el respeto de las características de las minorías nacionales. Sería igualmente un grave error reducir la cuestión nacional a la cuestión de clase, a la cuestión agraria, porque esto significaría olvidar, justamente, las condiciones históricas de la lucha contra los conquistadores, etc.; peculiaridades que han determinado a los revolucionarios marxistas, al lado de las reivindicaciones de clase, la consigna para nosotros fundamental del ‘derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, hasta el derecho de separación’. Según mi opinión, la confusión de algunos de los camaradas peruanos sobre el contenido nacional del problema indígena en el Perú, los conduce a estar contra esta consigna, que me parece debe ser lanzada por nuestros partidos allí donde existan masas compactas de indígenas ligados con la cuestión de la tierra, que da a la lucha de los indígenas el aspecto de lucha nacional. En este sentido, los casos de Bolivia y Perú son característicos.

El problema de los indios – allí donde toma una forma aguda- es una cuestión nacional (y no solamente una cuestión agraria), y conviene que liguemos esta cuestión con la consigna de la autodeterminación. Creo que debemos estudiar la creación de grupos de indígenas en los sindicatos y en las otras organizaciones de masas. No debe excluirse que en el proceso de la revolución, como consecuencia de levantamientos simultáneos de indígenas de diversos países, tengamos formada una república indígena. En todo caso, los partidos revolucionarios deben proclamar con energía este derecho de los trabajadores indígenas. (A este efecto, la experiencia de las insurrecciones indígenas nos demuestra cómo, ampliándose, pasan las fronteras de los Estados actuales). Si se plantea la cuestión de esta manera, a mi juicio, el único exacto, desaparecen las objeciones contra la consigna ‘del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos’, cómo, por ejemplo, la objeción de que en países como Bolivia, donde la población la constituyen, en su mayoría, los indios, no se puede lanzar esa consigna para las minorías nacionales.”⁶⁰

En una intervención destinada a sostener las tesis “antiburguesas” de Codovilla, habló el delegado de la Internacional Comunista, que actuó en la Conferencia con el seudónimo de Luis. Permaneció pues, en las sombras y si se consideran las depuraciones sangrientas que tuvieron lugar en la Unión Soviética en los diez años siguientes, no es difícil suponer que Luis también haya sido enviado hacia donde no se vuelve.

Los factores de cohesión nacional en América Latina son infinitamente más poderosos que los factores centrífugos. El imperialismo, como cabe esperar, se apoya en estos últimos y no contempla con malos ojos las tentativas “indigenistas” de restauración idiomática y de “nostalgia histórica”. El stalinismo va más allá todavía. No le bastaba la balcanización: le parecían insuficientes veinte “naciones” y promovía otras nuevas. Sus palabras fueron definitivas:

“La burguesía nacional parasitaria, incluso los grandes terratenientes, no pueden ser más que una fuerza contrarrevolucionaria. No hay en ninguna parte una burguesía fuerte, que se esfuerce por transformar el régimen feudal y colonial en un régimen capitalista independiente. En ningún caso la burguesía latinoamericana es una fuerza revolucionaria, con la cual el proletariado pueda alinearse momentáneamente.”⁶¹

⁶⁰ Ver JOSÉ BOGLICH, *La Cuestión agraria*, Edición Claridad, 1937, página 197.

⁶¹ Primera Conferencia Comunista latinoamericana, *ob. cit.*, página 298.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

EL PRINCIPAL ENEMIGO: LA REFORMA UNIVERSITARIA

El delegado de una Internacional Comunista que terminaba apenas de entregar a Chiang-Kai-shek la cabeza de los comunistas chinos, reconocía bruscamente en América Latina que la burguesía nacional y los movimientos por ella dirigidos eran contrarrevolucionarios. Caía de un error en otro mucho peor; y del oportunismo hacia la burguesía colonial pasaba, en la práctica, al oportunismo hacia el imperialismo. Había olvidado por completo el aforismo clásico de Lenin: *“Quien rehúsa apoyar el nacionalismo de una nación oprimida apoya inevitablemente el nacionalismo de una nación opresora.”* Los saltos convulsos de la burocracia soviética, que avanzaba de una manera absolutamente empírica, reflejaban en último análisis las distorsiones interiores del Estado ruso, su atraso, sus conflictos con el hambre y el cerco imperialista. Sus oscilaciones – del oportunismo a la aventura- se traducían en la acción de los partidos comunistas, produciendo abortos políticos monstruosos como los que dejamos expuestos. Para terminar con la mencionada Conferencia Latinoamericana, daremos un testimonio muy curioso de su aversión hacia todos los movimientos nacionales de América Latina. Se trata de la intervención de Ghitor (Orestes Ghioldi) en nombre de la Internacional Juvenil Comunista acerca de la Reforma Universitaria. Decía Orestes Ghioldi:

*“Pero en verdad, las organizaciones enemigas que mayor arraigo tienen en el seno de la juventud trabajadora de América Latina, son las que encarnan los movimientos nacionales reformistas, que día a día con mayor vigor toman las características de movimientos nacionales fascistas. Por su demagogia y por los medios poderosos de que disponen, logran el propósito de atraer a la juventud, y por eso deben ser nuestros peores enemigos y la lucha contra ellos, en todos los terrenos, debe efectuarse sin cesar... Al hablar de movimientos enemigos debemos reservar un capítulo especial al movimiento de la juventud pequeño burguesa e intelectual. No hay que olvidar la influencia que ejerció y aún ejerce en algunos países, especialmente por su demagogia, encubierta por toda una ideología confusa. Su expresión máxima es el llamado movimiento de la Reforma Universitaria, surgido en Córdoba (Argentina) en 1918, y que rápidamente se extendió por toda Latinoamérica, ejerciendo por momentos, marcada influencia en los movimientos sociales. El movimiento de la Reforma Universitaria, después de seguir una curva ascendente, claudicó en sus principios fundamentales y hoy está en un período degenerativo, provocado, entre otras causas, por la influencia de los partidos demagógicos de la burguesía. En la Argentina, cuna del movimiento de la reforma universitaria, la intromisión del yrigoyenismo ha marcado la aceleración de ese proceso corruptivo”.*⁶²

La Reforma Universitaria aparecía, según se ve, como inclinada al fascismo y protegida de gobiernos demagógicos que, como el de Yrigoyen, naturalmente también estaban a un paso del fascismo. Pues el mundo se repartía, en 1929, entre dos categorías absolutas y opuestas: el Fascismo y el Soviet. Para iluminar el confuso panorama, el sutil Codovilla explicaba en la misma conferencia:

*“Como ven los compañeros, fascismo y socialismo, no son sino dos diversos métodos de gobierno que la burguesía utiliza para someter y explotar al proletariado, según convenga a la situación del momento.”*⁶³

Treinta años más tarde, cuando el movimiento universitario reformista había sido aniquilado por el abrazo mortal de cipayos, liberales y stalinistas cipayos, cuando la

⁶² Ob. cit., página 87.

⁶³ *Ibidem*, página 345.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

Reforma Universitaria había agotado la irradiación latinoamericana y revolucionaria de su origen, Rodolfo Ghioldi expondría un punto de vista diferente:

*“Tengo muy alta opinión del movimiento reformista universitario en su conjunto. Como en todos los países denominados subdesarrollados, las luchas estudiantiles han jugado un papel importantísimo tanto en el frente de la cultura como en el campo político social, en los cuales obraron al modo de factor estimulante de las causas avanzadas.”*⁶⁴

De la Conferencia Comunista Latinoamericana debía desprenderse forzosamente esta conclusión: el stalinismo volvía sus espaldas en los países atrasados a la política nacional del proletariado creada por Marx y por Lenin. Aplicó ciegamente a América Latina las soluciones políticas que la situación mundial prescribía a la burocracia soviética en Europa o Asia. La Internacional Comunista ya se había transformado en una simple correa de transmisión de la política exterior soviética; y sus partidos afiliados, en agentes ejecutores de esa política. El “internacionalismo obrero” sobrevivía como el lejano eco de una aspiración ideal, puesta al servicio específico de un solo nacionalismo válido, el gran ruso. Aquello que para Lenin constituía el alma misma de un partido revolucionario – esto es, su identificación total, conciente y creadora con el medio histórico nacional- se había convertido en manos del stalinismo en una caricatura.

Los puntos de vista expresados el día anterior carecían de toda importancia. La política se convertía en el arte de la improvisación permanente y en un misterio inescrutable, cuyo secreto tan sólo el “aparato” poseía. Así, la catástrofe china serviría para quemar lo que se había adorado y adorar lo que se había quemado. Si en el partido soviético los más notables teóricos y dirigentes del Bureau Político de Lenin eran expulsados, deportados e infamados (la hora de los fusilamientos se acercaba) en el aparato de la Internacional se procedía a una depuración análoga, lo mismo que en los elencos de los diversos partidos comunistas. La selección dejó en primera fila a los más ineptos, flexibles y serviles. El Partido Comunista argentino tuvo el raro privilegio de contar desde su origen con una dirección capaz de plegarse dócilmente a todas las circunstancias. Esta peculiaridad sin precedentes en la Internacional Comunista merecía su premio. Cuarenta años más tarde, Codovilla y Ghioldi aún permanecen en la dirección del stalinismo.

Si se desea un nuevo ejemplo de la resistencia orgánica del stalinismo argentino a comprender la “cuestión nacional” y los problemas del frente único antiimperialista en un país atrasado, no habrá nada más instructivo que leer la respuesta que Paulino González Alberdi, en la Conferencia Latinoamericana, proporcionó a un cándido delegado:

“En cuanto a lo preguntado por el compañero Grabinetti sobre si un industrial puede ingresar en la Liga (se refería a la Liga Antiimperialista, organismo no partidario de lucha de masas) creo que es un asunto sencillo. Las Ligas deben darse un programa antiimperialista, basado en una línea clasista. Si un industrial acepta y cumple este programa, puede entrar. En América Latina, los problemas creados por la participación de la burguesía industrial en las luchas antiimperialistas como clase, no tienen importancia, ya que las burguesías nacionales no pueden ser consideradas aquí como un aliado transitorio como lo fueran en China en el período del Kuomitang, en la lucha antiimperialista.”

El poder de síntesis de González Alberdi suscita un legítimo asombro. Cada línea rebosa delirio puro. ¿Cómo podrían esas Ligas “darse un programa antiimperialista”,

⁶⁴ Ver *ob. cit.*, página 20.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

teniendo una “línea clasista”? La lucha antiimperialista contra un enemigo exterior no puede fundarse en una “línea clasista”, precisamente porque es una lucha nacional que agrupa clases diferentes alrededor de un objetivo común. Si esa Liga “antiimperialista” tenía una “línea clasista” solo podrían entrar en ella los obreros, pero ya no existía movimiento *nacional*, sino una vanguardia aislada por el imperialismo. ¿Qué decir de que en China la burguesía era mejor que en América Latina? La “burguesía” china no difería de la “burguesía” argentina sino en el hecho de que la invasión japonesa y el carácter feudal del campo chino la empujaron a la guerra nacional, sin perder de vista la lucha de clases. Si alguna diferencia existía, era a favor de la argentina, pues al menos Yrigoyen no exterminó a los comunistas. Fue una época idílica. Por lo demás el empleo abusivo de la palabra “burguesía” (o empresariado) en un país semicolonial induce a la confusión más completa. ¿Se trata de la “burguesía industrial” o “financiera”, de los empresarios extranjeros o los pequeños industriales de capital nacional? ¿No emplea Jacinto Adonde la expresión “burguesía terrateniente”, lo que es un contrasentido, ya que el concepto “burgués” es obviamente urbano?

Para González Alberdi la base de su orientación la daba el hecho de que Stalin y la burocracia habían pactado con Chiang, no con Yrigoyen. Pero esta obsequiosidad hacia el Kremlin alcanzaría profundidades mayores todavía. El lector lo confirmará a renglón seguido.

EL GOLPE MILITAR DE 1930: SOCIALISTAS Y STALINISTAS

En agosto de 1930, pocos días antes de que el general Uriburu derribara al Presidente Yrigoyen, el Partido Comunista declaraba:

*“El gobierno de Yrigoyen es el gobierno de la reacción capitalista, como lo demuestra su política reaccionaria fascitizante, contra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas.”*⁶⁵

Sin embargo, diecisiete años más tarde el mismo partido dirá otra cosa muy distinta:

*“Con el golpe de estado militar-fascista del 6 de setiembre de 1930 la oligarquía agropecuaria y el gran capital monopolista reconquistaron el control completo del aparato del Estado y formaron un gobierno defensor de sus intereses.”*⁶⁶

En este ejemplo de micro-historia de las caracterizaciones políticas del Partido Comunista se percibe su alucinante incoherencia: Yrigoyen, fascitizante, es derribado por un golpe militar-fascista. En su mixtificadora historia oficial, la dirección del partido soslayará la responsabilidad personal de Codovilla:

*“En este tiempo, el camarada Codovilla se hallaba ausente del país, cooperando fraternalmente con otros frentes de lucha, por la democracia y contra el fascismo.”*⁶⁷

Nada hay más falso, sin embargo; la continuidad de la dirección de Codovilla en los momentos fundamentales del partido comunista es incuestionable, hecho relativamente importante si se considera que este personaje está vinculado desde los comienzos de su carrera política a uno de los sectores más influyentes de la burocracia soviética: su policía política.⁶⁸ No es un intérprete de Moscú, sino su agente. Por esa razón

⁶⁵ *Esbozo de Historia...*, página 70.

⁶⁶ *Ob. cit.*, página 71.

⁶⁷ *Ibidem*, página 75.

⁶⁸ Ver más adelante su actuación en la Guerra Civil Española.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

su gravitación política antes del 6 de setiembre adquiere una importancia mayor. Pero el suyo ha sido un poder por delegación. Sostiene Puiggrós⁶⁹ que Codovilla estaba en Argentina el 6 de setiembre de 1930 y que ejerció la dirección efectiva del partido durante la revolución militar.

El fuego político del stalinismo se centra, en las vísperas del más sombrío acontecimiento de la década, en la persona del caudillo nacional. La fraseología revolucionaria vive su gran día. En la misma posición con lenguaje diferente, combaten contra Hipólito Yrigoyen el socialismo cipayo, el partido conservador, la oligarquía vacuna, el imperialismo (con su prensa “democrática”) y la Federación Universitaria Argentina. En esta disposición circular de las fuerzas de 1930, podrá el lector ver anticipados nucleamientos similares de los treinta años posteriores. La política del stalinismo estaba prefigurada en las discusiones y resoluciones al parecer abstractas de la Conferencia Comunista Latinoamericana. El 6 de setiembre de 1930 pondría en acción las tesis de laboratorio.

La dictadura de Uriburu decepcionó en seguida a sus cómplices políticos del día anterior. Los comunistas advirtieron que la tiranía “fascista” de Yrigoyen había sido reemplazada por otra igualmente “fascista”. Los cuadros militantes del partido la soportaron sobre sus propias espaldas, pero Codovilla viajó al extranjero. Desde allí, y a pedido del Comité Central que le pidió explicaciones, envió una carta de “autocrítica” muy reveladora⁷⁰. En ella escribía:

“Nuestra perspectiva- de la cual yo soy uno de los principales responsables- era de que, a pesar de las amenazas de la oposición, el Golpe de Estado no tendría lugar, por cuanto el yrigoyenismo, en cuyo seno se desarrollaban elementos de fascitización, estaba en condiciones de reforzar dictatorialmente el aparato de opresión estatal, concentrar a su alrededor a la mayoría de las fuerzas de la burguesía y de los terratenientes, y luego de obligar a la oposición a capitular, concentraría la lucha- continuando su política de nacionalización- contra el movimiento obrero y campesino, para descargar sobre estas capas sociales las consecuencias de la crisis. De allí que hayamos concentrado toda nuestra actividad contra el yrigoyenismo- en la medida que hemos desarrollado una actividad- sin comprender el carácter político del Golpe de Estado que se estaba preparando.”

No se sabe qué pensar de esta prosa; ni de su indigencia, su hiriente galimatías y la mediocridad de su autor. Espontáneamente sugiere que un partido que soporta tal jefe está irremisiblemente condenado. Pero también que un jefe semejante o puede ser el producto natural de ningún partido con raíces en el propio país, excepto cuando su verdadera fuerza radica en un poder exterior al país y al partido mismo. Este era el caso.

Se advertirá luego que Codovilla, en su “autocrítica”, no sabe distinguir categorías básicas del análisis: burguesía, terratenientes, oposición, fascismo, nacionalizaciones, yrigoyenismo, movimiento obrero y campesino saltan sobre el párrafo como piedras y se distribuyen entre las palabras como cubos vacíos, en orden abierto. No deseamos ser crueles y tampoco otorgar a Codovilla una importancia política mayor que la derivada de sus funciones. Se trata aquí de un apellido personal de la burocracia soviética: es su representación local más exacta. Pero no queda más remedio que someter a un tratamiento reflexivo a estas materias orgánicas de la ideología stalinista.

⁶⁹ *Ob. cit.*, página 297.

⁷⁰ “Boletín interno”. Partido Comunista, 25 de marzo de 1932, año II N° XIII, Cit. Por Puiggrós, *ob. cit.*, página 303.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

Yrigoyen representaba el movimiento nacional; en términos convencionales, la “burguesía” lo acompañaba, o más bien él la interpretaba, pues la burguesía industrial era demasiado pequeña para distinguirse en la sociedad argentina fuera de los cuadros estadísticos. También encontraban su lugar en el radicalismo yrigoyenista ciertos sectores de ganaderos que vendían al mercado interno o productores agrarios del interior. Pero sobre todo la clase media: los funcionarios, los profesionales, los chacareros. Y las peonadas, los jornaleros agrícolas, los artesanos, los obreros industriales, el poverío y el chinerío, que bien nos entienden los argentinos. Ahora bien, ¿qué proceso de “fascistización” cumplíase en el radicalismo? Seguramente Codovilla pensaba en la pequeña burguesía alemana. ¡Siempre allá lejos y hace tiempo! ¿Qué “aparato de opresión estatal”? ¿Seguramente el “aparato” yrigoyenista que permitía a Codovilla y Ghioldi instalar la sede central del partido en la calle Independencia 3054, con imprenta, librería y salón de actos?⁷¹

¡Curioso “aparato” del viejo Yrigoyen! Debía ser un aparato sin resortes, un fascismo idílico, una “opresión” filantrópica. ¿Y qué decir de la afirmación de Codovilla acerca de que al concentrar el yrigoyenismo la lucha contra los “obrerros y campesinos”, continuaría “su política de nacionalización”? ¿Era un motivo suficiente para derribarlo? ¿Por su nacionalismo era preciso condenarlo? Y, por otra parte, si como afirma Codovilla, Yrigoyen buscaba rodearse de “las fuerzas de la burguesía y de los terratenientes”, ¿quiénes formaban “la oposición”? ¿Seguramente Codovilla y los hermanos Ghioldi?

Los hechos para un marxista son más importantes que las palabras, por más “marxistas” que sean. La época más oscura de toda la historia contemporánea se abre con el golpe uriburista del 6 de setiembre. Ese día cae el caudillo popular de los argentinos. A su hundimiento contribuyen, desde la derecha, la oligarquía pro imperialista y desde la izquierda, el Partido Comunista.

STALINISMO E YRIGOYENISMO

Cuando la acción represiva del gobierno de Uriburu diezma el movimiento obrero, disuelve las organizaciones revolucionarias – sobre todo las anarquistas- y somete el país a la ley del sable, el Partido Comunista no rehace su interpretación del yrigoyenismo. Los adictos al ex presidente están en Ushuaia, el propio Yrigoyen, anciano y enfermo, recluido en la isla de Martín García, los radicales sometidos a espantosas torturas, pero el stalinismo persiste – y lo hará hasta nuestros días- en desfigurar la verdadera significación del radicalismo yrigoyenista, como lo hará luego con el peronismo y con todos los movimientos genuinamente nacionales de la historia argentina.

Algunas organizaciones de base del Partido, sensibles al carácter popular del radicalismo sometido a la persecución, sugirieron al Comité Central la necesidad de establecer contactos con los radicales, que preparaban movimientos insurreccionales contra la dictadura. Desde lo alto de su sabiduría, que el partido había verificado antes, durante y después del 6 de setiembre, la dirección respondió:

“Estas son expresiones claras de graves tendencias oportunistas en el Partido, tales como la que espera el golpe de Estado yrigoyenista como un retorno a los tiempos de la ‘normalidad’ y de la ‘democracia’, sin comprender el proceso de fascistización y el verdadero papel del yrigoyenismo. Esa falsa línea no ha sido condenada por el Partido todo, y ella revela que no se comprende que si Uriburu representa a una dictadura militar con una base social restringida y con algunos aspectos fascistas, el yrigoyenismo

⁷¹ Ver *Esbozo de Historia*, página 65, con fotos de la “Casa del Proletariado”.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

representa a un movimiento que tiene en su seno a todos los elementos para un movimiento fascista de masa, con sus tentáculos extendidos hasta el movimiento obrero.”⁷²

¿Quiénes inspiraban esta “línea”? No Codovilla por cierto, que ya estaba fuera del país, sino Rodolfo Ghioldi y Luis Víctor Sommi, entre otros, lo que revela que la concepción antinacional y antimarxista del stalinismo no era hija del cerebro excepcional de Codovilla, sino la aplicación doméstica de las metamorfosis en la política soviética. ¡Tanto Uriburu como el yrigoyenismo eran “fascistas”! En esta simplificación vulgar de la realidad social, podía medirse la aptitud revolucionaria del partido y de su dirección. Al identificar el gobierno de la restauración oligárquica con el movimiento nacional burgués derrotado, se inhibía a sí mismo para trazar una perspectiva revolucionaria. Y lo que era igualmente grave, se marginaba del movimiento nacional, favoreciendo al enemigo imperialista contra las fuerzas nacionales. Si el proletariado hubiera seguido al partido stalinista, su destrucción como organismo de masas era inevitable. Felizmente no ocurrió así, pues en 1931 el stalinismo, como en los treinta años que siguieron, no llegó a alcanzar, gracias a su política antinacional, la menor influencia popular.

El material documental es inextinguible en este orden y debemos desechar gran parte de los inverosímiles testimonios que contiene. Pero en la selección de textos que la naturaleza de este trabajo impone, no podemos prescindir de citar un fragmento extraordinario, si cabe emplear esta expresión tan aplicable a la historia singular que estudiamos. Como llegaban voces múltiples desde diversas organizaciones del partido, que pedían un acercamiento al radicalismo proscrito, (intentos de corrección de la “línea oficial” que se repetirán década tras década sin otro resultado que el de concluir con expulsiones y difamaciones sistemáticas) el Comité Central respondió a través de Luis Víctor Sommi en el órgano oficial.

“Esta tesis, decía Sommi, - que algunos sostienen con mucha vergüenza- debe ser enérgicamente combatida, ella es una tesis oportunista. El radicalismo no lucha para aplastar el poder político de los latifundistas y burgueses y liberar al país del yugo imperialista, sino que su lucha consiste en pasar el poder de un grupo de las clases dominantes a otro. El radicalismo, en tanto que partido reaccionario, lucha para conservar la dominación de clase de los latifundistas y burgueses, asegurándoles, en lo “posible”, la mayor base de masas a la misma, y favoreciendo a la vez particularmente los intereses de grupos determinados de las clases dominantes y del imperialismo. Por lo tanto contradicciones insalvables nos separan. El partido Radical lucha para conservar y reforzar la dictadura de las clases dominantes y pasar el poder al proletariado y a los campesinos. Esta es la diferencia fundamental. Quien no comprende estas simples cosas, no comprende nada de la lucha de clases”. ⁷³

“Quien no comprende estas simples cosas”... En esta violenta distorsión del pensamiento marxista – y del pensamiento a secas- yacía todo el secreto del “extranjerismo” ideológico de los stalinistas. Es suficiente revisar la literatura política de la Internacional Comunista de la época, que ya hemos citado, para advertir el mimetismo de los stalinistas argentinos y la imposibilidad absoluta de penetrar con tales fantasías en nuestra propia realidad.

En el período de furor extremista, si la Internacional Comunista consideraba a la socialdemocracia como “social-fascista”, a su vez prohibía colaborar con los

⁷² Esbozo de Historia, página 76.

⁷³L.V. SOMMI, “Soviet”, N° 3-4, 1938, Buenos Aires.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

movimientos nacionales revolucionarios dirigidos por líderes nacionales como Prestes, que luchaban con las armas en la mano:

“Obrad como fuerza independiente, no os unáis con los elementos pequeño burgueses; combatidles para conquistar la hegemonía en el movimiento campesino. Teóricamente, en sus resoluciones, los camaradas latinoamericanos no dejan de reconocer la necesidad de esta acción. De hecho, bajo la apariencia del bloque obrero y campesino por ejemplo, en el Brasil colaboran con lo que se llama la columna Prestes; en otros países de América Latina, colaboran incluso con grupos militares. La falsa democracia latinoamericana se encamina hacia el fascismo a una velocidad vertiginosa.”⁷⁴

Tres años antes, ser marxista era capitular ante la burguesía china, pero poco después ni siquiera se podía “colaborar” con los movimientos nacionales, los cuales, o eran fascistas, o sospechosos como el de Prestes, que antes de convertirse al stalinismo ya era un dirigente nacionalista de prestigio. Manuilsky, cuya versatilidad era célebre en la historia del partido ruso, agregaba: “Allí, en el cuadro del cerco capitalista, bajo la presión de las potencias imperialistas, la pequeña burguesía que se encuentra enteramente subyugada a estas últimas, se desprende bien pronto de su radicalismo pequeño- burgués y, saltando todas las etapas, como lo atestigua con evidencia el ejemplo de México, pasa con arma y bagajes al campo del fascismo.” La relación servil entre las decisiones de la Internacional Comunista y las consignas del stalinismo argentino no podía ser más completa. Sommi repetía en la Argentina las profundidades de Manuilsky en Moscú. El mismo Sommi concluía su exposición insensata con palabras que no requieren comentario:

“Hay una solución: es la instauración por vía revolucionaria del Gobierno de los obreros y campesinos, basado en los Soviets”.

Estas profecías se publicaban en una revista “teórica” titulada “Soviet”, palabra perteneciente a la lengua rusa. ¿Cómo habrían mirado a Lenin en la Rusia prerrevolucionaria si hubiera titulado el órgano de su partido “Firmeza gaucha”? Porque admitirá el lector que a los lectores rusos la palabra “Gaucha” debe resultarles tan próxima y representativa como a los lectores latinoamericanos la palabra “Soviet”. Pero esta “rusificación” terminológica era el fenómeno visible de un desarraigo esencial, que ha perdurado hasta nuestros días, derivado de la composición social y la composición nacional del stalinismo.

Puiggrós, cuya “Historia crítica” llega tan sólo a estudiar el problema hasta 1938, y cuya idealización del stalinismo ruso y la burocracia soviética no ofrecen dudas, dice: “Resultaba que los polacos, rusos, italianos, alemanes y otros europeos que formaban el grueso de los militantes del partido no solamente no sentían necesidad de asimilarse al país, sino que tenían horror a hacerlo. Lo nacional era *tabú*. Un partido de semejantes características no podía desarrollarse ni en cantidad ni en calidad.”⁷⁵

Partido “obrero”, según las jactanciosas declaraciones, estaba formado de manera abrumadora por artesanos, empleados, estudiantes, profesionales, comerciales e industriales, estos últimos de gran poder financiero. Sus cuadros sindicales son escasos y una minoría absoluta en relación al grueso de los afiliados. Pequeño burgués, cosmopolita y asociado a las variantes ideológicas de la burocracia soviética, esa triple serie de factores pueden explicar su pasado, su presente y probablemente su porvenir.

⁷⁴ Discurso de Manuilsky al Presidium ampliado del C.E. de la I.C. (18-28 de febrero de 1930). Ed. Sudam, Buenos Aires, página 68.

⁷⁵ *Ob. Cit.*, página 306.

URIBURISMO Y JUSTISMO

En otros trabajos hemos estudiado las similitudes y diferencias entre el general Uriburu y el general Justo.⁷⁶ Ahora nos reduciremos a señalar que el stalinismo, que en su período extremista unirá en una sola “masa reaccionaria” a uriburistas y radicales (repitiendo a Juan B. Justo, que afirmaba que las disputas de los partidos tradicionales obedecían tan sólo al apetito por el presupuesto) establecerán más tarde, desde los tiempos del Frente Popular a la actualidad, distinciones muy notables. En el “Esbozo”, publicado en 1947, los stalinistas dicen que *“Justo representaba dentro de la oligarquía una tendencia favorable al establecimiento de ciertas libertades constitucionales.”*⁷⁷ La degradación del pensamiento marxista en la Argentina no reconoce límites. Podemos medir su profundidad a la luz de la similar decadencia de la revolución rusa y al triunfo omnipotente de su burocracia. Ese hecho nos obliga a explicar nociones primarias del marxismo que después de Lenin han pasado a ser patrimonio del pensamiento revolucionario, pero que a cuarenta años de la Revolución de Octubre parecen sepultados por la ola de reacción stalinista.

Consideremos ante todo la revolución del 6 de setiembre de 1930. El gobierno de Yrigoyen estaba prácticamente desintegrado; el caudillo patriarcal parecía impotente para resolver los problemas capitales del movimiento nacional en el umbral de los tiempos modernos. Yrigoyen había dado relieve a las confusas aspiraciones políticas y económicas de las clases medias postergadas bajo el predominio oligárquico; la clase obrera naciente encontró su apoyo en la legislación social; el capital imperialista, si no fue expropiado, tampoco le fue permitido actuar como en coto cerrado. Se estaba en vísperas de nacionalizar el petróleo y de abrir un amplio intercambio de ese producto con la Unión Soviética a precios sin competencia en relación con los monopolios petroleros anglo-yanquis. La política exterior argentina mantenía a raya la insolencia de los grandes imperios. Pero toda la política de Yrigoyen era sintomática, jamás resuelta y por supuesto insuficiente para realizar las medidas del nacionalismo burgués en toda su amplitud histórica.

Mientras el gobierno yrigoyenista declinaba, un núcleo nacionalista encontró en el general Uriburu a su hombre. El nacionalismo del año 30 tendía a asimilarse a los nacionalismos fascistas de Europa. Tomaba en préstamo de estos su utillaje teórico, sus consignas, símbolos y demás artilugios escénicos.⁷⁸ Pero la circunstancia de expresarse

⁷⁶ Véase *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, 3ª edición, II Tomo, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1966.

⁷⁷ *Esbozo de Historia*, página 77.

⁷⁸ Una prueba irrefutable de que la sumisión teórica a la política soviética se combinaba en la Argentina con la tradición ideológica de Juan B. Justo, lo ofrece la crítica que el stalinismo formulaba a ciertas actitudes de la Liga Antiimperialista: “Esta errónea posición de la Liga, afirmaban, tiene antecedentes. Con motivo de la VI Conferencia Panamericana, su Comité Local se pronunció por el proteccionismo aduanero. El reaccionario “nacionalismo económico” sostenido en el país por Alejandro E. Bunge y otros teóricos de extrema derecha; las teorías sobre “frente nacional antiimperialista” por “encima de las clases” del aprismo y de sectores trotskistas; la posición de que primero hay que arreglar cuentas al imperialismo y después luchar recién contra la propia burguesía contrarrevolucionaria; todo ese arsenal ideológico de la contrarrevolución, desvía a los compañeros dirigentes de la Liga Antiimperialista de las justas posiciones leninistas frene al imperialismo”. Citado por PUIGGROS, *Ob. cit.*, página 435. Como Juan B. Justo- de cuyo partido procedía- y a semejanza de la oligarquía ganadera y comercial, el stalinismo sostenía el librecambismo económico, doctrina derivada del imperialismo exportador, desde los tiempos de los



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

en un país semi-colonial, los diferenciaba de sus similares europeos a pesar de sí mismos. No aparecían como agentes del imperialismo, sino como profetas de un nuevo orden patriótico, susceptible de realizar “hasta el fin” las aspiraciones burguesas que Yrigoyen era impotente para consumir. Deseaban hacerlo “desde arriba”, a la manera prusiana, pero el contenido general de su prédica era nacionalista argentino. Provenientes de ciertos sectores empobrecidos de la oligarquía terrateniente los nacionalistas de Uriburu pretendían desempeñar el papel de los junkers de Bismarck en la Alemania anterior a la unificación: con sus arrestos aristocráticos cumplirían una tarea burguesa. Pero estos patricios de capa caída brindaron un excelente servicio a sus primos ricos. Puesto que el gobierno popular practicaba un nacionalismo vacilante, de este hecho, como de su propio origen social, infirieron que era preciso salvar a la patria sin el pueblo. Execraron a Yrigoyen, engolosinaron a Uriburu con el mito de un Estado sin mácula, hicieron el 6 de setiembre y cuando se disponían a gozar las gracias del poder, se encontraron con que la oligarquía conservadora ya había rodeado estrechamente al viejo general y que en su gabinete se sentaban los abogados de las empresas imperialistas.

Uriburu se encontró prisionero de la oligarquía pero Uriburu, si era un nacionalista reaccionario, no era un hombre del imperialismo; y si bastara para atestiguarlo un elemento suplementario, será preciso indicar que Uriburu no deseaba “la normalidad constitucional”, pues comprendía claramente que si ésta era procurada por medios electorales lícitos, el yrigoyenismo volvería inmediatamente al poder; y si no lo era, el poder caería en manos de la oligarquía aliada al capital extranjero. Uriburu tampoco estaba en condiciones de elegir: virtual prisionero de los abogados oligárquicos como Sánchez Sorondo, debió inclinarse ante la organización del comicio fraudulento que entregó el gobierno en 1932 al general Justo. El sueño del nacionalismo militar de edificar un Estado gendarme se desvaneció en el amanecer del 20 de febrero de 1932, cuando el General Justo se hizo cargo del gobierno “constitucional”.

En tales condiciones, no es difícil para un político, sobre todo si es marxista, precisar la significación del general Justo. La historia oficial del stalinismo dice que Justo representaba dentro de la oligarquía “una tendencia favorable al establecimiento de las libertades constitucionales.” Al mismo tiempo, califica de “fascista” a Uriburu. Esta distinción es, políticamente hablando, muy favorable al general Justo. Pero el carácter antinacional del stalinismo se manifiesta a cada paso, según puede verse. Justo representaba directamente, como lo demostró en sus años de gobierno, al capital imperialista. La “normalidad constitucional” era una necesidad absoluta del imperialismo en la Argentina, cuyas dimensiones geográficas, madurez relativa de sus clases sociales y peso económico no pueden ser comparadas con otros Estados latinoamericanos donde una dictadura policíaca garantizaba “sine die” los intereses extranjeros en el pasado. La “normalidad constitucional” se revelaba indispensable para mantener el equilibrio del país, prevenir explosiones revolucionarias, amansar con las migajas parlamentarias al partido radical, legalizar el plan de colonización económica. Justo era, en consecuencia, la expresión más cínica de la oligarquía proimperialista.

Pero cuando el gobierno de Uriburu, jaqueado en su seno por los hombres del general Justo, proscribió de las elecciones presidenciales al radicalismo, para evitar un retorno, los socialistas y demócratas progresistas sellan una alianza electoral destinada a justificar jurídicamente la farsa comicial en trámite. Lisandro de la Torre y Repetto, tal

algodoneros de Lancashire hasta Federico Pinedo. Como rechazaba el nacionalismo económico de la burguesía nacional, que pugnaba por conquistar el mercado interno, defendía en la práctica el nacionalismo económico del imperialismo, que a través del librecambio buscaba mantener su hegemonía en dicho mercado.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

era la fórmula de la “oposición”, jugarán el papel de “Oposición de Su Majestad”. En ese año de 1931, Rodolfo Ghioldi escribe un trabajo⁷⁹ fijando la posición del stalinismo acerca de la Alianza Demócrata-Socialista. Como cabía esperar, confunde todas las nociones, las clases sociales y los partidos que la representan. Juzga al Partido Demócrata Progresista como un “partido burgués” y estima en consecuencia que el Partido Socialista, en tanto que partido obrero, cometía una traición a Marx aliándose con de la Torre.

SOCIALISTAS Y DEMÓCRATAS PROGRESISTAS

El partido Demócrata- Progresista había nacido como fruto espúreo de una concentración de partidos conservadores de las provincias para oponerse a la candidatura presidencial de Hipólito Yrigoyen en 1916. En su tronco de Santa Fe, Lisandro de la Torre, que fue su figura de mayor relevancia, procedía de la Liga del Sur; con el apoyo de la burguesía comercial importadora y exportadora de Rosario y los pequeños hacendados y chacareros italianos, esa Liga opuso el “Litoral europeo” al “Norte gaucho” de la provincia, donde las peonadas criollas seguían las banderas radicales. Esta alianza de comerciantes librecambistas y de chacareros acomodados (“kulaks” diríamos, para hacer concesiones al tema de este libro) fue la base principal del Partido Demócrata Progresista en la provincia de Santa Fe. Un análisis detallado del convenio entre de la Torre y Repetto fue realizado por un veterano militante socialista Don Joaquín Coca en su excelente obra “El Contubernio”, indispensable para la comprensión de la táctica socialista en un país atrasado; aunque el propio Coca no es un marxista, muchos marxistas pueden aprender en el libro de Coca⁸⁰. Dice coca:

“Aunque solo fuera por la razón de que hay en el Partido Radical una gran masa obrera, nosotros debemos estar más cerca de este partido que del Conservador, pues si el socialismo de nuestro país ha de engrandecer sus filas y expandir su esfera de influencia, será con los obreros que hoy son radicales, porque no conocen el socialismo, y que serán socialistas en cuanto sepan lo que somos y queremos, y en cuanto no nos vean ir de concierto con los conservadores, sus adversarios y actuar exclusivamente contra el radicalismo... (El Partido Demócrata Progresista) es una agrupación artificial organizada alrededor de un hombre: el doctor Lisandro de la Torre. Es un partido personal. Aún en el mejor de los casos, es un grupo de universitarios que han inventado (o se han apropiado, porque la cosa es vieja) una receta para formar partidos electorales ‘centristas’ y que consiste en equidistarse teóricamente de los extremistas de la derecha y de la izquierda para hacer así partidarios del ‘justo medio’, como se decía antaño, a fin de evitar a la vez la reacción y la revolución. En realidad se trata de grupos conservadores- liberales, más conservadores que liberales y más reaccionarios que revolucionarios... El Partido Demócrata Progresista no es más que la reserva del conservadurismo en la Capital y su representante directo en Santa Fe”.

Los demócratas progresistas venían a constituirse en un ala liberal del conservadorismo reaccionario, es decir, de los sectores no burgueses de la sociedad argentina. El Partido Socialista, por su parte, no era sino la expresión política de la aristocracia obrera sostenida por el imperialismo colonizador. Era absurdo, en consecuencia, que Ghioldi pretendiera aplicar a tontas y a locas el pensamiento de Marx relativo a las alianzas entre partidos obreros y partidos burgueses en la Europa capitalista, nada menos que en un país semicolonial.

⁷⁹ Marx y la Alianza Demócrata-Socialista, Rosario, 1931.

⁸⁰ El Contubernio, Editorial Coyoacán, 1961, páginas 79-80.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

Pero las extravagancias teóricas de Rodolfo Ghioldi no se detenían allí. El problema principal de la política argentina en ese momento no era husmear sobre la “pureza” de clase de los socialistas y demócratas progresistas, sino juzgar el papel que desempeñaron en la farsa comicial preparada por Uriburu y Justo; si el stalinismo se hubiera comportado como un partido obrero, habría acusado a la Alianza Demócrata Progresista-Socialista de cómplice de la oligarquía contra el yrigoyenismo proscripto, que representaba a la mayoría del pueblo argentino (incluidos los obreros) impedido de votar por el partido de su preferencia. Pero tanto el stalinismo como Lisandro de la Torre y Repetto tenían un enemigo fundamental y común, que era el radicalismo. Todos ellos coincidieron en las líneas esenciales: de la Torre y Repetto, para aprovechar los votos radicales y el Partido Comunista para acusar al radicalismo perseguido de “movimiento fascista”. Desde 1930 esta disposición de las “fuerzas progresistas” concebidas por el stalinismo se mantendrá intacta, y siempre se movilizarán todas juntas contra las masas populares, nucleadas primero por el radicalismo y luego por el peronismo.

Sería imposible comprender cómo el stalinismo formará el Frente Popular en 1936 con las tendencias más reaccionarias del radicalismo (el “alvearismo”, hoy “unionistas”), con los demócratas progresistas, los socialistas de Repetto, los liberales “independientes”-cipayos del más variado género-, base de la Unión Democrática ulterior, lo mismo que el frente antinacional por el ingreso argentino en la guerra imperialista (1941-1945) sin examinar detalladamente las raíces “antiburguesas” que están en su mismo origen.

El concepto básico de que el mundo contemporáneo reconocía dos grupos fundamentales de países- los países oprimidos y los opresores-, jamás ha sido comprendido por el stalinismo. Pero ese aforismo está en la base de la estrategia revolucionaria en los países atrasados. Puesto que la Argentina, a pesar de su relativo desarrollo capitalista, forma parte del mundo semicolonial de América Latina, se impone en nuestro medio situar en el primer plano de las preocupaciones políticas la cuestión nacional. Si es preciso admitir que la “burguesía” argentina, por su dependencia técnica de los abastecimientos imperialistas, entre otros factores, no ha comprendido jamás los problemas nacionales, desempeñando casi siempre un papel reaccionario, tampoco es posible desconocer que sus intereses han sido defendidos alternativamente ya sea por el Ejército, ya sea por el yrigoyenismo o en la última etapa, por el peronismo.

La insignificancia política de la “burguesía” argentina, su aparición reciente, su dependencia de la tecnología de los grandes centros metropolitanos, su resistencia a la reinversión, no deben inducir al pensamiento revolucionario de un país atrasado al olvido de que tanto el Ejército, como el radicalismo yrigoyenista y el peronismo eran movimientos nacionales burgueses y que, en consecuencia, debían chocar necesariamente, en muchos episodios de su lucha, con las fuerzas internacionales e internas del imperialismo. Descalificar a la burguesía argentina como “fuerza contrarrevolucionaria” podrá aparecer muy “izquierdista” en palabras, pero debilita el frente nacional, dentro del cual la clase obrera debería constituir la única garantía social en la profundización de la revolución. Si el partido proletario cometiera el crimen de desertar del Frente Nacional, ese error recaería sobre el partido, pues lo aislaría de la clase obrera y sobre esta última, pues se vería obligada a aceptar la dirección nacional burguesa del movimiento para no correr el riesgo de perder toda oportunidad de hacer valer sus reivindicaciones económicas y políticas. De este modo, la adhesión de las grandes masas populares al yrigoyenismo y al peronismo no sería en cierto modo sino una consecuencia del abandono de las posiciones leninistas por el stalinismo. El castigo fue proporcional



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

al error cometido: el “partido obrero” no contó jamás con la simpatía de los obreros. Rodolfo Ghioldi, con una total indiferencia por la realidad nacional, escribía:

“El radicalismo realiza una política burguesa intergiversable, como lo prueba la experiencia de sus gobiernos nacionales y provinciales, políticas de protección de los latifundistas y de supeditación al imperialismo. La composición más bien pequeño burguesa de su partido, no le impide realizar esa política, tanto como una composición análoga no le impidió a Mussolini practicar la política de los grandes industriales y de los grandes agrarios...”

Este exótico marxista identifica el nacionalismo democrático de Yrigoyen con el nacionalismo reaccionario de Mussolini, a un país semicolonial con un país imperialista. Sólo el imperialismo extranjero y la oligarquía podían extraer beneficios políticos de este “izquierdismo” funesto, pues contribuía a aislar a Yrigoyen, con respecto al cual las fuerzas antinacionales del 6 de setiembre no veían a un “protector” del imperialismo, sino precisamente a un adversario. No hace falta el marxismo, sino el más modesto sentido común para imaginar que en el caso contrario no lo hubieran derribado.

LA ARGENTINA EN 1931:”PODER SOVIÉTICO, OBRERO Y CAMPESINO”

La traslación a nuestro país de recetas y consignas emanadas de Moscú fue simultánea con su aplicación en el resto del mundo. Hasta los orondos pequeños burgueses del partido de Repetto eran calificados de “socialfascistas”, los adeptos a Yrigoyen de “radical-fascistas” y los anarquistas, de “anarco-fascistas”. Era una verdadera plaga terminológica, pero gracias a la Providencia no teníamos un Hitler a la puerta que los stalinistas hicieran entrar, como en Alemania. (La historia de por qué triunfó Hitler, no ha sido escrita. Más adelante la narraremos). Pues así como en la Argentina no había fascismo, lo que no obstaba para que la rusofilia del stalinismo calificara de “fascistas” a todos los sectores políticos del país, tampoco había “trotskismo”, era totalmente lógico que también entre nosotros se realizaran numerosos congresos, conferencias nacionales y asambleas de afiliados para planear la “lucha contra el trotskismo”. Al examinar estos documentos y hacer esta historia, el autor se encuentra abrumado por la perplejidad: ¿estamos ante una comedia o una tragedia? El lector dará en la última página de este libro su propio veredicto.

En mayo de 1931 se realizó en Rosario la Primera Conferencia Nacional del Partido Comunista Argentino. No habían transcurrido sino pocos meses de la caída de Yrigoyen. El radicalismo estaba sometido a la más cruel proscripción política. En la Penitenciaría Nacional el torturador Lugones (h) inauguraba la “década infame” en el sadismo ejercido contra militares y afiliados radicales. La Conferencia de Rosario, no obstante, declara al radicalismo *“como nuestro enemigo principal”*.⁸¹ Es de todo punto evidente que si el radicalismo era el “enemigo principal” del llamado “partido obrero”, solo quedaba a éste aliarse a la oligarquía en el poder, notoriamente antirradical o proponerse luchar “contra ambos”. Esto último, por supuesto, era impracticable, por cualquiera de las muchas razones a la vista.

En primer lugar, porque ni siquiera el proletariado de un país imperialista, donde constituye parte decisiva de la población, puede tomar por sí mismo el poder, si no cuenta con la simpatía y el apoyo de numerosas capas sociales intermedias (empleados, sectores profesionales, pequeños comerciantes, campesinos arruinados, toda una vasta gama de grupos, sectores y profesiones o proletarias). Con mucha mayor razón esto ocurre en un

⁸¹“Boletín Interno”, agosto 1932. Año II, N°14, página 2. Véase PUIGGROS, *ob. cit.*, página 339.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

país semicolonial; con igual motivo en la Argentina agraria de 1931; a mayor abundamiento, por el hecho de que el stalinismo no solamente no contaba con el apoyo de la clase trabajadora (adherida a Yrigoyen) sino que ni siquiera era, en términos de composición social, un partido predominantemente obrero. La reducción al absurdo de una política semejante, o su coronamiento sublime, vendría a consumarlo la II Conferencia Nacional del stalinismo realizada en La Plata en 1934, al formular como consigna central de su acción: "Poder Soviético, Gobierno Obrero y Campesino"⁸². El mismo cónclave dictaminaba: *"Hay que arrancar a la masa de la influencia radical... desenmascaramiento despiadado del radicalismo... combatiendo al radicalismo en general, hay que acentuar la lucha contra el programa de izquierda y mostrar su contenido contrarrevolucionario confesado... las nucleaciones "izquierdistas" en el seno del radicalismo, así como la izquierda socialista, deben ser desenmascaradas consecuentemente arrancado a los obreros a su influencia"*. Rodolfo Ghioldi, para que no hubiese dudas insistía en un artículo de la revista "Soviet" (agosto de 1933): *"La revolución antilatifundista y antiimperialista se realizará no con el aporte radical, sino a pesar del radicalismo"*. Agregaba que debía compararse al radicalismo con el nacional-socialismo alemán. Era una secta sin duda inoperante, si se quiere, pero toda su política se dirigía contra el movimiento nacional y, en consecuencia, a consolidar la dictadura.

El "ultra izquierdismo" de la Internacional Comunista hacía furor en los años 1931 a 1935. Estas variaciones de la "línea general", eran insensatas en todas partes, pero fueron suicidas en Alemania. El empirismo de la política burocrática reflejaba cotidianamente los efectos de las catástrofes revolucionarias que la acción del propio stalinismo provocaba. Después de haber idealizado a la burguesía china hasta que Chiang-Kai-shek reprimió sangrientamente a los comunistas, Stalin volvió sus espadas a los movimientos nacionales de los países atrasados y declaró inesperadamente que la *"burguesía colonial había pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución"*, lo que era tan inexacto como su mecánica enunciación anterior sobre el carácter "revolucionario" de esa burguesía.

Espantado ante los resultados de su política, Stalin giró hacia una política totalmente opuesta y no menos funesta: la de anunciar a través de los altoparlantes de la Internacional Comunista que se abría en el mundo una época de conmociones revolucionarias y que estaba a la orden del día la conquista del poder y la instauración de los Soviets. Declaró contrarrevolucionarias a todas las fuerzas no comunistas, fuera en los países imperialistas como en el mundo colonial. Si su política china había llevado al proletariado de Oriente a un atolladero, su política alemana condujo a la mayor catástrofe de la época: el triunfo de Hitler. En lugar de cerrar filas para impedir el ascenso del nazismo, el Partido Comunista alemán, bajo la jefatura de Thaelman, calificó a los socialistas de "Social-fascistas" dividiendo así al gigantesco proletariado alemán, cuya unidad revelábase indispensable para cerrar el camino a las bandas nazis.

¿POR QUÉ TRIUNFÓ HITLER?

Ante los triunfos electorales de partido nazi, el stalinismo había afirmado que sólo la destrucción de la social- democracia alemana (apoyada por varios millones de obreros y calificada por Stalin y sus seguidores de "socialfascista"), podría abrir la ruta a la lucha contra el nazismo. A ese efecto, postulaba el "Frente Único por la base." Esto significaba,

⁸² Revista "Soviet", enero-febrero de 1934. Año 2, N°1-2, páginas 28 y siguientes, ver PUIGGROS, *ob. cit.*, página 339.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

si algo significaba que no fuera una tontería criminal, que el stalinismo alemán rehusaba proponer a la dirección socialista una acción común para barrer de las calles y de las urnas a las bandas nazis. Stalin había inventado la fórmula del “frente único por la base” en reemplazo del Frente Único Proletario. Dicha consigna estaba dirigida a los obreros socialistas y se completaba con una campaña ensordecedora de injurias y ataques (“socialfascistas”) hacia los dirigentes socialistas que *todavía* contaban con el apoyo de millones de obreros.

En lugar de comprometer a los jefes socialistas para que dieran respuesta efectiva y resuelta a la formación de un frente común contra el nazismo amenazante, los dirigentes stalinistas, con Thaelman a la cabeza, pedían a los obreros socialistas que abandonaran sus cuadros partidarios y pasaran por encima de sus jefes para luchar codo a codo con los comunistas. Esto era imposible, naturalmente, pues si los obreros socialistas militaban en el Partido Socialdemócrata, era precisamente porque los comunistas no habían demostrado ser superiores a sus jefes reformistas. La derivación de las masas obreras socialistas sólo podía ser el fruto de una lucha audaz contra el enemigo común. Los jefes reformistas debían ser probados en la arena del Frente Único: era preciso dialogar con ellos.

El stalinismo, bajo el puño de hierro de Moscú, hizo precisamente todo lo contrario: votó junto a los nazis en el “referéndum” de Prusia de 1930 contra los socialistas y siguió los consejos de Stalin, formulados en el XI Plenum de la Internacional Comunista: *“El fascismo y la socialdemocracia no son enemigos, sino gemelos. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo.”*⁸³

La división de las fuerzas obreras en Alemania, en virtud de la posición sectaria del stalinismo alemán dejó libre las manos de Hitler. El Partido Comunista corría ciegamente hacia su pérdida. El 14 de octubre de 1931, Remmelé, uno de los principales dirigentes del stalinismo alemán, declaraba en el Reichstag: *“Cuando los fascistas estén el poder, será realizada la unidad del Frente proletario y los barreremos”*. Y agregaba palabras que poco más tarde parecerían al mundo una irrisión: *Los señores fascistas no nos asustan, se gastarán mucho más rápido que cualquier otro gobierno*. El pánico se combinaba con la fanfarronería, fenómeno psicológico compensador en el stalinismo alemán de la época. El jefe del partido, Thaelman, diría poco después: *“Hitler no durará tres meses en el poder. Luego subiremos nosotros.”*

No faltaban claras advertencias, sin embargo. Ese mismo año, Trotsky escribía desde su destierro:

*“La clave de la situación está en Alemania. El desenlace se aproxima: una situación prerrevolucionaria va a convertirse en revolucionaria o contrarrevolucionaria. El destino de Europa y del mundo entero dependerá de ello por largos años. La dirección del Partido Comunista Alemán conduce al proletariado a una inmensa catástrofe. Hay que decidirse ya a oponer a Hitler una resistencia armada sin merced. La fuerza del nazismo está en la división de la clase obrera. Hay que unir la clase obrera.”*⁸⁴

Pero la burocracia soviética, que manejaba al Partido Comunista alemán, lo precipitó al abismo. En 1932 los stalinistas alemanes apoyaban la huelga de transportes de Berlín ordenada por los nazis. Thaelman, totalmente ciego, declaraba: *“Nosotros comunistas, que rechazamos toda acción común con los dirigentes del partido Socialdemócrata,*

⁸³ Ver *El Maintemant*, por LEÓN TROTSKY, Tomo III de “Ecrits” (1928-1940), París, 1959, página 125.

⁸⁴ 20 *Ob. cit.*, página 85.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

repetimos siempre que estamos dispuestos a cada instante a la lucha antifascista con los camaradas socialdemócratas.”

Dicho en otros términos, el stalinismo alemán se negaba a proponer el Frente Único a la dirección socialista, en la que confiaban millones de obreros y que sólo a través de ese Frente podían verificar la voluntad de lucha de los jefes reformistas. Esta táctica fantástica dio los resultados previstos. Hitler se encaramó legalmente en el poder gracias a la división entre los obreros socialistas y comunistas. Desde el gobierno organizó la represión terrorista, que destruyó en pocos meses todos los sindicatos, las organizaciones socialistas y comunistas. La tragedia del proletariado alemán señaló el punto más bajo en la crisis de la Internacional Comunista y fue el equivalente de la histórica bancarrota de la II Internacional en 1914.

Una semana después del triunfo electoral de Hitler, las tropas de asalto entraban a los sindicatos, arrojaban a los burócratas socialistas y stalinistas, clausuraban la Casa Carlos Liebknecht en Berlín, sede del Partido Comunista alemán e izaban en ella la bandera negra de los sátrapas nazis, vejaban a los judíos, detenían los militantes obreros a millares, aplicaban el aceite de ricino de sus colegas italianos a los detenidos políticos, cerraban toda la prensa de izquierda, detenían a Thaelman, se aplicaba la ley de fugas, empezaban las torturas. Simultáneamente toda la dirección del stalinismo alemán, que de la mano de Stalin había conducido el proletariado a la derrota, desaparecía de la escena, viajaba a la URSS o a los países cercanos; dejaba atrás un partido perplejo y desmoralizado que se desintegró en poco menos de un mes. En el Palatinado, para dar un solo ejemplo, una célula de fábrica de 44 miembros quedaba reducida a solo 3, que no sabían que hacer. Esto ocurría no sólo en el Palatinado, sino en toda Alemania.

Los diputados comunistas Yanke y Shubert se pasaban al partido nazi; Noske, el socialdemócrata asesino de Rosa Luxemburgo, antiguo ministro en la República de Weimar, visitaba a Goering para implorar le permitiera jubilarse; la Unión Soviética negaba visado para entrar a su territorio a los militantes del stalinismo alemán para no empeorar sus relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno nazi.⁸⁵ No pudo crearse el menor aparato ilegal en el país del proletariado mejor organizado y más poderoso de Europa. Los jefes nazis estaban maravillados de consolidarse en el poder sin encontrar la menor resistencia: *“Hemos visto milagros en el curso de estas últimas semanas”*, dice Hitler en su discurso del 2 de marzo de 1933, pronunciado en el Sportplatz de Berlín. Para que el estilo no desmienta al hombre, Stalin echará sobre las espaldas de Thaelman toda la responsabilidad de su política. Thaelman, ya detenido en la celda de donde no volverá a salir vivo, es destituido de su cargo en el partido por “sus graves errores teóricos”.

Cuando Hitler ya había demolido todas las organizaciones sindicales, políticas y culturales del movimiento obrero alemán, “Rundschau”, órgano de la Internacional Comunista en Basilea, aturcido por el desastre, pero incapaz de emitir un juicio sensato ante ese panorama, todavía se atrevía a decir: *“La dictadura fascista destruye las ilusiones democráticas y libera a las masas de la influencia socialdemocrática, acelerando así la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria... Sólo los ignorantes y los idiotas pueden decir que los comunistas alemanes han sido vencidos.”*⁸⁶

Sólo doce meses bastaron a Hitler para confirmar la tesis de Stalin, pues no sólo destruyó “las ilusiones democráticas”, sino junto con ellas todas las instituciones de la democracia burguesa. El Partido Socialista se volatilizaba y los comunistas alemanes que “no habían sido vencidos” eran ejecutados o reclusos en campos de concentración,

⁸⁵Revista “Comunismo”, Madrid, Abril de 1933, página 167.

⁸⁶ Abril de 1933.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

desapareciendo durante doce años de la política alemana. De esta manera, la política criminal del stalinismo recogía los frutos que había sembrado y quedaba cerrado el “tercer período”.

Cuando la tragedia del proletariado alemán ya estaba consumada, los tristes jefes de la Internacional Comunista todavía se sentían con fuerzas para responsabilizar a los obreros socialistas de la bancarrota.⁸⁷

“¿Podemos decir que la masa de los obreros socialdemócratas no tiene ninguna responsabilidad política por su negativa a participar prácticamente en el frente único de lucha contra el fascismo? Evidentemente, no. Los comunistas están obligados a decírselo francamente a los obreros socialdemócratas. A la vez que acentúan su agitación entre ellos, corresponde a los comunistas mostrarles abiertamente la grave falta que han cometido y que ha provocado tan graves consecuencias para la clase obrera.”

Pero un año más tarde era evidente, hasta para Stalin, que Hitler no sólo caería “en tres meses”, sino que estaba consolidado por todo un período histórico y que el poderoso Partido Comunista alemán había dejado de existir. Este último y trágico hecho, sin embargo, no figuraba entre las preocupaciones de Stalin. Pero el aislamiento de la Unión Soviética, la posibilidad, tantas veces señalada por Trotsky, de que Hitler se preparara para la guerra contra la URSS y se transformara en el super Wrangel del imperialismo mundial, quedó a plena luz. Trotsky había aconsejado, al producirse la asunción del gobierno por Hitler, movilizar al Ejército Rojo y aniquilar al nazismo sin darle tiempo a estabilizarse.⁸⁸

“La llegada al poder de los ‘nacional-socialistas’ tendría por efecto, ante todo, escribía Trotsky, la exterminación de la ‘élite’ del proletariado alemán, ella perdería toda fe en sí misma y en su porvenir. Si se tiene presente la mayor madurez, la mayor gravedad de los antagonismos que existen en Alemania, la obra infernal del fascismo italiano parecerá probablemente insignificante, sería una experiencia casi humanitaria en comparación de lo que podría hacer el nacional-socialismo alemán... Para todo obrero revolucionario, el axioma siguiente debe ser considerado como evidente: si los fascistas tratan de ganar el poder en Alemania, es preciso movilizar el Ejército Rojo. Para el Estado proletario, se tratará pura y simplemente de su propia defensa revolucionaria en el sentido pleno del término. Alemania no es solamente Alemania. Es el corazón de Europa. Hitler no es solamente Hitler. Es candidato al rol de un super Wrangel. Pero el Ejército Rojo no es solamente el Ejército Rojo. ¡ Es un instrumento de la revolución proletaria mundial.”

Ante el colapso del comunismo alemán, Stalin se despojó definitivamente de toda ilusión sobre su capacidad para llevar al triunfo ninguna revolución. Anonadado por el pánico, procedió como de costumbre: imprimió un viraje de 180 grados a su política anterior, renunció a todas las aventuras “putschistas” y se lanzó dulcemente a los brazos de la Liga de las Naciones. De ese idilio creado por el miedo nació el Frente Popular.

LA CUESTIÓN NACIONAL: UN ENIGMA INESCRUTABLE PARA LA IZQUIERDA

Ya hemos visto que en la Conferencia Comunista Latinoamericana celebrada en 1929, diversos delegados habían propuesto las más curiosas variaciones a la cuestión

⁸⁷ Ver *La situación actual en Alemania*, de O.PIATNISKI, Editorial Sudam, Buenos Aires, 1933, página 35.

⁸⁸ *Ob. cit.*, página 104.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

nacional. A la manera con que ciertos empresarios de feria organizan Museos del Horror con escalofriantes figuras de cera, los teóricos stalinistas han acumulado en poco más de treinta años un verdadero museo de monstruosidades teóricas que si algunas veces son escalofriantes, en todos los casos son de cera. La vida, con su eterna corriente y sus verdes árboles, no entra en este osario.

Si algún profesor ocioso pretendiese algún día reunir una antología de las extravagancias ideológicas, cobraría su pieza más preciada en un informe de Rodolfo Ghioldi aparecido en octubre de 1933.⁸⁹

Se trataba de un trabajo sobre la cuestión nacional, desde el punto de vista “marxista”. En ningún momento la “rusificación” de la dirección del stalinismo argentino alcanza caracteres tan burlescos como en dicho informe. Inspirado evidentemente en el ensayo de Stalin sobre “El marxismo y la cuestión nacional”, Ghioldi deduce sagazmente que si en la Rusia zarista la política de Lenin consistía en proclamar el derecho de las nacionalidades oprimidas por el Imperio a separarse, lo mismo debía ocurrir en la Argentina. Proclama triunfalmente su hallazgo exigiendo: *“la lucha por el derecho capital de las nacionalidades indígenas a la separación.”*

También se refiere al problema “nacional” que plantean en nuestra pampa gringa los chacareros: *“de las diversas regiones italianas con sus diferentes lenguas y el de las colonias judías de cierta zona de la provincia de Entre Ríos.”* Por ese poderoso motivo y otros semejantes, Ghioldi denuncia la *“sujeción violenta de nacionalidades oprimidas en los marcos del Estado argentino.”*

Así, del ejemplo de las nacionalidades subyugadas por el zarismo, Ghioldi concluye que el Partido Comunista debía luchar por el derecho a la completa separación de Estados Nacionales soberanos de los inmigrantes italianos del Litoral, de los colonos judíos entrerrianos, de los descendientes de indígenas habitantes en Salta y Santiago del Estero, todos ellos “oprimidos” por el Imperio Argentino. Imaginará el lector que resulta imposible polemizar con tales tesis. El pensamiento de Carlos Marx se ha transformado, en las manos de Ghioldi, en el pensamiento de Groucho Marx. Por este último camino renunciamos a seguirlo. Pero la consideración de la cuestión nacional, por su importancia fundamental en la formulación de la estrategia revolucionaria latinoamericana, merece que nos detengamos un momento en su examen.

Se trata de un problema al que Marx prestó atención especial y aunque el fundador del socialismo científico vivió antes de la aparición histórica del capital financiero, indicó en algunos de sus escritos puntos de partida indispensables para que los revolucionarios de la era imperialista extrajeran sus conclusiones básicas.⁹⁰ Lenin llevó el análisis de la cuestión a una profundidad incomparable y sentó las premisas de la revolución en los países atrasados, destacando la importancia decisiva de una correcta posición de los partidos obreros en el mundo colonial y semicolonial no sólo para su propio triunfo, sino para la victoria de la revolución socialista mundial. Va de suyo que nos resulta imposible en este trabajo estudiar el tema como su importancia lo exige. Pero no podemos seguir adelante sin establecer con toda claridad las proposiciones principales de la concepción marxista de la revolución latinoamericana.⁹¹

⁸⁹ “Boletín Interno”, octubre 1933. Año III, N° 18, páginas 6 a 10. Ver PUIGGROS, *ob. cit.*, página 341.

⁹⁰ Véase *La Revolución Nacional en Marx*, de JORGE E. SPILIMBERGO, Editorial Coyoacán, 2ª, Buenos Aires, 1969.

⁹¹ Véase particularmente “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”; “Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones”. Editorial Problemas, Buenos Aires, 1946; “Les conclusions d’ un debat sur le droit des nations à se définir elles-memes”, en “Contre le courant”, T. II, Bureau



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

Se trata de un tema totalmente virgen para el stalinismo. Su tradicional subordinación a la política soviética lo obligó a una marginación absoluta de la consideración de América Latina concebida como una unidad. En realidad, ni en los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista, en los que intervinieron Lenin y Trotsky, que elaboraron sus documentos fundamentales, ni en los Congresos posteriores de ese organismo, ya bajo la hegemonía de la fracción de Stalin, se logró formular una interpretación adecuada de la realidad latinoamericana. Sin duda, en los primeros Congresos se dieron a conocer tesis y resoluciones generales sobre la táctica de los partidos obreros en los países coloniales y semicoloniales. Lenin había dedicado largos años al estudio de la cuestión nacional y su presencia en los Congresos quedó marcada por el espíritu de sus resoluciones. Pero ni a Lenin, ni a Trotsky, ni a Zinoviev, ni a los otros dirigentes rusos de la Internacional Comunista podía exigírseles lo que debía ser la tarea específica de los marxistas latinoamericanos. Posteriormente, la burocratización del Estado soviético, del partido ruso y de la Internacional transformó toda investigación independiente de la realidad latinoamericana en un “peligro” o en una “provocación” digna de extirparse.

El pensamiento marxista languideció largos años, en la Unión Soviética como fuera de ella y salvo los libros de Trotsky, el último de los bolcheviques de la vieja generación que Stalin logró eliminar, el resto de la literatura marxista del período 1927 a 1945 es de una indigencia desoladora. Como debía corresponder, sólo de América Latina podía surgir, con el desarrollo de su revolución, la interpretación teórica de sus líneas esenciales. La concepción marxista de la revolución en América Latina es una creación latinoamericana. Reconoce, sin embargo, un precedente digno de tomarse en cuenta. En 1934, residiendo en Europa, Trotsky escribió unas tesis en las que puede leerse:

“Los países de América Latina no pueden librarse del atraso y del sometimiento si no es uniendo a todos sus Estados en una poderosa Federación. Esta grandiosa tarea histórica no puede acometerla la atrasada burguesía latinoamericana, representación completamente prostituida del imperialismo, sino el joven proletariado latinoamericano, señalado como fuerza dirigente de las masas oprimidas. Por eso, la consigna de lucha contra las violencias e intrigas del capital financiero internacional y contra la obra nefasta de las camarillas de agentes locales es: los Estados Unidos Socialistas de América Latina”.

Es pues el más notable representante de la revolución rusa, después de la muerte de Lenin, quién señalará con indudable justeza, el carácter *nacional* de la revolución en América Latina.⁹² Planteemos el problema desde su base:

“En todo el mundo, escribe Lenin, la época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada a movimientos nacionales. Económicamente, estos movimientos se basan en que, para que sea posible un triunfo completo de la producción mercantil, es preciso que la burguesía conquiste el mercado interior; es preciso que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal, quedando eliminados cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su

d'editions, de difusión et de publicté, París, 1927, página 120. Asimismo puede consultarse “El proletariado y la revolución democrática”, Ediciones Coyoacán, Buenos Aires, 1962. Son perfectamente claras a este respecto las “Theses est additions sur las questions nationale et coloniale” aprobadas por el II Congreso de la Internacional Comunista, con la participación de Lenin, Librairie du Travail, París, 1934, página 57.

⁹² Las contribuciones de León Trotsky a la inteligencia teórica de la revolución latinoamericana pueden estudiarse en “Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina”, Ediciones Coyoacán, 1961. Más recientemente, dichos escritos se publicaron como apéndice a la segunda edición de “La Revolución Permanente”, Edición Coyoacán, Buenos Aires, 1969.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

consolidación en la literatura. El idioma es el medio esencial de trato entre los hombres; la unidad de idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al capitalismo actual, de una agrupación libre y amplia de la población en todas las diversas clases; es por último, lo que condiciona la estrecha relación del mercado con todo propietario o pequeño propietario, vendedor y comprador.”⁹³

Si estas son las condiciones económicas y culturales de la creación del Estado Nacional para Lenin, veamos ahora la precisa definición que Stalin ofrece acerca del concepto Nación, en la única obra teórica digna de ese nombre que escribió⁹⁴: “Nación es una comunidad estable, históricamente constituida, de idioma, de territorio, de vida económica y de formación psíquica, que se traduce en la comunidad de cultura”.

Nuestra generación pagó tributo a la rusofilia de la época, como los nacionalistas se rindieron a los pies de los reaccionarios franceses, monárquicos como Maurras o Bainville. Mucho antes que Stalin o Lenin, un correntino, carpintero de ribera y brigadier, Pedro Ferré, había definido en “Cuestiones Nacionales” el concepto de Nación, que por supuesto cabe a la América Criolla dividida. He aquí el texto de Ferré:

“Los pueblos estaban obligados a reunirse en cuerpo de nación por la fuerza irresistible del instinto que inspiraba esta necesidad a los hombres que habitaban un mismo continente, que tienen los mismos hábitos y costumbres, que habían mezclado su sangre en el largo período de más de 300 años, que se comunican entre sí por relaciones de interés, que hablan un mismo idioma y que finalmente profesan una misma religión y un mismo culto.”

La primera manifestación de movimientos nacionales en América Latina se vincula estrechamente con el movimiento nacional de la España revolucionaria, suscitado por la invasión napoleónica en la península. Las guerras de la independencia acaudilladas por San Martín, Bolívar y Artigas, son de *independencia en la unidad*. Si España era incapaz de asegurar su propia soberanía frente a la Francia Imperial, o de destruir el feudalismo sobreviviente en su estructura, en el pensamiento de los libertadores estaba presente la idea de la unificación, pues al romper con la España negra que pervive a la expulsión de Bonaparte, ni San Martín, ni Bolívar ni Artigas podían concebir siquiera retroceder un paso más atrás de las condiciones ya establecidas por el sistema Virreinal. Este sistema, por medio de la Corona española, centralizaba a las colonias americanas. La independencia política de estas últimas no podía significar en modo alguno su “balcanización” para los jefes militares que emprendieron la gigantesca tarea; por el contrario, la ruptura con España debía partir del mantenimiento de los vínculos que anteriormente mantenían entre sí las provincias americanas, pero llevadas a un grado superior de desenvolvimiento industrial, de libertades constitucionales y de modernización espiritual. El fracaso de esta tentativa constituye toda la tragedia de América Latina.

Ante la ausencia de un capitalismo nativo que se propusiese realizar la misma tarea que el capitalismo europeo abordaba en el Viejo Mundo (España negativamente, Alemania e Italia, positivamente) las regiones atrasadas de Latinoamérica cayeron bajo la influencia de los intereses regionales, se aislaron recíprocamente, reforzaron sus rasgos localistas y separatistas. La burguesa norteamericana e inglesa, primero y el imperialismo contemporáneo más tarde, advirtieron las enormes ventajas de remachar la

⁹³ “Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones”, Editorial Problemas, Tomo II, página 302.

⁹⁴ “El marxismo y la cuestión nacional”, Editorial Problemas, 1947, página 17.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

“provincialización” de América Latina y de proteger a las insignificantes “soberanías” de los ridículos Estados resultantes. La gran Nación latinoamericana fue fragmentada y forjado el mito de las veinte naciones impotentes. La cifra de esa ignominia la ofrece el destino de los precursores: San Martín renuncia al poder por la traición de la burguesía comercial rivadaviana y muere oscuramente en Francia; Bolívar, el profeta de la Confederación de pueblos, en lugar de ver nacer un Estado de veinte provincias, da nacimiento a una provincia transmutada en Estado. Para colmo de sarcasmo, esta provincia- Nación llevará el propio nombre del Unificador. Bolivia, la antigua provincia alto-peruana, será el testimonio vivo del derrumbe bolivariano. Y aquél Congreso de Panamá que Estados Unidos sabotea, en el Istmo arterial del Nuevo Mundo, será transformado por el zarpazo imperialista en una nueva “Nación”, mero pretexto para construir un canal. Artigas, el Protector y unificador de los Pueblos Libres, el más grande caudillo del Sur, morirá labrando una chacra en el destierro paraguayo. La posteridad verá convertido en prócer uruguayo al revolucionario que ignoró en su lucha las actuales fronteras. Esta es la síntesis de los movimientos nacionales en la América Latina del siglo XIX.

De todo lo dicho resulta que cuando se afirma, que todo movimiento nacional se basa en el triunfo de la producción mercantil y en el dominio del mercado interno por la burguesía; en que los territorios con población de un solo idioma deben alcanzar cohesión estatal; en que la libre expansión de la lengua es el prerequisite indispensable para una circulación mercantil amplia y el establecimiento de un mercado, se está diciendo que América Latina es precisamente una nación que no ha logrado constituirse todavía. Cosa nada casual, los rusos omitían en su definición de Nación el vínculo religioso, en lo que repetían la obsesión antirreligiosa de Marx. Quizá este último profesaba esa fobia a crítica por la conversión al protestantismo de su padre, que renegó su fe judaica en un esfuerzo por asimilarse a la sociedad alemana. La tradición antirreligiosa del marxismo, que llega hasta nuestros días, es sobre todo católica y se enfrenta en América Latina y Polonia y Medio Oriente, con una fe popular y una realidad social que ha modificado la clásica sentencia de Marx. Si se considera la historia de la izquierda en la Argentina, sería “el marxismo el opio del pueblo.

América Latina ofrece un panorama similar al de Italia antes de 1870, año de su unificación nacional: pero el stalinismo argentino, que hablará del “Risorgimento” italiano como expresión del progreso histórico, ignorará al mismo tiempo en toda su historia la necesidad del resurgimiento nacional latinoamericano. Por el contrario, la hostilidad o indiferencia de la burocracia soviética hacia todos los movimientos nacionales en América Latina, sean de índole burguesa, pequeño burguesa o militar, ha sido invariable. Tanto la Internacional Comunista, como el stalinismo argentino, no han ocultado nunca su aversión hacia estos movimientos. Rodolfo Ghioldi, criticando la orientación de una corriente de izquierda del socialismo tradicional, (posteriormente absorbida y triturada por la máquina stalinista) escribía estas palabras inauditas:

“Lo único a deducir es que el compañero autor del programa está influenciado en un ideario pequeño burgués de solidaridad continental americana y quiere vincular orgánicamente nuestro movimiento socialista a otros similares de la América Latina, que tienen en sus programas la lucha antiimperialista; no cabe duda que se refiere al APRA peruano. Se sobreestima la lucha antiimperialista dándole el carácter que se le da en este artículo. La lucha antiimperialista no es sino un aspecto de la lucha contra las burguesías feudales de América Latina y no puede por consiguiente ser elevado a móvil casi único. Se incurre en el error de suponer que reviste mayor importancia la solidaridad entre las masas revolucionarias de los diferentes países latinoamericanos



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

que la solidaridad entre éstas y las de los países europeos o norteamericanos. Esto proviene de la sobreestimación de los factores sentimentales, raciales, idiomáticos, históricos (lucha por la independencia), olvidando que motivos de orden económico nos vinculan estrechamente a los países europeos y a los Estados Unidos, y que en cualquier movimiento revolucionario que tocara los intereses que estos países tienen establecidos en América, es mucho más importante contar con la solidaridad de sus proletariados, que luchan contra las acciones de guerra, que con la solidaridad – que evidentemente también podrá sernos útil, pero no en igual grado- del proletariado y campesinos de Latinoamérica.”

Nada falta en el texto citado para comprender a fondo la naturaleza política del stalinismo. Identificación de la lucha antiimperialista con la lucha contra la “burguesía”, que es precisamente todo lo contrario; liquidación lisa y llana del contenido nacional en la revolución latinoamericana; completo desprecio a la interpenetración e interacción de los diversos movimientos revolucionarios en el continente; preeminencia de los factores europeos en detrimento de los resortes propios de la revolución en América Latina; superficial alusión a “factores sentimentales”, que no son sino los rasgos ya mencionados como característicos de la existencia de una nación.

Un cuadro de división semejante ofrecía la Alemania de Marx, de Goethe y de Fichte. El fundador del socialismo “científico” nació en una nación dividida. Sus discípulos podrán comprenderlo. En Alemania la cuestión nacional residía en el deber y el derecho de los alemanes a unirse; y en los Imperios multinacionales, donde una nacionalidad dominante (en Rusia, los grandes rusos, en Austro-Hungría, los austro-húngaros, en Yugoslavia, los serbios) oprimía a todos los demás pueblos, la cuestión nacional debía resolverse mediante el derecho a la separación y la autodeterminación. La rusofilia de Rodolfo Ghioldi no vacila en asimilar el imperio multinacional de la Rusia zarista a la Argentina semi-colonial: ¡propone la “separación” de los colonos judíos de Entre Ríos y su constitución en “Estado Nacional”! Los latinoamericanos estábamos unidos y nos separaron. Debemos unirnos para vencer al imperialismo y abrir el camino a la más completa autodeterminación nacional y social. Pero Ghioldi no encuentra ningún imperialismo opresor a la vista, salvo el imperialismo argentino, y ningún país oprimido, fuera de los chacareros capitalistas de Santa Fe, con ahorros en los bancos de Rosario. La Nación latinoamericana ya había sido fragmentada por el imperialismo. Ahora los stalinistas se disponían a fragmentar la “provincia” argentina. Tal fue la metodología “marxista” que educó a toda una generación.

BURGUESÍA NACIONAL Y UNIDAD LATINOAMERICANA

La servidumbre ideológica, que en este caso se manifiesta con caracteres grotescos, impregna toda la política del stalinismo y del socialismo en la Argentina y explica por qué el conjunto de su política en nuestro país propende a beneficiar al imperialismo extranjero, que ha sido y es el primer interesado en estimular todos los factores de división provincial, debilitamiento y aislamiento de Argentina y América Latina. Para los latinoamericanos, toda la cuestión nacional se expresa en nuestra necesidad histórica de unirnos a fin de superar las victorias parciales contra el imperialismo y garantizar el desarrollo de las fuerzas productivas. Tan sólo en el caso de Puerto Rico el derecho de la separación de Estados Unidos es legítimo y lo es en tanto los heroicos nacionalistas portorriqueños comprendan que su “nacionalismo” debe proyectar su carácter hacia un “nacionalismo latinoamericano” y que su “independencia” es una funesta utopía, como lo es la del resto de sus hermanos del continente.



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

La “cohesión estatal” no ha sido lograda en América Latina. Eran muy débiles las fuerzas del capitalismo latinoamericano en el siglo pasado y fueron aplastadas por el atraso, por la intervención extranjera y las disensiones civiles azuzadas por las fuerzas de la oligarquía antinacional de los puertos. Todos los demás requisitos de la Nación son evidentes: el territorio común, la lengua y una poderosa literatura; el recuerdo vivo de las grandes tradiciones revolucionarias comunes; la unidad religiosa; la psicología del criollismo continental y la vieja certidumbre de un “destino manifiesto” de los hombres y mujeres de la Patria Grande, al mismo tiempo que tentativas renovadas, aunque insuficientes y débiles, de tender a la unidad económica y política. Entre estas últimas deben mencionarse los reiterados intentos de constituir la Gran Colombia (Colombia, Venezuela y Ecuador) que alcanzó cierta vigencia con la creación de la Flota Gran Colombiana, la constitución de los Estados Unidos de Centroamérica, cuyo iniciador fue en el siglo pasado el general Morazán; el tradicional proyecto de la Unión Aduanera chileno-argentino, de la política del ABC, de la confederación andina, ya intentada por el Mariscal Santa Cruz entre Perú y Bolivia. El pacto Andino, el SELA; los proyectos de Perón de unión aduanera con Chile, Paraguay y Brasil; el Tratado de la Cuenca del Plata; el Tratado de Salto Grande, etc. Simples corrientes, algunas formulaciones teóricas generales, necesidades económicas inmediatas en otros casos, todos estos proyectos reflejan, aun débilmente, la férrea necesidad histórica de la unidad nacional.

Pero una de las leyes fundamentales de nuestra época es que así como el imperialismo mantiene su poder de acumulación mediante la transferencia de plusvalía de los medios no-capitalistas, es decir de los países coloniales y semi-coloniales, sus crisis cíclicas originan a su vez el desarrollo capitalista en aquéllas, lo que establece una nueva contradicción entre el imperialismo y los países atrasados. Nuevos movimientos nacionales aparecen en escena, luchando por la conquista del mercado interior. Pero ya no se enfrentan como en los movimientos nacionales de los siglos pasados al régimen absolutista o al feudalismo, sino al poder concentrado del capital imperialista, para el cual es una cuestión de vida o muerte detener el desarrollo industrial de sus colonias. El crecimiento capitalista de los países atrasados encuentra su más formidable adversario en el capital financiero internacional. *“Los civilizadores cierran el paso a los que se civilizan”*.

Las burguesías de aparición tardía, que han logrado cierto grado de desenvolvimiento en virtud de las contradicciones interiores del imperialismo (guerras mundiales, crisis financieras) intentan consolidarse y ampliar su participación en el reparto de la plusvalía nacional a costa del imperialismo apoyándose en los movimientos nacionales en su etapa de apogeo (Perón, Vargas) pero su debilidad es tan manifiesta que se apresuran a abandonarlo ante las primeras dificultades y se pasan al enemigo. Desaparecidas las causas que aflojaron la presión externa en la economía atrasada, el imperialismo reanuda su ofensiva con éxito variable, pero si no logra generalmente retomar el pleno control de esas economías, obtiene por lo general detener el desarrollo capitalista ulterior de esos países atrasados, confinando su progreso a la etapa alcanzada. Tal es el caso de la Argentina, Brasil, Chile, México. Si estos países latinoamericanos logran siquiera asumir el control de sus propias economías estatales y sufren permanentemente el drenaje del intercambio, sometido a la férula imperialista, mucho menos podrían lanzarse a echar las bases de la unidad continental, es decir a realizar la revolución nacional, única plataforma verdadera de un “intercambio mercantil amplio”.

Por otra parte, la importancia numérica y política de la clase obrera en América Latina es infinitamente mayor que el peso respectivo de la burguesía nacional latinoamericana. Estos se debe a que el proletariado no ha surgido como expresión



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

proporcional del desarrollo del capital nacional latinoamericano, sino también como resultado de la penetración imperialista en las industrias extractivas, en los cultivos industriales o en aquellas ramas de la industria latinoamericana en que el capital imperialista se ha invertido para saltar las barreras aduaneras establecidas por los países latinoamericanos más desarrollados. Nos encontramos de este modo con que la burguesía criolla está sometida a una doble presión social y política: de un lado el imperialismo extranjero y del otro el proletariado nacional, mucho más fuerte que ella, pues refleja simultáneamente la presencia del capital nacional y del capital imperialista.

Si la burguesía latinoamericana, en su lucha por su existencia y desenvolvimiento, choca necesariamente con la hostilidad más o menos abierta del imperialismo, participa con él, sin embargo, de intereses comunes: la defensa del sistema capitalista mundial como un todo; su antagonismo con el proletariado, sea este “nacional” o “extranjero”; su odio hacia el socialismo. Pero al mismo tiempo, las exigencias inmediatas de su lucha la empujan a apoyarse con frecuencia en la clase trabajadora para resistir las demandas excesivas del imperialismo y conservar, a veces, hasta su propia independencia de movimientos. Estos actos de “rebeldía” burguesa no van ni pueden ir muy lejos; su extremo límite está trazado por el movimiento nacional, que intenta siempre controlar y dentro del cual la clase obrera propende a jugar un papel decisivo.

Una lucha contra el imperialismo por su propio desarrollo capitalista independiente, llevada a un nivel revolucionario, podría conducir a la burguesía nacional a una situación incontrolable, y según se ha visto ya en el mundo contemporáneo, a un traspaso de la dirección del movimiento nacional a manos del proletariado y su partido. Este peligro potencial es la razón más poderosa que enfría los ardores revolucionarios de la burguesía y la base de sus reiteradas capitulaciones ante el imperialismo extranjero. Por esa misma razón la burguesía latinoamericana es totalmente incapaz de proclamar siquiera la necesidad de la unidad nacional del continente de origen ibérico. Teme, con justa razón, que el imperialismo la acuse de prusianismo o de “imperialismo”.

STALINISMO Y ANTIIMPERIALISMO

¡Impotente todavía para establecer la propia soberanía en su “provincia”, le resultaría fantástico proclamar su voluntad de crear la “soberanía continental”! Pero esta inconsecuencia de la burguesía latinoamericana está íntimamente vinculada a la declinación del sistema capitalista en escala mundial. Cuando se producen los movimientos nacionales en Europa, que triunfan con la organización de los Estados nacionales, el capitalismo tenía ante sí un ilimitado porvenir y se embanderaba con la causa del progreso histórico. El triunfo de la producción burguesa sobre los medios productivos anteriores no ofrecía duda alguna, en cuanto a su legitimidad, que se medía por la creación de un mercado mundial, por la división internacional del trabajo, por la hegemonía de la ciudad moderna, por las libertades individuales, por el florecimiento de la ciencia.

Los movimientos nacionales que nacen con la expansión del régimen capitalista llevan al poder, de un modo totalmente natural, a la burguesía. Pero ese período que concluye definitivamente con la formación de los Estados Nacionales en Europa, coincide con el fracaso del mismo intento en América Latina. Desde antes de la aparición del imperialismo, tanto la burguesía norteamericana como la inglesa advierten que para consolidarse en su propio terreno, debían obstaculizar la formación del Estado Nacional latinoamericano. Toda la historia de América Latina, que el stalinismo desdeña, pues ha adoptado alegremente la historia forjada por las oligarquías



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

antinacionales, así lo atestigua. “He hecho surgir un Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio del antiguo”, exclamará Canning.

Un inmenso mercado sostendrá los procesos de acumulación de Gran Bretaña y Estados Unidos, a costa de nuestro desenvolvimiento capitalista. Pero el surgimiento de los movimientos nacionales en la América Latina del siglo XX reconoce causas muy diferentes a las que originaron esos movimientos en la Europa del siglo XIX. Si aquellos obedecían a una necesidad inexorable del capitalismo en desarrollo, los movimientos nacionales de América Latina aparecen por obra de la crisis mundial del capitalismo.

Que el stalinismo argentino no hacía sino aplicar una “línea” dictada por la burocracia soviética con abstracción de las particularidades del país, lo demuestra, una vez más, la carta que el Bureau Sudamericano de la Internacional Comunista envió en marzo de 1932, tan rica en absurdos como asombrosa por la autosuficiencia de los burócratas que la dictaron.

“Parte de los radicales, en la Argentina, decía ese documento, se proclamarán a sí mismos ‘radical bolcheviques’, tratando de salvar así al radicalismo, bastante comprometido ante las masas explotadas. Partes del batlismo, abiertamente fascistizado, del Uruguay, se denominan ‘avanzados’, ‘marxistas’, ‘simpatizantes del comunismo’, etc. Algunos sectores de la Alianza Liberal, de Brasil, se declaran revolucionarios y utilizan todas las formas de adaptación a la creciente radicalización de las masas. Los apristas del Perú, reaccionarios por todo su contenido, se llaman a veces ‘comunistas tácticos nacionales’, etc., etc. Para la Argentina el partido de conciliación con el imperialismo lo constituye las corrientes de izquierda del radicalismo y el social-fascismo; en el Uruguay, lo son los batllistas de ‘izquierda’, en el Brasil, está constituido por la Alianza Liberal (Miguel Costa, Tavora y el prestismo); en el Perú, el APRA, en Chile, el alessandrismo y el hidalguismo, etc.”

Véase como para la Internacional de Stalin cada movimiento latinoamericano era reaccionario, cuando no “fascistizante” o “socialfascista”. Lo que constituía, sin duda alguna, síntomas evidentes del despertar revolucionario de las más diversas capas y clases sociales oprimidas en el continente por el imperialismo, era juzgado por la camarilla de Stalin como la expresión más aguda de la reacción. Según puede verse, Codovilla no se explica por sí mismo, inconcebible error que debilita toda la crítica de Puiggrós al partido comunista argentino.

No es un desarrollo “armónico” del capitalismo nativo el que determina el movimiento nacional sino la crisis mortal del capitalismo internacional la que hace surgir el capitalismo nativo. Llegada al mundo por los “fórceps” de la guerra y las crisis, la burguesía latinoamericana está infinitamente más lejos de cumplir su misión de clase que aquella burguesía europea salida a la luz entre las llamas de la Revolución Francesa o de la Dictadura de Cromwell. Si se considera que la burguesía nacional latinoamericana está muy lejos de haber impuesto su poder en su propia “provincia”, estaremos indicando el papel dominante que desempeñan frente a la anterior las “oligarquías” o dicho en otros términos, las burguesías exportadoras y compradoras.

Nos referimos en especial a aquellas clases nativas que viven como intermediarias entre el capital extranjero y el mercado interior; lo mismo que a aquellas que producen para el mercado internacional, aliadas naturales de la burguesía comercial y su dispositivo cultural, periodístico y político. Estas clases parasitarias se coaligan con el imperialismo y se presentan ante el movimiento nacional como su adversario inmediato. Pero si la complementación de intereses entre la oligarquía terrateniente y comercial y el imperialismo es muy considerable, es preciso recordar que no es absoluta. Existe una zona de fricciones en la fijación de los precios internacionales de los productos exportables, en



Norberto Galasso
Biblioteca Virtual MPE

la creación de nuevos mercados, etc., que origina cambios sorprendentes en la política oligárquica. La propia burguesía nacional está en cierto modo vinculada a las anteriores y debe compartir, en el mejor de los casos, el poder con aquéllas, cuando no ocurre, como es corriente, que los débiles sectores burgueses estén en la oposición (oposición silenciosa) y la oligarquía proimperialista exportadora domine el gobierno. Tal es el caso de la mayoría de los países latinoamericanos.

El carácter monocultor de los estados de América Latina constituye la radiografía espectacular de su carácter provincial, de su atraso, su indigencia y su colonización, y es, por así decir, el documento vivo de la balcanización, al mismo tiempo que indica la revolución agraria como a la otra tarea decisiva de la revolución latinoamericana. Nutrido del atraso y la barbarie agraria, el imperialismo arraigó en América Latina mediante su alianza con las clases terratenientes e intermediarias de los puertos, modeló cada Estado como productor de una o varias materias primas de exportación; redujo el papel político de la burguesía naciente hasta donde pudo hacerlo; impuso el librecambismo y mantuvo las más viejas instituciones semi-esclavistas, como el pongueaje. Ante este panorama de abyección económica, cultural y social, pudo alarmarse hipócritamente de los “disturbios perpetuos de la América del Sur”, provenientes, al parecer, del carácter latino. Así adoptó la máxima inglesa de “divide et impera” y la expresión del mismo cuño de “intervenir para el orden”.

La mezquindad histórica de la burguesía latinoamericana para realizar hasta el fin las tareas democrático- burguesas fundamentales- unidad nacional y revolución agraria- ha transferido al proletariado y a las masas campesinas de América Latina la gran misión. Pero la revolución nacional latinoamericana, sólo encontrará su inmovible fundamento en la Confederación Latinoamericana de Estados Socialistas.

Este problema, como muchos otros, es totalmente desconocido por el stalinismo argentino. Pues no solamente ha sido incapaz de penetrar en el complejo de fuerzas y clases sociales de la Argentina, sino que tampoco ha sabido distinguir la presencia de la gran cuestión nacional latinoamericana, clave de toda lucha revolucionaria en nuestro país. Rodolfo Ghioldi, perfecta expresión del stalinismo, ha demostrado hasta hoy conocer mucho mejor el Usbekistán que la historia de su propia tierra.